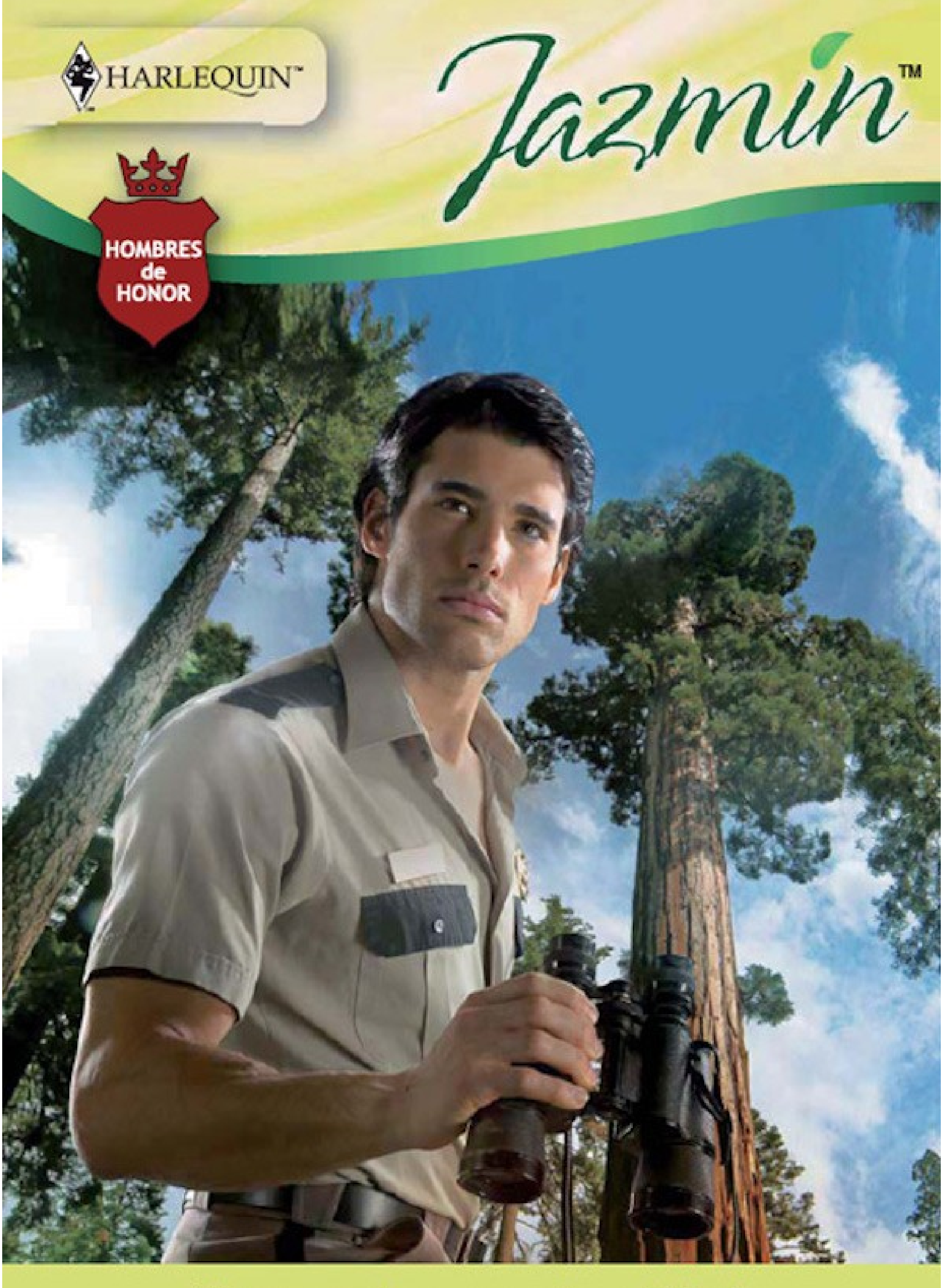


Dame otra oportunidad

REBECCA WINTERS

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

DAME OTRA OPORTUNIDAD, N.º 2366 - noviembre 2010
Título original: The Ranger's Secret
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2010

I.S.B.N.: 978-84-671-9267-4
Editor responsable: Luis Pugni

E-pub x Publidisa

CAPÍTULO 1

LA NOVIA acababa de darle un trozo de tarta al novio y el fotógrafo agrupó a los invitados para una última serie de fotos.

–Tú también, Nicky. Únete a tus padres. Que todo el mundo sonría. Decid «patata».

Nicholas Darrow, de seis años y vestido de etiqueta, era la viva imagen de la felicidad. Acababa de convertirse en el hijo adoptivo de su tía, Rachel Darrow Rossiter y su nuevo padre, Vance Rossiter, guardabosque jefe del Parque Nacional Yosemite en California.

La boda y el banquete, celebrados a finales del mes de septiembre, habían reunido a media docena de guardabosques de Yosemite en la residencia del padre de Rachel de Miami, Florida. Chase Jarvis reía al contemplar a Nicky. El niño estaba tan contento que apenas podía pararse el tiempo suficiente para posar para la foto. Nadie se alegraba tanto por ellos como Chase, el mejor amigo de Vance y padrino de la boda.

La mayoría de los invitados se había marchado y la fiesta tocaba a su fin. Chase, segundo al mando, sería el jefe durante las siguientes tres semanas. Y como tal, junto al resto de sus compañeros, debía tomar un avión de vuelta a Yosemite, no sin antes cambiarse de ropa.

–¿Tío Chase? –el chiquillo corrió tras él hasta el dormitorio de invitados.

–¿Qué hay, Nicky? –chocaron los cinco. Vance le había enseñado a llamar a Chase «tío». A pesar de no compartir ni una gota de sangre, se había convertido en un miembro de la familia Rossiter, y le encantaba.

–¿Ya te vas?

–Eso me temo.

–Ojalá no tuvieras que marcharte aún.

Aquello suponía todo un progreso. Desde su llegada a Yosemite, con su tía, Nicky no había tolerado a nadie, salvo a Vance, a su alrededor. Tras las firmas de rigor que habían convertido a Vance y a Nicky en legítimos padre e hijo, el chico había aceptado por fin a Chase.

–Me gustaría quedarme, pero alguien debe vigilar el parque hasta que vuelva tu papá.

–Mamá y yo iremos con él.

–¡No me digas! –Chase rió–. Vamos a ser vecinos. Me muero de ganas. –¡Yo también! Por primera vez desde que se habían conocido, a principios de junio, el chico se arrojó a sus brazos y a Chase se le formó un nudo en la garganta. Habían pasado juntos momentos muy dolorosos.

–Puede que cuando estés en Londres veas a la reina –añadió Chase. A Nicky le encantaba Harry Potter y quería visitar la estación de tren de la que partían los chicos hacia la escuela de magia de Hogwarts.

–Sí. Y también veré castillos y autobuses rojos de dos pisos y búhos blancos.

–Si ves un búho blanco, no te olvides de mandarme una postal para contármelo.

–¡Lo haré! Papi dice que no son tan grandes como nuestro búho real del parque. Cuando volvamos quiero ver cómo se van a dormir los osos.

–No es fácil pillarlos cuando se van a la cama –Cha-se rió mientras se cambiaba de ropa. –¡Papi puede! Utilizaremos los prismáticos y los espiaremos.

Según Nicky, Vance era capaz de cualquier cosa. Y también según Rachel. Vance había tenido mucha suerte. Chase sintió cierta añoranza por la felicidad que una vez había compartido con Annie Bower. El sentimiento lo pilló totalmente por sorpresa y con la guardia baja.

Incluso tras diez años lo asaltaban los recuerdos de ella y de la vida que habían planeado juntos. Pero ese sueño se había roto. La preciosa Annie seguramente estaría casada y con unos cuantos hijos.

–¿Nicky? –llamó una voz familiar. Ambos se volvieron y vieron a Vance en la puerta. –El tío Chase tiene que volver para encargarse del parque –anunció el niño.

–Sí –el rostro de su padre se iluminó con una amplia sonrisa–. Todo queda en tus capaces manos. Te cedo todos los quebraderos de cabeza con mis bendiciones.

–¿Quebraderos de cabeza? –Nicky frunció el ceño. –Significa que a veces surgen problemas –Chase acarició la cabeza del pequeño. –¿Como cuando el oso se metió en el coche de aquella señora y no quería salir? –Y como cuando cierto niño de seis años se escondió

porque no quería volver a Florida.

–¡Papi me encontró! –Nicky rió.

–Buena suerte en tu primera reunión con el nuevo superintendente –Vance soltó una carcajada y se volvió hacia su ayudante–. Bill Telford acaba de enviudar y tiene un hijo y una hija en la universidad. Tengo enten

dido que es ambicioso, lleno de nuevas ideas. Me alegro de que seas tú quien rompa el hielo con él y no yo. –Esperemos que no resulte tan gruñón como el anterior –dijo Chase, y Vance asintió.

–¡Por fin os encuentro!

Rachel entró en la habitación flotando en su vestido blanco de boda. Era como una aparición de satén y cabellos dorados. A Chase, el encanto y la personalidad de esa mujer le recordaban a Annie, por eso se había sentido atraído hacia ella la primera vez que había aparecido con Nicky en el parque. Sin embargo, Rachel sólo había tenido ojos para Vance. Al mirar a su esposo, el amor que reflejaban sus ojos verdes era cegador.

El dolor le agarrotó las entrañas. Annie solía mirarlo así.

Se preguntó cuánto tiempo necesitaría para superarlo y enamorarse de otra mujer. Desde luego lo había intentado y le aterraba la idea de que jamás sucediera.

Durante el vuelo de vuelta a California, le daría al guardabosque Baird luz verde para que le organizara una cita con la prima de su mujer. Durante más de un año, los Baird habían intentado juntarlos. ¿Por qué no? Ver a Vance y a Rachel tan felices le provocaba un tremendo deseo de experimentar la misma felicidad.

–Gracias por todo –Rachel lo abrazó–. Volveremos pronto al parque. Cuídate, Chase.

–¿Cuándo será la operación de tu padre? –él le tomó las manos.

–El día después de nuestro regreso de Londres. Sólo estaremos allí una semana. Las dos semanas siguientes las pasaremos en Miami con mis padres. Si el corazón de papá está bien, lo llevaremos con nosotros a California.

–Todos rezamos por él.

–Lo sé y os lo agradezco –lo abrazó una vez más. –Vuestro taxi ha llegado, Chase –le advirtió Van-ce–. Os acompañaré. Chase siguió a Vance hasta la entrada donde aguardaban dos taxis.

–Disfruta de la luna de miel –Chase se volvió hacia Vance–. Sin necesitáis un par de semanas más de lo planeado, no hay problema.

–Gracias. Veremos qué tal sale todo, te lo agradezco. Buena suerte. Os echaré de menos.

–Seguro que sí –Chase rió mientras se subía a uno de los taxis junto a un compañero guardabosque e indicaba al conductor que se dirigiera al aeropuerto.

Aunque ya estaban a mediados de octubre, hacía calor en Santa Rosa, California. Annie Bower puso el aire acondicionado y esperó en el coche aparcado a la puerta del colegio Hillcrest. Eran las tres y media. En cualquier momento terminarían las clases y no sabía muy bien cómo darle la noticia a su hija de diez años, Roberta.

Mientras reflexionaba sobre la inesperada oferta de empleo que había recibido, los alumnos salieron en tropel del colegio. Cinco minutos después vio a su estilizada hija caminar hacia el coche. Debbie, su mejor amiga, corrió para alcanzarla.

Julie, la madre de Debbie, era madre soltera como Annie, y llevaba a las niñas al colegio cada mañana. A la salida, Annie cuidaba de la amiga de su hija hasta la llegada de su madre. El sistema había funcionado sin problemas durante los últimos dos años.

Imaginarse a la reservada Roberta obligada a hacer nuevos amigos en un nuevo entorno era preocupante.

Pero había deseado mucho tiempo el nuevo empleo. Llevaba cinco años como arqueóloga en el Departamento Forestal de California, conocido como CDF, y era la primera vez que surgía una oportunidad como ésa.

El sueldo no era gran cosa, pero si no aceptaba perdería la oportunidad de su vida de hacer trabajo de campo en la Sierra Indians, su especialidad.

Diez años atrás, sus padres, que llevaban una frenética vida social en San Francisco, la habían recibido con los brazos abiertos a su vuelta de Oriente Medio y habían intentado consolarla por la pérdida de Robert y su familia. No había habido dos personas más amables y comprensivas al saber que estaba embarazada, pero habían albergado la esperanza de que se fuera a vivir con ellos y no entendían la clase de trabajo que pretendía hacer, sobre todo con un hijo en camino.

Había alquilado un pequeño apartamento, pedido un crédito

para terminar los estudios y buscado una cuidadora para su hija recién nacida. Tras licenciarse en Antropología, se había mudado a un apartamento en Santa Rosa, donde había empezado a trabajar en el CDF. Poco a poco había ido ascendiendo mientras luchaba por ser la mejor madre posible.

Todos los meses pasaban un fin de semana en San Francisco para que Roberta pudiera ver a sus abuelos, pero éstos no dejaban de quejarse por el trabajo que había elegido y la tensión era cada vez mayor, algo que no pasaba desapercibido para Roberta.

Si aceptaba el nuevo puesto, sus padres la sermonearían sobre lo defraudados que se sentían por verla dedicada a un oficio tan poco ortodoxo teniendo una hija que cuidar. Ya que era inútil discutir con ellos, podría decirse que Roberta y ella estaban solas.

Hasta el momento les había ido bien. No serían las primeras en mudarse por motivos de trabajo. Muchos de los empleados de la empresa farmacéutica de su padre se veían obligados a trasladar su residencia, pero él no lo consideraba una excusa válida cuando hablaban del futuro de su única hija y nieta.

La decisión final dependería de Roberta.

–Hola, chicas.

–¡Hola! –contestó Debbie, la primera en subirse al coche.

Roberta se sentó a su lado, ambas niñas aferradas a sus mochilas.

–¿Qué tal el colegio hoy? –Annie arrancó y el coche empezó a avanzar.

–Bien.

–Hemos tenido a una sustituta –informó Debbie.

–¿Y os ha gustado?

–No ha estado mal, pero ha castigado a dos de los chicos sin recreo.

–¿Por qué?

–Se rieron de ella porque era coja.

–Jason y Carlos son malos –explicó Roberta.

–Eso fue muy cruel por su parte –Annie miró a su hija por el espejo retrovisor.

–Se lo voy a contar a la señora Darger cuando vuelva.

–Bien por ti –el colegio no tenía ninguna política contra los abusos, y eso incluía el abuso contra los profesores. Todos debían permanecer vigilantes.

–Si lo descubren podrías meterte en un lío.

–No me importa –le dijo Roberta a Debbie.

Roberta se rebelaba contra las injusticias sin importarle las consecuencias. ¡Cómo amaba a su hija!

–Prepararé la cena mientras hacéis los deberes –minutos más tarde, Annie aparcó el coche frente al complejo en el que residían. Siempre cenaban pronto porque Roberta solía tener hambre a esa hora.

La hija de Annie era una criatura curiosa. En lo que llevaban de curso, la comida que le preparaba para llevar al colegio volvía intacta. La única explicación que le daba era que los chicos más populares se burlaban de quienes no llevaban un zumo o un aperitivo de determinada marca. A Annie le había costado doblegarse, pero al fin había permitido que su hija eligiera las marcas para acallar los comentarios negativos.

Si le daba un cheque para pagar la comida del colegio, solía encontrárselo de nuevo en la mochila. La niña, al parecer, sentía demasiada vergüenza para pasar por caja. La timidez podría deberse a la ausencia de un padre. El recuerdo invadió su mente. El dolor de aquel aciago día en Kabul aún era demasiado fuerte.

Annie se dirigía hacia la excavación cuando una explosión había hecho temblar el suelo. A continuación se había desatado el caos. Enseguida supo que Robert, sus padres y todos los que iban con ellos habían muerto.

–La sustituta no nos ha puesto deberes, mamá. La señora Darger volverá mañana.

–Entonces podéis ayudarme a preparar los tacos –Roberta nunca mentía y Annie no vio motivo para sospechar.

–¿Puedo rallar el queso?

Debbie había preguntado primero, aunque a Roberta le encantaba hacerlo.

–Claro –Annie volvió a mirar a su hija por el retrovisor. Estaba mascullando algo, pero su sentido de la justicia se impuso y no dijo nada. Era un rasgo admirable heredado de su padre.

De haber sido niño, Roberta sería idéntica a su padre de joven. Tenía su nariz recta que les confería carácter. También tenía su boca grande y los cabellos de color castaño oscuro. Lo único heredado de ella era la barbilla redondeada y los ojos azules.

Los ojos de Robert habían sido grises con motas de plata que se iluminaban al mirarla. Durante sus apasionados encuentros amorosos se volvían iridiscentes, indicando que le proporcionaba

tanto placer como él a ella.
–Lavaos primero las manos –dijo antes de abrir la puerta del apartamento. –¿Por qué nos lo dices siempre, mamá? Ya no somos unos bebés.

–Es verdad. Me temo que tengo la manía de tratarte como si lo fueras –en algunos aspectos, su hija crecía demasiado deprisa, aunque a lo mejor no le venía mal para la conversación que les aguardaba. Hacía falta un cierto grado de madurez para que Roberta considerara la opción de mudarse a un lugar excepcional.

–Mamá también me lo dice –dijo Debbie.

Mientras las niñas corrían a la habitación de Roberta, su madre se cambió de ropa y metió la carne picada en el microondas para descongelarla.

Las niñas aparecieron en la cocina para picar y rallar los ingredientes mientras ella freía las tortillas y sofreía la carne. Luego prepararía una ensalada de fruta.

Acababan de sentarse a la mesa cuando apareció Julie. Había olvidado la clase de violín de Debbie y tenían que marcharse de inmediato. Annie les envolvió un par de tacos para que se los llevaran.

–Gracias, Annie. Mañana te veo, Roberta.

–Adiós –Roberta volvió a la mesa–. Me alegro de que no me apuntaras a violín.

–Todo el mundo debería aprender a tocar algún instrumento. Yo tocaba el piano, y había pensado alquilar uno para que empieces a dar clases, pero antes quiero hablar de algo.

–¿De qué? –Roberta se preparó otro taco y lo mordió con entusiasmo–. ¿Has vuelto a discutir con la abuela?

–¿Esa impresión damos? –Annie dejó de masticar.

–A veces –fue la tranquila respuesta.

–Lo siento. Cuando hablamos, a veces parece que discutimos, pero es nuestra forma de comunicarnos. Te adoran y les gustaría que viviésemos en San Francisco –contempló a su hija con atención–. ¿Alguna vez has deseado vivir allí?

–A veces –dio otro mordisco al taco–. ¿Y tú?

–A veces, pero yo no puedo hacer mi trabajo allí.

–Lo sé. Si papá no hubiera muerto, viviríamos con él y sí podrías –su lógica era irrefutable.

–Tienes razón, cielo –Annie le había contado la verdad. Robert

y ella no habían tenido tiempo de casarse antes de su muerte, pero lo habían planeado porque estaban muy enamorados. Era su padre de pleno derecho–. Estaríamos siempre juntos.

Había llegado el momento de abordar el tema del empleo nuevo, pero el giro en la conversación le hizo dudar. ¿Estaba perjudicando a Roberta viviendo lejos de sus padres?

–Si yo estuviera dispuesta a cambiar de trabajo, podríamos vivir en San Francisco.

–¿Qué trabajo?

–No… no lo sé aún –balbuceó ella. Roberta parecía interesada en la posibilidad.

–El abuelo dice que él se ocuparía de nosotras y que tú no tendrías que trabajar.

–De niña ya cuidó de mí –Annie suspiró–, pero ahora que soy mayor y tengo una hija, ¿crees que debería seguir ocupándose de mí?

–Si papá viviera, él cuidaría de nosotras –dijo la niña tras unos segundos de silencio.

–Pero murió, y de eso hace mucho tiempo.

Annie se había esforzado en hacerle comprender a su hija qué padre tan maravilloso y aventurero había tenido. No le había resultado difícil porque Robert había sido especial, cariñoso, brillante y, aun así, amante de la diversión. Roberta había sabido lo valiente que había sido al trabajar en un ambiente hostil, pero sin que su madre se sintiera insegura.

Le había expresado a Annie sus deseos de casarse con ella y tener hijos. Los dos habían albergado sueños de formar una familia. Las fotos mostraban a un hombre fuerte, atractivo y vital que cualquier niña desearía reclamar como padre.
Por eso Roberta no olvidaba nunca que la habría amado y que habría sido el mejor padre del mundo. –¿Por qué no viven Julie y Debbie con los padres de Julie? –Annie se irguió en la silla.

–No lo sé –Roberta se encogió de hombros.

–Seguramente porque a Julie le gusta ocuparse de su hija, igual que a mí me gusta ocuparme de ti –ya no podía retrasar más el momento de la pregunta definitiva–. ¿Preferirías que el abuelo se ocupara de nosotras?

–Si a ti no te gusta, no –los ojos azules la miraron fijamente.

–Cariño… –Annie agarró la mano de su hija–. Quiero que seas

sincera. ¿Te gustaría que nos mudáramos a San Francisco? Si quieres podemos. Encontraré un trabajo allí.

–¿Te refieres a vivir con los abuelos?

–No exactamente –ella se mordió el labio–. Tendríamos nuestra propia casa, pero podrías verlos más a menudo. A lo mejor incluso podrías ir hasta su casa en bicicleta después del colegio y los fines de semana.

–¿A ti te gusta eso?

–Sí. ¿Y a ti?

–Yo sólo quiero estar contigo.

–Entonces, te haré otra pregunta –emocionada por la respuesta de su hija, Annie no dudó de su sinceridad–. ¿Qué te parecería vivir en otro sitio, sólo durante un año? Estaríamos juntas mucho más tiempo porque en invierno trabajaría casi siempre en casa.

–¿Estaría muy lejos de Debbie?

–No –contestó ella sin dudar–. Podría ir a verte los fines de semana. Y los abuelos también. Y a veces podríamos ir nosotras a verlos a ellos.

–¿Dónde está?

–En el Parque Nacional de Yosemite.

–Allí es donde están todas esas secuoyas. Parecen gigantes.

–Sí. ¿Cómo lo sabías?

–¡Mamá! Estoy en cuarto curso. Estudiamos la historia de California. La señora Darger nos puso un video el otro día. A finales de curso vamos a ir de excursión a Yosemite.

Annie recordó haber leído algo sobre la visita en la agenda del curso.

–Es un parque muy famoso.

–Nos contó que parte de nuestra agua viene de una presa construida en el parque. En un lugar con un nombre muy raro. La gente quiera tirarla abajo.

–Lo sé. Estás hablando del Valle Hetch Hetchy.

–¿Cómo lo sabías? –Roberta asintió.

–Cuando era pequeña tus abuelos me llevaban al parque muy a menudo. Es un lugar precioso. –¿A qué te dedicarías? –A lo de siempre. A la arqueología. –¿En el parque? –la niña ladeó la cabeza. –Sí. El valle de Yosemite es un distrito arqueológico. Forma parte del listado del Registro Nacional de Lugares Históricos de Estados Unidos. Allí fue donde nació mi interés por la arqueología. ¿Sabías que tiene más de cien lugares indios conocidos que ofrecen

información sobre las formas de vida prehistóricas?

–¿Viven indios allí?

–Algunos. Los desprendimientos de rocas, de troncos o los aludes han permitido que el parque oculte bajo tierra verdaderos tesoros arqueológicos. Mi trabajo sería el de datarlos y, si es posible, desenterrar algunos.

–¿Dónde viviríamos? –Annie oía la mente de su hija funcionar a pleno rendimiento.

–Dentro del parque. He estado esperando esta oportunidad durante años. Y al fin me han dicho que el puesto es mío. Si me interesa, el Departamento Forestal me enviará allí en avión durante un día para que lo vea y les diga si lo quiero. Allí, el director de arqueología me dará toda la información necesaria.

–¿Puedo ir contigo? –la niña se levantó de la silla.

–Durante la visita de un día, no. Me iría el lunes de madrugada y volvería esa misma noche. Si quieres, puedes quedarte con los abuelos, o podemos organizar-lo para que te quedes con Debbie o con Penny. Pero no haré nada que tú no quieras que haga.

Roberta salió disparada de la cocina y su madre se sintió invadida por el desánimo.

–¿Adónde vas?

–¡A buscar el parque en Internet!

El pequeño ratón de biblioteca era un genio a la hora de rastrear páginas Web. Annie la siguió hasta el salón, donde estaba el ordenador que utilizaba Roberta para los deberes y ella para su trabajo en el CDF de Santa Rosa.

Se quedó en la puerta y esperó a que su hija descubriera el modo correcto de escribir «Yosemite» y abriera alguna página sobre el parque.

–¡Se puede montar a caballo!

A Annie no le sorprendió la emoción en la voz de la niña. Antes de la aparición de los libros de Harry Potter, se había aficionado a la lectura de textos sobre animales, desde gatos y perros hasta lobos y osos polares. Sin embargo, su animal favorito era el caballo. Robert adoraba a los caballos y le habría encantado saber que su hija sentía la misma pasión por ellos.

–Suena divertido.

–Aquí dice que hay miles de pistas para montar –después de unos minutos, volvió a levantar la vista–. No veo ningún colegio.

–Es que el colegio es para los hijos del personal que trabaja allí, y por eso no lo anuncian en Internet.

–Se me había olvidado. Supongo que no querrán que los depredadores encuentren a algún niño –en esos momentos, Roberta parecía una persona mayor.

Annie sintió un escalofrío. Al menos en el colegio les enseñaban a estar alertas ante la cara más fea de la sociedad.

–¿Qué te parece? –ella contuvo el aliento–. ¿Voy a ver qué tal es aquello o no?

–Sí –Roberta seguía pegada a la pantalla–. Cuando acabe la clase de violín de Debbie voy a llamarla para que busque el parque de Yosemite. Aquí dice que algunos de los guardabosques van montados a caballo. Debbie podría venir a montar conmigo. Le preguntaré si me puedo quedar en su casa hasta que vuelvas.

Annie no se lo podía creer. Su hija no había dicho que no. De todas las maravillas de Yosemite, quién habría dicho que los caballos serían el factor clave.

–Mientras tú haces eso, enviaré un correo electrónico al director para comunicarle que estaré preparada para ir el lunes.

Faltaban cinco días. Tiempo suficiente para ponerse al día con el proyecto sobre el que trabajaría a lo largo del río Tuolumne. Los Awahnichi habían vivido allí en el 500 D.C.

La emocionaba la idea de realizar el trabajo de campo. Salvo por Roberta, la mayor alegría de su vida, no había vivido nada emocionante después de perder a Robert.

–¿Chase? –Beth asomó la cabeza por la puerta del despacho de Vance–. El guardabosque Baird por la línea dos. Dice que esperará.

Chase asintió hacia la secretaria personal de Vance antes de finalizar la llamada con el guardabosque Thompson sobre la reparación y limpieza de varias zonas de acampada. Era la época que menos le gustaba en el parque. Las cascadas quedaban reducidas a un simple chorro de agua y las pistas estaban desgastadas por los veraneantes. Sin apenas lluvia en esa época, los incendios forestales controlados dejaban una nube de humo en todas partes, sobre todo por el calor que aún reinaba.

Nicky quería observar la entrada en hibernación de los osos negros, pero aún faltaba para eso. En esos momentos estaban tan activos que entraban en los coches y los campamentos en busca de comida.

Pensó en el regreso de Vance junto con su familia al día siguiente por la tarde. Iría a recogerlos al aeropuerto. Las tres semanas se habían pasado volando. Había estado tan ocupado haciendo el trabajo de una docena de hombres que no se había dado cuenta del paso del tiempo. El respeto que sentía por Vance no había hecho más que aumentar.

La noche anterior había cenado en casa de Baird para conocer a la prima de su esposa y no había salido mal del todo. Susan era dentista en Bishop, California, y una mujer muy atractiva. Aunque ella había insinuado que le gustaría volver a verlo, no había querido animarla y no podía fingir otra cosa. No le gustaba herir los sentimientos de los demás.

–¿Frank? –tras colgar, contestó a la segunda línea–. Siento haberte hecho esperar.

–No pasa nada. Me imaginé que si anoche hubiera saltado alguna chispa ya me lo habrías dicho. Sabes que si quisieras que Susan se quedara un día más…

–Siento darte la razón –Chase suspiró aliviado–. Es inteligente y hermosa, pero…

–No tienes que explicar nada. Ya sé a qué te refieres. Antes de conocer a Kim yo iba de mujer en mujer. Tu problema es que ya estuviste casado una vez.

«No exactamente», pensó Chase.

–Por cierto, la cena estaba deliciosa. Gracias.

–A Kim le encantó la botella de vino que llevaste. A ver si la próxima vez hay más suerte.

–¿Sabes una cosa, Frank? En cuanto vuelva Vance de Miami me voy de vacaciones. ¿Quién sabe? A lo mejor conozco a alguien –sin embargo, en el fondo no lo creía–. Ahora tengo que dejarte. Hablamos más tarde –Chase pulsó la línea de Beth–. ¿A qué hora tengo mañana la reunión con el superintendente Telford? –comentar las ideas que tenía el hombre para promocionar el parque les llevaría tiempo.

–A las diez y media de la mañana.

–¿Podrías llamarlo y preguntarle si le vendría bien a las nueve y media? –el vuelo de Vance llegaba a las cuatro y media y no quería llegar tarde.

–Yo me encargo. ¿Quieres que te lleve algo de comer? –¿Hace falta preguntar? –Chase rió–. Trae el trabajo y mucho café. –Eres tan malo como Vance. Te echaré de menos cuando no estés sentado en

su silla. –Por si no te habías dado cuenta, la dichosa silla es de Vance, con todas mis bendiciones.

–¿Quieres decir que no te gustaría ser jefe?
–Si alguien me necesita –Chase gruñó–, voy a inspeccionar los daños en el campamento de Lower Pines. –Buena suerte. Los dos se echaron a reír porque sabían que era el que estaba en peor estado. Chase colgó el teléfono y salió por la puerta. Acababa de subirse a la furgoneta cuando le llegó otra llamada. Era el típico lunes.

–Guardabosque Jarvis –contestó.

–¿Chase? Soy Mark. Hemos perdido la señal del helicóptero de Tom Fuller en algún punto del monte Paiute. Ha debido de caer –Chase soltó un gruñido–. He avisado a las unidades de rescate de tierra y aire, pero les llevará un buen rato llegar al lugar del accidente.

Chase sujetó el teléfono con fuerza. Se trataba del vuelo que el superintendente le había pedido que autorizara. Quería más arqueólogos para el parque y había conseguido fondos.

–Recemos para que los encuentren pronto –vivos o muertos. Chase no quería ni pensar en lo que podría suceder con tanto oso hambriento suelto–. Dame el nombre del pasajero.

–Margaret Anne Bower, de Santa Rosa, California.

La simple mención del nombre después de tantos años hizo que a Chase se le cortara la respiración. No podía ser Annie. Aun así…

Sus pensamientos volvieron diez años atrás. Si se hubiera llamado Margaret se lo habría dicho. Lo habían compartido todo. Además, seguro que se había casado y tenía otro apellido.

–Si tienes su número de teléfono será mejor que llames a su familia –Chase no se atrevía a hacerlo para no descubrir su identidad, lo cual lo implicaría personalmente.

–Ya lo he hecho. Saltó el contestador y una voz de hombre dijo que no había nadie en casa. Le dejé un mensaje al marido para que me llame.

Estaba casada.

–De momento, no puedes hacer nada más, Mark –a lo mejor había conservado su apellido de soltera–. Mantenme informado.

–Lo haré.

Después de colgar Chase arrancó la camioneta con la intención de hablar con las unidades de rescate antes de que partieran, pero un escalofrío recorrió su cuerpo al darse cuenta de que podía estar

equivocado sobre el matrimonio de Annie.

El hecho de que el mensaje estuviera grabado por un hombre no significaba necesariamente que perteneciera a su marido. A lo mejor le había pedido a un vecino o a un amigo, o a un amante, que lo grabara para dar la impresión de que había un hombre en aquella casa. Incluso podía ser su padre.

Era arqueóloga. Debía conocer el parque. Si era Annie, desde luego que lo conocía.

¿Sería posible que lo hubiera visto en alguna de sus visitas y por tanto supiera que estaba vivo? ¿Sería ése el motivo por el que había solicitado el puesto? ¿Lo había hecho para descubrir la verdad por sí misma?

No tenía sentido. De haberlo visto no habría sido capaz de ignorarlo. Habían estado demasiado enamorados.

Sacudió la cabeza. Había demasiadas preguntas sin respuesta. Pensó en el helicóptero caído. La imagen del adorable cuerpo de Annie destrozado y carbonizado lo asaltó hasta que rompió a sudar y arrancó hacia el helipuerto.

–Voy a volar hasta el lugar del accidente –antes de saltar de la camioneta para unirse a los demás, llamó a Mark–. Dile a Beth que, hasta nuevo aviso, tú estás al mando.

CAPÍTULO 2

DE VEZ en cuando Annie oía un gemido. Algo le tapaba los ojos. Al intentar retirarlo con la mano, un dolor lacerante atravesó su brazo y le cortó la respiración.

Los gemidos continuaron. Olía a humo y tenía sabor a sangre en la boca. Sentía una sed terrible. Si pudiera beber un traguito de agua…

Oyó un ruido y pensó que provenía de su cabeza. Cada vez era más fuerte e insistente. Quizás fuera un pájaro carpintero que intentaba agujerearle el cráneo.

–Ahí está –una voz masculina llegó hasta sus oídos. También oyó pasos que se acercaban.

–Despacio –habló otra voz.

–Tiene pulso. Está viva.

–Gracias a Dios –una tercera voz masculina, dolorosamente familiar, le llamó la atención.

–Puede que tenga el brazo roto. Veo una herida en la cabeza. Podría tener heridas internas. Llevémosla al hospital enseguida.

Lo que le tapaba los ojos fue retirado y se encontró rodeada de hombres vestidos de uniforme. Suspendido sobre su cabeza en el aire había un helicóptero. Sintió un golpe de adrenalina. Tenía que encontrar a Robert. No estaba muerto. Estaba allí. En medio de la confusión, oyó su voz.

–Tengo el cuello y la espalda inmovilizados. ¿Preparados para subirla en la cesta?

–Cuidado con ese brazo –dijo Robert.

Ella se dejó transportar en medio de fuertes dolores. Los párpados aletearon. Durante un instante su mirada se fundió con la de un par de ojos grises plateados. Eran sus ojos.

–¿Robert? De repente fue izada en el aire. Una vez más la separaban de él. No podría soportarlo.

–¡Robert! –gritó mientras intentaba mirar hacia atrás–. ¡No dejes que se me lleven! –aulló desesperada hasta que todo se volvió negro.

Chase apenas podía respirar.

Oía cómo gritaba su nombre una y otra vez, cada vez más lejos

y más débil. Cada grito era como una puñalada. Desde tierra vio cómo los chicos metían la cesta en el helicóptero. Otro grupo metía a Tom en otra cesta y lo subían por la ladera hasta el segundo helicóptero. Había sido un milagro, pero nadie había fallecido en el accidente.

Annie estaba viva. Enterró el rostro entre las manos. En breve aparecería un tercer helicóptero con el equipo de inspección que investigaría el escenario. Chase se quedó para ayudarlos y hacer el informe preliminar.

Le había impresionado ver a Annie tirada como una hermosa muñeca rota en medio de la naturaleza salvaje.

Cuando lo reconoció y gritó su nombre, había estado a punto de perder la compostura. Lo que más habría deseado sería meterse en ese helicóptero y no volver a perderla de vista jamás, pero no podía. Nadie sabía que lo buscaban. Tendría que hacerle creer que había sido una alucinación. Y a los demás también.

No había visto ningún anillo que indicara que tuviera marido, ni tampoco una marca de algún anillo retirado recientemente. ¿Ella tampoco había sido capaz de enamorarse de otra persona?

Annie, Annie… Esos ojos azules ahumados se habían vuelto más oscuros al reconocerlo. El contraste de los cabellos oscuros contra la pálida e inmaculada piel lo inundó de exquisitos recuerdos. A pesar de tener el rostro bañado en sangre, la mancha no podía ocultar las carnosas curvas de esos labios de los que nunca había podido saciarse.

Diez años le habían añadido más curvas al cuerpo vestido con una blusa y unos vaqueros que marcaban unas largas y bien torneadas piernas. Ningún detalle le había pasado desapercibido mientras el guardabosque King intentaba estabilizarla.

Obligándose a cumplir con su deber, recorrió el escenario del accidente y tomó notas para entregar a las autoridades federales. Sin embargo, por dentro se sentía morir porque, una vez más, cuando menos se lo esperaba, le habían arrancado el corazón.

–Buenas noticias, dadas las circunstancias –aún conmocionado, llamó a Mark–. Ambas víctimas están vivas y de camino al hospital San Gabriel de Stockton. Hasta que digamos otra cosa, su condición es crítica.

–Hemos tenido mucha suerte hoy. No habría sido precisamente una gran bienvenida para el jefe mañana. Ya sabes.

–Sé exactamente a qué te refieres –murmuró Chase con los ojos

cerrados. La muerte de los padres de Nicky, dieciocho meses atrás, en la cima de El Capitán perduraría en el recuerdo de todos los que trabajaban en el parque.

–Gracias por tenerme al corriente. La mujer de Tom respirará al saber que está vivo.

–¿Alguna noticia de la residencia de los Bower? –Chase se aclaró la garganta.

–Ninguna. He llamado al CDF de Santa Rosa. Tienen un número de emergencia, pero es de sus padres en San Francisco. Ya los han avisado. Llamarán en cualquier momento.

A los padres de Annie les aguardaba un buen susto. Y también a su amado, quienquiera que fuera. Casada o no, tenía que haber un hombre en su vida. Tras verla de nuevo, la idea de esa mujer entregándose a otro lo destrozaba por dentro.

–¿Mark? –a lo lejos se oyó el sonido de rotores–. Tengo que quedarme aquí un rato. Mantenme informado del estado de los pacientes.

–Lo haré.

Alguien entró en la habitación. Annie abrió los ojos.

–Hola.

–Hola. ¿Señora o señorita Bower?

–No estoy casada. Llámame Annie.

–Yo soy Heidi. Soy tu enfermera de noche. ¿Te duele? En una escala del uno al diez.

–Puede que dos.

–Bien. Me alegra ver que la fractura del brazo no te está haciendo sufrir demasiado.

–No tanto como el corte de la cabeza.

–Los puntos siempre pican al principio. ¿Quieres más analgésicos?

–Por el momento estoy bien, gracias.

–¿Seguro? Te ha subido un poco la tensión. ¿Por qué estás nerviosa? Todo va bien y enseguida te darán el alta –la enfermera siguió midiendo sus constantes vitales.

Annie cerró los ojos con fuerza. No, todo no iba bien. A no ser que Robert tuviera un gemelo idéntico, y sabía que no era así, ¡estaba vivo!

Había oído su voz y lo había visto. No había sido un sueño. La

voz que le había llamado la atención había sido la de Robert. Imposible equivocarse.

Había sido Robert quien, con infinito cuidado, había ayudado a subirla a la cesta. Un Robert más maduro, bronceado y espléndido. Las arrugas alrededor de sus labios le conferían un atractivo aún mayor.

Los cabellos de color castaño oscuro que antaño había llevado largos estaban cortados al cero. Su mirada había reflejado una ansiedad que no había estado presente diez años atrás. En un momento de lucidez, había tenido la impresión de que apenas sonreía ya. Parecía endurecido. Distante. Un hombre que caminaba solo. La había rescatado con la perfección y la sangre fría de un robot, sin dejar entrever el menor rastro de emoción.

–Espero la llegada de mi hija, Roberta –se dirigió a la enfermera.

–¿Cuántos años tiene?

–Diez.

–Ya, ahora entiendo tu nerviosismo.

–Mis padres la traen. Pensé que ya habrían llegado.

–Intentaré averiguar algo –Heidi le levantó un poco el cabecero de la cama–. ¿Te sientes bien como para hablar con un oficial del CDF? Está ahí fuera y sólo necesitará un minuto.

–Que pase –Annie tenía también algunas preguntas.

–¿Quieres que te traiga más zumo de manzana?

–¿Podría tomar una bebida de cola?

–Por supuesto. Enseguida te la traigo.

Se oyeron voces en el pasillo y un hombre se acercó a la cama.

–Disculpe las molestias. No tardaré mucho.

–No pasa nada.

–¿Puede contarme qué sucedió?

–Sí. Tom volaba lo más bajo posible para que yo pudiera ver uno de los asentamientos indios. De repente, el helicóptero empezó a dar vueltas, pero no porque chocáramos contra algo. Fue como cuando vuelas una cometa y todo va perfecto y, de repente, empieza a hacer movimientos en espiral sin motivo alguno. Tom estuvo increíble y mantuvo la calma. Me dijo que íbamos a estrellarnos y que me colocara en posición fetal. Lo siguiente que recuerdo es que estaba tirada en el suelo y que olía a humo.

–Tom y usted escaparon de milagro.

–¿Qué tal está?

–Aparte de una pierna rota, bien.

–¡Gracias a Dios!

–Él dijo lo mismo cuando supo que usted estaba bien.

–¿Qué cree que le sucedió al helicóptero?

–Sin una minuciosa inspección no hay nada oficial aún. Pero él ya ha vivido otros accidentes similares en la marina y tiene el pálpito de que se trata de un fallo mecánico.

–Seguro que tiene razón. Desde luego, no tuvo nada que ver con su pericia como piloto. Evitó que me entrara el pánico y demostró un increíble valor.

–Gracias por su cooperación. Sólo me queda informarle de que el CDF se hará cargo de todos los gastos médicos.

–Gracias por venir –se despidió ella aliviada.

De nuevo sola, Annie quedó en un estado congelado más allá de la angustia. Si Robert hubiera deseado terminar con su relación, podría haberlo hecho como todo el mundo y simplemente decírselo. No lo entendía. Había aprovechado el trágico suceso de la muerte de sus padres para hacer la gran escapada de su vida diez años atrás.

Era un plan perfecto. Sin explicaciones. Siempre y cuando ella pensara que estaba muerto.

Si pudiera volver a verlo, ¿tendría ante sí a un amnésico? Durante el rescate se había comportado como tal, pero no la había convencido. Durante un instante sus miradas se habían cruzado y la suya había sido feroz, no vacía.

Tras descartar ese desorden mental, no le quedaba ninguna explicación para su desaparición. Lo que estaba claro era que no quería nada de ella. ¡Menuda impresión debía de haberse llevado al encontrarla en el lugar del accidente!

No le cabía ninguna duda de que ya habría desaparecido del parque, aunque no tendría que haberse molestado. Si pensaba que iba a ponerse a hacer preguntas y a intentar localizarlo tras la mentira que había urdido, no la conocía.

El accidente le había recordado que la vida podía acabarse en un segundo. Habían sobrevivido de milagro. Había aprendido que nada había más importante que estar viva para criar a su hija. Robert había elegido aparentar estar muerto durante diez años, y por ella podía seguir muerto el resto de su vida.

Si Roberta descubriera la verdad, se apagaría en su corazón la llama de amor que sentía por el padre que no había conocido. Por

tanto, nadie debería saberlo jamás. Se llevaría el secreto a la tumba.

–¿Mamá?

El rostro inundado en lágrimas de su hija apareció en la habitación del hospital, seguido de los padres de Annie. Entre la escayola del brazo izquierdo y el gotero de la mano derecha no había mucho espacio, pero Roberta encontró un hueco. Enterró el rostro en el pecho de su madre y lloró mientras los abuelos las miraban a través de sus propias lágrimas.

–Estoy bien –les aseguró a todos–. Gracias al piloto que tuvo la sangre fría para explicarme cómo debía protegerme, sólo tengo un brazo roto.

–¿Ha muerto? –preguntó su padre con solemnidad.

–No. Sólo tiene una pierna rota. Hemos tenido mucha suerte. Estábamos muy cerca del suelo cuando se produjo la avería, y creo que salimos disparados antes de que el helicóptero se estrellara. El médico dice que podré volver a casa pasado mañana.

–Te vienes a casa con nosotros para recuperarte –sus padres le besaron las mejillas–. ¡Gracias a Dios que estás viva! –exclamó su madre.

–Jamás había sentido tanto miedo en mi vida –confesó su padre en voz baja.

–Yo tampoco –las mejillas de Annie estaban bañadas en lágrimas mientras acariciaba la cabeza de Roberta–. Sé que has pasado mucho miedo.

–Ojalá no hubieras venido a Yosemite. Por favor, no vuelvas –otro llanto resonó en la habitación y el delgado cuerpo de Roberta se estremeció.

–¿Sabes una cosa? –la sincera súplica de su hija y el dolor reflejado en la mirada de sus padres terminaron por convencerla.

–¿Qué? –Roberta levantó la vista.

–He decidido no aceptar el puesto. Nos mudamos a San Francisco. –Annie… –su madre lloró de alegría. –¿Quieres decir para vivir? –Roberta estudió a su madre con solemnidad.

–Sí.

Su padre la miró como si la viera por primera vez. Algo espantoso debía de haber sucedido para que tomara tal decisión. Por supuesto el accidente, casi mortal, podría ser el motivo.

–Ninguna otra cosa que pudieras decir… –el anciano lloró.

Era una decisión tomada por la felicidad de su familia. No volvería a mirar atrás.

¡Durante diez años Robert no había intentado contactar con ella ni una sola vez!

Recordó una noticia que había leído sobre un hombre que había fingido su propia muerte para escapar de su esposa. Veinte años después su mujer lo había visto. Estaba casado con otra persona y tenía otra familia.

Annie no concebía que alguien fuera capaz de algo así, pero Robert lo había hecho. El verano en Afganistán diez años atrás no había sido más que un intermedio en su vida. Se había declarado y ella había aceptado. Aun así, jamás llegaron al altar.

No obstante, había conseguido un hermoso bebé. Desde ese instante dedicaría su vida a la felicidad de Roberta y conseguiría que sus padres se sintieran orgullosos de ella.

–¿En qué vas a trabajar?

–Aún no lo sé. A lo mejor vuelvo a la universidad y me hago maestra –algo que no tuviera que ver con la Arqueología ni con los recuerdos. Había dedicado demasiado tiempo a honrar a un hombre que había resultado no ser tan excepcional.

–Lo importante es que vamos a estar todos juntos, cariño –su padre abrazó a la niña. –¿Puedo dormir con mamá esta noche? –Roberta miró a su abuelo.

–Se lo preguntaremos a la enfermera.

–Seguro que no habrá problema –Annie miró a su madre–. ¿Dónde os vais a alojar? –Hay un hotel a la vuelta de la esquina. –Parece que al fin han llegado todos –la sonriente enfermera entró con la bebida de Annie.

–¿Podrías disponer una cama para que mi hija se quede conmigo esta noche? –Por supuesto. Me encargaré de ello. –Gracias. Has sido maravillosa conmigo. –Intentamos agradar. Apuesto a que a los demás os vendría bien algo de beber. ¿Qué dices? –Heidi se dirigió a Roberta que asintió–. ¿Qué te gusta más? ¿Sprite? ¿Cola? ¿Naranjada? ¿Zarzaparrila?

–Zarzaparrila.

–Para nosotros, cola –dijo la madre de Annie.

–Hecho –concluyó la enfermera antes de marcharse de nuevo.

A Annie se le llenaron los ojos de lágrimas. Alrededor de su

cama se agrupaban todos sus seres queridos. Aquella mañana había iniciado una nueva aventura, sin saber que antes de que finalizara el día su vida sufriría un espectacular vuelco.

El accidente le había hecho ver con claridad sus prioridades. La reaparición de Robert había reescrito la historia, cerrando la puerta al pasado. A partir de ese momento viviría para esas tres maravillosas personas y no pediría nada más.

–¡Ahí está el tío Chase!

Nicky se separó de sus padres y corrió hacia el coche con su gracioso rostro resplandeciente de emoción. Chase tomó al pequeño en brazos y lo abrazó con fuerza y emoción contenida.

–¿Recibiste mi postal? Era de la torre de Londres.

–La recibí, y me encantó.

–Solían torturar a la gente ahí dentro.

–Eso me contaste.

–Te he traído un regalo, pero está en la maleta –el niño le dio un beso en la mejilla.

–Me muero de ganas de verlo.

–Te va a encantar –los ojos del niño se iluminaron.

–Es verdad –le aseguró Vance.

Chase saludó a su amigo, que tenía un aspecto estupendo. En cuanto a Rachel, resplandecía como quien se sabe amado.

Cuando abandonara el parque al día siguiente se llevaría esa imagen grabada en su mente y en el corazón. Abrazó a Rachel con fuerza. Los iba a echar de menos.

–¿Qué tal tu padre?

–¡Estupendamente! –exclamó ella–. La operación fue un éxito. No tardarán en venir aquí.

–Eso es maravilloso –susurró él de forma automática. Desde el día anterior, cuando Mark le había dado el nombre del pasajero del helicóptero, su vida se había vuelto del revés.

Sintió la aguda mirada de Vance. El jefe se había dado cuenta de que su segundo no estaba bien. Aunque jamás habían podido ocultarse nada, tenía que intentarlo.

–Entrad en el coche, yo me encargo del equipaje –se dirigió al maletero y Vance lo siguió.

–Discúlpame, pero tienes un aspecto infernal.

Pues sí. Chase llevaba en el infierno desde el día anterior. Su única conexión con el mundo de los vivos había sido Mark Sims.

Gracias a él había sabido que Annie no tenía más que un brazo roto y unos cuantos puntos en la cabeza.

–Ser el guardabosque jefe de Yosemite ha sido mucho más duro de lo que pensaba.

Evitando todo contacto visual, cerró el maletero y se sentó al volante. Nicky y Rachel se habían instalado en el asiento trasero y Vance se sentó delante. De nuevo, Chase sintió la penetrante mirada azul de su amigo, que lo escrutaba.

–¿Viste algún búho blanco? –Chase arrancó e inició una conversación con Nicky.

–¡Vi a Hedwig!

–¿El verdadero Hedwig?

–Sí.

–¿El de la peli?

–Sí. Salvo que utilizaron siete búhos diferentes. Yo vi a uno llamado Oak. –¿Cómo lo conseguiste? –Papá y mamá me llevaron a ese pueblo que no me acuerdo cómo se llama.

–Walsall –intervino Rachel.

–Sí, y una señora vino a la biblioteca con algunos animales. Trajo a Oak, es muy blanco. –Qué suerte. –Sí. Me hice fotos a su lado y también me dejaron tocar a un erizo enano.

–Me muero de ganas de ver tus fotos –a pesar del dolor, Chase rió. –¿Alguna vez has visto a un erizo enano? –Creo que no. –Son realmente pequeños. –Apuesto a que sí. ¿No verías a la reina, también? –No, pero vimos a los guardias con esos enormes sombreros. ¿Cómo se llamaban, mami?

–Beefeater.

–Eso, y fuimos por todo Londres en esos autobuses rojos de dos pisos. ¿Y sabes qué? –¿Qué? Sigue, Nicky. –Montamos en tren. –¿Fuiste a Hogwarts? –Hogwarts no existe –el niño rió–. Qué gracioso eres, tío Chase.

El rubio parlanchín los distrajo hasta la entrada del parque. Chase habría preferido no parar, pero el guardabosque de la garita, Jeff Thompson, se acercó para saludar a Vance.

–Me alegra verte de vuelta, jefe.

–Me alegra haber vuelto a casa.

–Para vuestra información –Jeff saludó a Nicky y a Rachel–, el

guardabosque Jarvis ha hecho un trabajo tan magnífico que nadie se dio cuenta de que no estabas.

–Te has pasado un poco, ¿no crees? –Chase protestó.

–Por eso lo dejé al mando –Vance siguió la broma–. ¿Alguna novedad?

–Ninguna, aunque supongo que ya estarás al corriente del accidente de helicóptero en el monte Paiute –dijo en tono confidencial.

Vance miró a Chase con consternación.

–Hablemos ahí fuera –Chase casi se arrancó la lengua de un mordisco. «Gracias, Jeff». Los dos hombres se bajaron del coche para que Nicky no oyera nada.

–¿Cuándo sucedió? –preguntó Vance con gesto sombrío.

–Ayer.

–¿Por qué no me habías contado nada?

–Si hubiera habido víctimas, lo habría hecho. Afortunadamente, el piloto y el pasajero escaparon, respectivamente, con una pierna y un brazo roto.

–Fue un milagro que sobrevivieran –añadió Jeff.

–De momento los investigadores apuestan por un fallo en el rotor de cola –era evidente que Vance esperaba una explicación más detallada– o un fallo mecánico. No hay ninguna otra explicación lógica a lo sucedido.

–¿Quién manejaba los mandos?

–Tom Fuller –contestó Jeff.

–La buena noticia es que se ha descartado el fallo humano –Chase amplió la información–. Sucedió hacia el mediodía con un tiempo estupendo y unas condiciones óptimas.

–¿Quién era el pasajero?

–La nueva arqueóloga del CDF en vuelo de reconocimiento.El superintendente Telford consiguió financiación para contratar a otro arqueólogo.

–Los del rescate dijeron que es muy guapa –señaló Jeff.

–¿Cómo se llama?

–Margaret Bower. Los chicos hacen cola para verla, pero yo seré el primero en salir con ella. –¿Entonces es soltera? –murmuró Vance. –Sí, y tiene una hija que vivirá con ella en el parque –Jeff asintió.

¿Una hija? Por primera vez en su vida, Chase estuvo a punto de desmayarse. –¿Qué edad tiene? –No lo sé –Jeff se encogió de

hombros–. Tendrás que preguntárselo a Mark. –Esperaba ahorrarte esta información hasta mañana –Chase miró a su amigo–. Bienvenido a casa, Vance. –Me alegra haberme enterado. Mejor estar prevenido. Supongo que habrá sido un notición. –Por supuesto, pero el final feliz ha hecho que se pierda interés. –El nuevo superintendente ha debido de estar a punto de sufrir un infarto.

–En realidad lo estuvimos todos hasta que abandonaron el estado crítico –Jeff asintió–. Telford se sentía tan responsable que redactó un comunicado para la prensa.

–Menos mal.

–Es estupendo charlar contigo, Jeff –Chase no aguantaba más–, pero están cansados y necesitan ir a su casa –«y yo tengo que hablar con Mark».

–Ya nos veremos, Nicky –Jeff saludó al niño mientras los dos hombres volvían al coche.

–¡Hasta luego!

Durante el resto del trayecto por el valle de Yosemite hablaron de cosas intrascendentes. Al poco tiempo llegaron a casa de Vance.

–Os ayudaré con el equipaje –Chase se moría por hablar con Mark, pero a solas.

Vance hizo entrar a su familia en la casa antes de volver al coche. Juntos llevaron el equipaje, pero, cuando Chase hizo amago de marcharse, su jefe lo agarró del brazo.

–Oye, ¿dónde está el fuego? Nos gustaría que te quedaras. Rachel preparará algo. Pasa.

–Es tu primera noche en casa con tu mujer –Chase sonrió con amargura–. Cuatro es una multitud. Y no olvides que sigo al mando hasta mañana.

Tras darle a Vance una palmada en el hombro se volvió al coche. Al mirar por el espejo retrovisor, vio a Vance aún parado en la entrada y con el ceño fruncido.

Llegó a su casa, corrió al interior y llamó a Mark desde la cocina. –Misión cumplida. Vance y su familia están de vuelta sanos y salvos.

–Genial. ¿Qué tal está el jefe?

–Mejor que si acabaran de tocarle diez mil millones de dólares en la lotería.

–Eso es estupendo –Mark se alegró sinceramente. Como todos los guardabosques, el jefe de seguridad del parque adoraba a

Vance–. ¿Se lo ha pasado bien Nicky?

–No ha dejado de hablar durante todo el camino. Ya te contará todo sobre el viaje.

–Me encanta ese chavalín –Mark rió.

–Como a todo el mundo –la ansiedad de Chase iba en aumento. Necesitaba una respuesta–. Y hablando de niños, Jeff le dijo a Vance que la señorita Bower tiene una hija.

–En efecto.

–No lo sabía. ¿Por casualidad no tendrá la edad de Nicky? Sería estupendo que tuviera una amiga. No hay muchos niños por aquí en invierno.

–Según el CDF, tiene diez años, como mi Carly. Está en cuarto curso y se llama Roberta.

A Chase se le cayó el móvil al suelo.

La había dejado embarazada. Habían tenido un bebé… –¿Chase? ¿Sigues ahí? Una hija, ¡tenía una hija! –¿Hola? ¿Chase? –Sí –balbuceó–. Lo siento. Se me cayó el teléfono.

Gracias, Mark. Infórmame de cualquier emergencia. Vance no volverá al trabajo hasta mañana.

–De acuerdo.

Nada más colgar, Chase se apoyó en el fregadero. Mientras intentaba asimilar el hecho de que era padre, alguien llamó a la puerta. Sin duda sería uno de los guardabosques.

A regañadientes, abrió. Vance pasó por su lado y entró en la casa.

Chase cerró la puerta. Ambos se miraron como dos adversarios.

–No pienso irme hasta que me cuentes qué está pasando.

CAPÍTULO 3

–NO TE va a gustar –tras un largo minuto de silencio, había llegado la hora de la verdad–. Cuando haya terminado de contártelo, no sólo vas a odiarme por mentirte, estarás furioso porque mi presencia aquí ha puesto el parque en peligro.

–¿Por qué no dejas que sea yo quien lo decida? –Vance lo miró preocupado–. Adelante.

–Para empezar –Chase respiró hondo–, me llamo Robert Myers. Nací en Nueva York. Jamás estuve casado ni divorciado. Ni estuve en la marina. Como mis padres, yo también me licencié en la Universidad de Duke, en Arqueología, pero voy demasiado deprisa.

Chase hizo una pausa y prosiguió.

–Antes de cumplir el año, mis padres se mudaron a China. Vivimos a lo largo de la Ruta de la Seda desde Oriente hasta Afganistán, y acabamos en una excavación en Kabul. Los arqueólogos a menudo consiguen entrar en países vedados para otros. Yo era muy joven cuando la CIA recurrió a mis padres en busca de informadores. Yo no comprendía las implicaciones. Lo único que sabía era que no debía contárselo a nadie.

Vance sacudió la cabeza, impresionado.

–Durante la ocupación rusa de Afganistán, y el posterior gobierno talibán, el museo nacional de Kabul fue saqueado, pero los tesoros jamás aparecieron. El mundo estaba perplejo. Para abreviar: el gobierno afgano lo había escondido en una caja fuerte bajo el palacio presidencial de Kabul. Tras la expulsión de los talibanes, un equipo de cerrajeros fue contratado para abrir los siete cerrojos. Salvo por unas pocas piezas, el fabuloso tesoro de oro bactriano estaba intacto junto con las valiosísimas monedas del siglo v a.C. en adelante, con los perfiles de los sucesivos reyes. Equipos de arqueólogos, incluyendo el nuestro, fueron llamados para verificar la autenticidad del tesoro.

–¿Llegaste a verlo?

–En parte –Chase asintió–, pero la victoria tuvo su precio. Una célula de Al-Qaeda que seguía con los talibanes decidió vengarse contra todo el que estuviera relacionado con el hallazgo. Hicieron estallar nuestra excavación, mataron a mis padres y a otras trece personas. A mí también me dieron por muerto, pero sobreviví y fui trasladado a Suiza por la CIA. Estuve casi un año en el hospital.

Aparte de las enormes heridas y cicatrices de las sucesivas operaciones, me dijeron que jamás podría tener hijos. Y algo más…

Vance, visiblemente, contuvo el aliento.

–Tengo un trozo de metralla alojado en el corazón. Es inoperable. Si se mueve, soy hombre muerto. Mi vida no valía nada, de modo que accedí a volver a trabajar para la CIA. Era mejor que sentarme a esperar el final. Gracias a mis conocimientos de lengua árabe, panyabi y dari persa, me infiltraba para suministrarles información. Mi sed de venganza demostró ser fuerte. Para mi sorpresa, mi corazón sobrevivió al entrenamiento. El médico no salía de su asombro. Al final les di seis años de mi vida. En mi última misión fui delatado por un doble agente que me reconoció del desastre de Kabul. Y me incluyeron en el programa de protección de testigos, aquí en Yosemite.

Respiró hondo, la narración llegaba a su fin.

–Durante tres años nada ha alterado mi existencia aquí… hasta ayer.

–Sabía que había pasado algo –Vance se cruzó de brazos y miró a Chase con una mezcla de fascinación y admiración–. Continúa.

–Estoy metido en un lío, Vance –Chase tragó saliva con dificultad. –¿Quieres decir que tu identidad ha sido comprometida? –Aún no –se frotó la mandíbula–. Pero está relacionado. Acabo de saber que soy padre.

–¿Te importaría repetirlo? –Vance entornó los ojos.

–Al parecer, tengo una hija. Su madre es la mujer que iba en el helicóptero ayer, Annie Bower. Me enamoré de ella en Afganistán. Era una estudiante de Arqueología de UCLA.

Vance dio un respingo.

–Cuando Annie apareció en la excavación hace diez años, ningún hombre podía apartar los ojos de ella. Me bastó un vistazo para sentir una atracción que no hizo más que aumentar cuando sonrió.

Su inteligencia lo había fascinado. La calidez de su personalidad lo había cautivado.

–Nos volvimos inseparables… hasta el día de la explosión, que nos separó para siempre. Gracias a Dios ella se había quedado en el hotel aquella mañana –su voz se quebró.

–Gracias a Dios –repitió Vance.

–Habíamos planeado casarnos a finales del verano, pero… Ella

volvió a California convencida de que yo había muerto. Habíamos tomado precauciones y no podía imaginarme que estuviera embarazada cuando se marchó. Tuve miedo de que las células de Al-Qaeda en Estados Unidos la persiguieran por ser un miembro del equipo de la excavación. No tuve otra opción que seguir muerto para ella. Además, afrontémoslo, ¿quién querría a un despojo humano que podría caer muerto en cualquier instante?

–Te sigo –susurró Vance.

–La CIA la ha mantenido bajo vigilancia todos estos años, pero jamás me han dado noticias suyas. Supongo que sabían que si descubría que tenía una hija, no podría mantenerme alejado de ella –respiró hondo–. ¿Te imaginas cómo me sentí ayer cuando aparecí en el lugar del accidente y encontré a Annie destrozada en el bosque?

–Chase…

–Es una de esas coincidencias que desafía toda lógica. Mientras la subíamos en la cesta, ella me miró y gritó mi nombre. Los chicos se imaginaron que Robert debía de ser su marido, y no les resultó extraño que lo llamara a gritos.

–Y el guardabosque Thompson te dio sin querer la noticia de tu paternidad esta noche –Vance juntó las piezas–. Te juro que te cambió la cara en un instante.

–Hace un rato llamé a Mark –Chase asintió–. Mi niña tiene diez años.

–¿Te dijo su nombre?

–Roberta.

–Eso es más concluyente que una prueba de paternidad –Vance dejó escapar un silbido.

–¿Qué voy a hacer?

–¿Qué quieres hacer?

–Menuda preguntita…

–Lo mismo iba a contestarte yo –espetó su jefe. –No lo entiendes. Mi corazón aún late, pero ese trozo de metralla podría moverse de repente, y sería el final. –Cierto, pero no ha sucedido en diez años. Yo diría que has superado las expectativas.

–Quizás, pero según mi contacto de la CIA, los operativos de Al-Qaeda aún me buscan. Sabemos que su paciencia es legendaria. A pesar de que el programa de protección de testigos nos haya mantenido a salvo hasta ahora, siempre seré un fugitivo. Lo mejor

para Annie y para Roberta sería que desapareciera otra vez antes de que ella salga del hospital.

–Tu guerra particular terminó hace mucho –Vance sacudió la cabeza–. Las probabilidades de que os encuentren son un millón de veces inferiores a las de que ella se viera involucrada en un accidente de helicóptero en el parque. ¿Qué mejor lugar que éste, relativamente asilado, para protegerla? ¡Tú no te vas de aquí!

–Tienes todo el derecho del mundo a despreciarme por haberme hecho pasar por otra persona durante años –a Chase le escocían los ojos.

–No seas idiota, ¿me odiarías si fuera yo quien estuviera en tu situación?

–Ya conoces mi respuesta.

–Veo que nos entendemos. Ahora que vuelvo a ser jefe, te doy todo el tiempo que necesites para ocuparte de los asuntos pendientes de estos últimos diez años –Vance se encaminó hacia la puerta–. Y pensar que Rachel y yo hemos estado hablando durante toda la luna de miel de buscarte a la chica adecuada…

–¿Durante toda la luna de miel? Espero que no.

–No –su jefe rió–. Buenas noches, Robert, ¿o debería decir doctor Myers?

–¿Sabes lo raro que me suena eso?

–No tanto como le sonará a Annie el nombre de «Chase». Va a tener que aprender a llamarte así. Roberta no tendrá problemas. Te llamará simplemente «papá».

–No nos adelantemos a los acontecimientos. Annie sabe que estoy vivo –Chase respiró hondo–. Tengo la sensación de que jamás me perdonará por el largo silencio.

–Entonces tendrás que lograr que vuelva a enamorarse de ti. Rachel dice que eres todo un rompecorazones. Por cierto, no te hablé de mi conversación con el jefe Sam antes de partir de luna de miel.

El viejo jefe Paiute era un vidente. Cada vez que hablaba, a Chase se le ponía la carne de gallina.

–Se vio a sí mismo como un halcón peregrino volando más rápido que una flecha hasta el nido de su compañera en los riscos que dominan el valle. ¿Te das cuenta de que hace al menos una década que no vemos anidar a ningún halcón peregrino? Da escalofríos de pensarlo –antes de cerrar la puerta a sus espaldas, añadió–: Recuérdame que le dé un abrazo de oso al

superintendente por conseguir una nueva arqueóloga para el parque.

Chase no podía permitirse el lujo de dormir. Durante toda la noche se dedicó a beber café y a idear distintas maneras de abordar a Annie. A la mañana siguiente había llegado a la conclusión de que lo único que podía hacer era llamarla al hospital antes de que fuera dada de alta. Era un comienzo. Si rechazaba la llamada, o le colgaba, tendría que pensar en otra manera de llegar a ella.

A las ocho de la mañana la impaciencia le pudo y telefoneó al hospital San Gabriel de Stockton. Al fin logró averiguar en qué habitación estaba y llamó. Entre la cafeína y la adrenalina, estaba tan nervioso que no dejó de pasearse por el salón mientras esperaba a que alguien contestara al teléfono.

–¿Sí? –dijo una joven voz femenina.

–Hola –si estaba en lo cierto, era su hija la que había contestado. Increíble–. ¿Es la habitación de la señorita Bower?

–Sí.

–¿Podría hablar con ella, por favor?

–Ahora mismo no puede ponerse. ¿Quién la llama?

–El guardabosque Jarvis.

–¿Es uno de los hombres que rescató a mi madre?

–Sí –la dulzura de aquella niña le derretía el corazón–. ¿Qué tal está?

–El médico dice que podrá irse a casa esta tarde.

–Eso es estupendo –Chase tragó con dificultad–. ¿Y tú quién eres?

–Su hija, Roberta.

–Qué nombre tan bonito –«Roberta…», repitió él con los ojos cerrados. –Gracias. Me lo pusieron por mi padre, Robert. Murió antes de que yo naciera.

–Me alegro de que tu madre esté bien –consiguió decir mientras se cubría el rostro con las manos–. ¿Te has quedado todo el tiempo con ella?

–Sí. Mis abuelos querían que fuera al hotel con ellos, pero mami necesita mi ayuda.

–Tiene mucha suerte de tener una hija que la quiere tanto. ¿Crees que podrá hablar conmigo más tarde?

–Si espera, lo preguntaré.

–De acuerdo. Muchas gracias.

–De nada.

¡Qué niña tan increíblemente educada y encantadora! Se notaba que había recibido la educación de su madre. Y pensar que era sangre de su sangre… Se sentía estallar de orgullo. –¿Guardabosque Jarvis? –la niña había vuelto a ponerse al teléfono.

–Sigo aquí.

–Mami está con la enfermera. Dice que si deja su número, ella lo llamará en diez minutos.

Al parecer, Annie había decidido enfrentarse a él. Eso le hizo sentir miedo. Ya no tenía veinte años. Era una mujer de treinta y un años que había ejercido de cabeza de familia durante diez y que había creado una vida maravillosa para ella y su hija, Roberta.

–¿Tienes algo con que escribir?

–Sí. Adelante, por favor.

Él consiguió sonreír a pesar de las lágrimas y le dio el número a su hija. Era la secretaria perfecta, muy madura a pesar de su edad. ¿Quién podría culparla después de casi haber perdido a su madre? Chase se estremeció al pensar en Annie tan cerca de la muerte.

–Se lo repetiré –Roberta lo había apuntado bien–. No se preocupe. No se olvidará de llamarlo. Dice que fue rescatada por unos ángeles.

–Gracias, Roberta. Esperaré su llamada.

–Muy bien. Adiós. Gracias por ayudar a mi mamá.

Colgó antes de que él pudiera añadir nada más.

Chase se dejó caer en la silla más cercana, agitado y conmovido por la primera conversación mantenida con su único retoño.

¿El guardabosque Jarvis quería que ella lo llamara?

Además de las flores enviadas por sus amigos y compañeros de trabajo, había recibido dos maravillosos centros de flores del superintendente del parque y del jefe de los guardabosques, deseándole una plena y pronta recuperación.

¿A que venía la llamada de ese guardabosque? A no ser que se tratara de una llamada oficial de seguimiento, cortesía del parque hacia cualquiera que sufriera un accidente en el recinto… No conocía el protocolo del parque y no lo sabía con certeza.

Al final llegó a la conclusión de que, si no era política del parque, tenía que haber sido cosa de Robert. Habría telefoneado para intentar averiguar qué iba a hacer.

¡Cómo le habría gustado verle la cara al descubrir que hablaba con su propia hija! Cualquier otra persona habría estado a punto de

sufrir un infarto, pero dado que Robert era capaz de mostrar la peor crueldad, por sus venas sólo podía correr el nitrógeno líquido.

El efecto de la anestesia había desaparecido, sustituido por una enorme ira junto con los dolores que empezaba a sentir por todo el cuerpo. La ponía furiosa pensar en la posibilidad de que Robert hubiera hablado con su dulce e inocente niña. No tenía derecho a hablar con ella, no se lo merecía, ¡y mucho menos acercarse a ella!

Tras la ducha, la enfermera la había ayudado a vestirse antes de que Roberta tomara el mando. Puso pasta de dientes en el cepillo de su madre y luego le secó los cabellos.

–Gracias, cariño. No sé qué haría sin ti –Annie la abrazó. Luego se sentó en una silla para que su hija pudiera peinarla y hacerle una coleta–. Esto es un lujo.

Roberta rió mientras arreglaba a su madre, con cuidado de no tocar la zona de los puntos. Siempre habían estado muy unidas, pero el accidente había fortalecido aún más los lazos.

–Ya está –la niña sujetó la coleta con una goma.

–Has hecho un trabajo perfecto. Te quiero.

–Yo también te quiero –se acercó hasta la mesilla junto a la cama y regresó con el móvil y un cuaderno–. Ya puedes llamar al guardabosque.

Lo haría delante de su hija. Independientemente de quién contestara, su hija jamás notaría algo fuera de lo normal. Sus padres estaban a punto de recogerlas para llevarlas a su casa y esperaba que se tratara de Robert para poder acabar con aquello de una vez.

Marcó los números y esperó a que descolgara.

–Guardabosque Jarvis.

No había contado con el efecto que producía en ella la voz de Robert. Los recuerdos que tanto intentaba suprimir regresaron de golpe.

–Tengo entendido que me ha dejado recado para que lo llame –Annie se puso rígida. ¿Cómo había podido hacerle eso? A ella y a su hija.

–¿Annie? –parecía angustiado. Sin duda lo estaría. Había costado diez años, pero al fin había caído en su propia trampa–. No cuelgues –suplicó–. Tenemos que hablar.

–Estoy de acuerdo –dijo ella. A pesar de que Roberta estuviera viendo la televisión, sus afiladas orejas lo registraban todo–. Sería una descortesía por mi parte no expresar a unos hombres tan

valientes mi gratitud por rescatarme junto al piloto. Cuando esté algo más recuperada, enviaré una nota oficial a cada uno de ustedes para agradecer su extraordinario valor.

–Annie… –él repitió su nombre, pero en tono más grave y saturado de emoción.

–Si fuera tan amable, le agradecería que comunicara a su jefe que he decidido no aceptar el puesto –Annie se armó de valor para no caer rendida ante su poder–. Me envió unas flores junto con una nota en la que me daba la bienvenida al parque. Ayer hablé con mi jefe del CDF y le hice saber que había cambiado de idea. Estoy segura de que se lo comunicará oficialmente, pero dado que trabaja a las órdenes del jefe Rossiter, lo sabrá antes si se lo dice usted. Adiós, guardabosque Jarvis, y gracias otra vez por su extraordinario gesto de valor. Ni el piloto ni yo lo olvidaremos jamás –tras lo cual colgó mientras respiraba hondo para intentar recuperar el control.

–Ese guardabosque era muy majo –en cuanto su madre colgó, Roberta apagó el televisor.

–Sí lo era.

–¿Podemos dormir esta noche en casa? me gustaría que viniera Debbie.

–Seguramente nos quedaremos allí el resto de la semana –lógicamente, las chicas necesitaban hablar–. Nos iremos a San Francisco el domingo.

–¿Los abuelos se quedarán con nosotras hasta entonces?

–Al menos, esta noche. Después, seguramente se adelantarán. Ya conoces al abuelo. Le cuesta quedarse en un sitio mucho tiempo.

–Sí, siempre anda dando vueltas por ahí. A la abuela la vuelve loca.

–Ahora podrá llevarte a ti con él –Annie sonrió a su observadora hija–. Tendremos que organizarnos y asegurarnos de llevar todo lo necesario para vivir en casa de la abuela hasta la gran mudanza.

–¿Y cuándo será eso?

–No antes de que me quiten la escayola, dentro de seis semanas. En cuanto lleguemos a casa de la abuela te matricularemos en un colegio cerca y buscaremos un sitio para vivir que no esté lejos de ellos. No creo que abandonemos definitivamente Santa Rosa hasta al menos dentro de dos meses.

El contrato de alquiler de su apartamento finalizaba en

diciembre. Tenía tiempo suficiente para instalarse en San Francisco sin prisas. No tenía trabajo, pero ya se ocuparía de eso más adelante. Tenía suficientes ahorros para vivir durante varios meses.

–¿Puedo invitar a Debbie a casa de la abuela este fin de semana?

–Sí, y puede que a Penny. También invitaremos a Julie y alguna vez podrás ir tú a su casa –con el tiempo, Roberta haría nuevos amigos, pero de momento bastaría así.

Oyó pasos y vio entrar a sus padres en la habitación. Roberta corrió a abrazar a su abuela.

–Viendo tu aspecto nadie diría que has sufrido un tremendo accidente –el rostro de su padre se iluminó al verla–. ¿Te sientes tan bien como aparentas?

–Mejor –mintió Annie mientras le daba un beso en la mejilla. Le dolían todos los huesos del cuerpo y la conversación con Robert la había alterado mucho–. El médico me ha dado el alta. Estoy lista para salir de aquí.

–Ya tengo las maletas preparadas –Roberta abrazó a su abuelo.

–Entonces, vámonos.

–¿Qué vas a hacer con las flores?

–No podemos llevárnoslas –Annie miró a su hija–. Podríamos pedir que se las entreguen a algún paciente que necesite que lo animen.

–Toma tu bolso –la niña asintió.

–Gracias.

–La enfermera viene con la silla de ruedas –su madre miró por la puerta.

–¿Puedo empujarte yo, mami?

–Se lo preguntaremos a la enfermera, pero no veo por qué no.

El viernes por la mañana, Chase estaba sentado en el coche en el aparcamiento para invitados de la urbanización de Annie. El agente Sid Manning, su contacto en la CIA, esperaba a la vuelta de la esquina una señal para unirse a él.

La conversación telefónica mantenida con Annie el miércoles, tal y como se había temido, había sido inútil. Tampoco tenía demasiada fe en lo que estaba a punto de hacer, pero era imprescindible si quería conseguir que lo escuchara.

Desde el día anterior había vigilado la actividad en el apartamento. Por la noche una pareja mayor había salido de la casa

en un coche de lujo. Debían de ser los padres de Annie. Ambos tenían los atractivos rasgos físicos que su hija había heredado.

Hacía escasos minutos había visto a su hija por primera vez. A las ocho y media una mujer al volante de un Toyota y acompañada de una niña rubia había aparcado frente a la casa. Instantes después, una chica morena de mediana estatura había salido por la puerta vestida con una blusa verde y azul y unos vaqueros. Su cola de caballo se balanceaba al andar mientras saludaba con la mano a su amiga del coche.

Chase contempló ávidamente su delgada figura. Se movía con elegancia, como Annie. Al acercarse pudo ver su rostro. El corazón le dio un vuelco al comprobar que se parecía muchísimo a él. Las lágrimas inundaron sus ojos. Roberta… su niña. Era adorable. –Voy a abordarla –en cuanto el Toyota hubo desaparecido calle abajo, Chase avisó a Sid.

–Me reuniré contigo.

Había decidido aparecer sin previo aviso. A lo mejor Annie seguía en la cama, recuperándose, pero se trataba de una situación de vida o muerte… de su vida.

Después de lo que había averiguado, la vida no tendría ningún sentido si no podía cuidar de ellas y amarlas durante el tiempo que le quedara de vida.

Respiró hondo, bajó del coche y se dirigió al apartamento. Sid aparcó y se reunió con él en la puerta. Llamó al timbre. Para su sorpresa, ella contestó antes de lo esperado.

–¿Cariño? –llamó Annie–. ¿Has olvidado algo?

Sin embargo, en cuanto vio a Chase se quedó sin aliento y dio un paso atrás. Bajo su mata de pelo oscuro y brillante su rostro adquirió el gesto de una máscara.

–¿Cómo te atreves a venir aquí? Llevaba un vestido rosa, iba descalza y estaba preciosa. Más hermosa que diez años atrás.

–¿Señorita Bower? –intervino Sid mientras mostraba su identificación–. Soy el agente Manning de la CIA. Necesito hablar con usted. Es por su propia seguridad y la de su hija, y también por la del doctor Myers que trabajó durante un tiempo con nosotros.

–¡Claro! –se burló ella con crueldad.

–¿Podemos entrar, por favor?

–No –contestó ella sin revelar emoción alguna.

A Chase no le sorprendió. Había distintos grados de traición y

la suya había sido del máximo nivel. No se podía caer más bajo.

–Esto nos llevará cierto tiempo –Sid mantuvo la calma.

–Dijo que tenía algo que contarme –la curva de su sensual boca quedó reducida a un fino trazo–. Dígalo,

o de lo contrario cerraré la puerta. –Sólo pensaba en su

comodidad. –A ustedes les importa un bledo la comodidad de los demás.

Sid le dedicó una mirada de sorpresa a Chase.

–El agente Manning es mi contacto en Estados Unidos –explicó Chase–. Sé que para ti he muerto, pero hay una célula de Al-Qaeda que me sigue buscando. Durante años he temido que Roberta y tú pudierais ser su objetivo. Ahora que sabes que estoy vivo, es importante que sepas todo lo sucedido. La explosión de la excavación no fue accidental.

Los ojos de Annie se oscurecieron. Al fin se había producido una conexión.

–Tiene razón, señorita Bower. Tanto él como sus padres eran elementos operativos de la CIA que nos suministraban información de los lugares en los que trabajaban como arqueólogos. Nos sirvieron bien durante años, hasta que fueron descubiertos y eliminados junto con otras doce personas. Sólo se encontraron dos cuerpos con vida entre los escombros. Habían sido dados por muertos, pero un médico resucitó, literalmente, al doctor Myers. Nuestra gente lo sacó del país y lo llevó a un hospital de Suiza donde pasó más de un año sometido a varias operaciones para recuperarse de sus gravísimas heridas.

–No me creo nada –el rostro de Annie palideció y estuvo a punto de perder el equilibrio. –Estas fotos resultarán muy convincentes –Sid sacó un sobre de su maletín y se lo ofreció–. Fueron tomadas después de la explosión y en el hospital –al ver que ella no hacía el menor ademán de tocarlas, las arrojó al suelo a sus pies–. Dada su relación con él –continuó–, se la envió de inmediato a casa y fue puesta bajo vigilancia por si los efectivos de Al-Qaeda la encontraban. Su vida estaba en peligro y el doctor Myers no tuvo ninguna elección salvo la de mantenerse alejado de usted.

–Ya te he dado más de lo que mereces –los músculos de la garganta de Annie se estremecieron visiblemente–. Ya me lo has contado. ¡Ahora lárgate de aquí!

–Necesito hablar contigo, Annie –las manos de Cha-se se

cerraron en dos puños.

–Y yo necesité hablar contigo durante diez años –ella lo miró con gesto sombrío–. Pero ahora es demasiado tarde –tras lo cual cerró la puerta.

–Llevo muchos años en esto –Sid se volvió hacia Chase–, pero jamás había conocido a nadie tan obstinado. No estoy seguro de que haya posibilidades.

–No las hay –Chase suspiró conmocionado. No había contado con la gravedad del trauma que sufría ella. El dolor lo consumía.

Para ella, estaba muerto.

CAPÍTULO 4

ANNIE mantuvo la mirada fija en el sobre marrón que seguía en el suelo. El instinto de supervivencia le aconsejó quemarlo sin ver su contenido.

Si era cierto lo que le había contado el agente Manning, no quería ver las fotos de un hombre que jamás había intentado ponerse en contacto con ella desde su salida del hospital.

Robert había visto una salida a su relación y la había tomado. Si contactaba con ella en esos momentos era porque había descubierto que tenía una hija. Había hablado con ella por teléfono. Había vigilado su casa y la había visto salir.

¿Quién se había creído que era para volver después de diez años y exigir hablar con ella?

Jamás permitiría que se acercara a Roberta. Iba a hablar con Clive Radinger, un buen amigo de su padre. Era el mejor abogado del norte de California. Lo contrataría para conseguir una orden de alejamiento, pero lo mantendría en secreto para su familia.

Si Robert era tan paranoico que había decidido estar muerto para ella, se alejaría de toda publicidad que centrara la atención sobre él o Roberta. Sin querer desperdiciar ni un segundo, tomó el sobre del suelo y se dirigió al teléfono.

–Radinger y Byland –contestó una recepcionista.

–Hola, soy Annie Bower, la hija de Joseph Bower –no recordaba cuándo había utilizado por última vez el nombre de su padre para abrirse paso–. ¿Está el señor Radinger?

–Sí, pero está ocupado con un cliente.

–Puedo esperar. Es extremadamente urgente.

–Podría tardar bastante.

–No me importa esperar.

–Muy bien.

Annie puso el altavoz y se tumbó en la cama. Lo mejor sería mirar el contenido del sobre, por si el abogado le preguntaba al respecto. Con un solo brazo útil, le costó un poco abrirlo, pero al fin salieron de él seis brillantes fotos en blanco y negro.

Posó su mirada en una de ellas. Sólo se veía un cuerpo masculino tumbado de espaldas. Tenía un enorme boquete en el pecho. Había tanta sangre cubriéndole el rostro que no habría sabido quién era de no reconocer la forma de la cabeza de Robert.

Sus ojos se posaron en otra foto que lo mostraba boca abajo sobre una camilla. La base de la columna parecía haber sido cortada con una sierra.

Antes de correr al cuarto de baño a vomitar el desayuno, soltó un grito que resonó en toda la habitación. Cinco minutos después regresó temblando al dormitorio. Durante unos segundos no reconoció el sonido del teléfono. Había olvidado la llamada al abogado.

Con las piernas temblorosas se acercó a la cama y volvió a marcar.

–Radinger y Byland.

–Ho-hola. Soy Annie Bower otra vez.

–Me alegra que haya vuelto a llamar. Aún está ocupado. ¿De verdad quiere esperar?

–No –ella se tambaleó–. He cambiado de idea. Por favor, no le diga que he llamado. En caso necesario ya lo llamaría para concertar una cita.

–Muy bien. Buenos días.

Annie colgó. Estaba conmocionada por las fotos. Una de ellas mostraba un primer plano del sanguinolento rostro cubierto de cortes.

Escondió las fotos bajo la almohada y, presa de la angustia, cayó sobre la cama y lloró.

Cuando el móvil empezó a sonar, no se encontraba en disposición de contestar, pero quienquiera que fuera no se rendía. Se incorporó con dificultad y consultó la pantalla del teléfono. Podrían ser sus padres, o el colegio de su hija, aunque sabía bien quién era.

Annie temió que aún estuviera a la puerta de su casa. ¿Y si esperaba el regreso de Roberta del colegio para abordarla, forzando una confrontación entre los tres?

La abuela de Roberta tenía previsto recoger a la niña y a su amiga, comprar algo para cenar y llevarlas a casa. Sintió pánico. Si alguna veía a Robert, lo reconocería enseguida.

Había regresado de Afganistán con muchas fotos, la mayoría de las cuales estaban repartidas por la habitación de Roberta. Ella misma conservaba algunas junto a la cama. El resto estaba en un álbum que la niña repasaba a todas horas y mostraba a sus amigas.

Robert la había colocado en una situación insostenible. Estaba condenada hiciera lo que hiciera, pero si se negaba a hablar con él,

sería capaz de cualquier cosa y eso afectaría a su hija. Tenía que protegerla.

–¿Qué quieres? –respondió al fin.

–Hablar.

–No tenemos nada de qué hablar. Siento enormemente el horror que sufriste, pero no temas: para Roberta y para mí sigues igual de muerto. Así quiero que sigan las cosas.

–Pues tu deseo podría hacerse realidad en cualquier momento. –¿Quieres decir que vas a desaparecer de nuevo? –ella se paró en seco. –No voy a ir a ninguna parte, pero hay algo más que deberías saber sobre mí.

–¿El qué?

–Cuando supe que tenías una hija llamada Roberta, me di cuenta de que también era hija mía. Quiero formar parte de su vida y ayudarte a cuidarla. Pero hay algo sobre mi estado que podría influir en tu decisión de hablarle a Roberta sobre mí. Llegado el caso, te entendería y os dejaría tranquilas.

–Qué noble por tu parte –Annie se sintió conmocionada–. ¿Y cuál es ese estado?

–Tengo un trozo de metralla alojado en el corazón. Es inoperable. Mientras no se mueva, estaré bien. Aún sigo aquí, pero no hay garantías. Roberta tendría que saberlo.

Annie apenas podía tragar saliva ni respirar, y mucho menos responder.

–Cada dos meses me hago una revisión en una clínica privada. Nadie conoce mi estado salvo el agente Manning y el jefe Rossiter. El hecho de que lleve diez años sin problemas me da esperanzas. Pero sólo Dios sabe cuánto tiempo tengo.

–¿Me estás diciendo que temes morir por esa herida y que por eso jamás intentaste ponerte en contacto conmigo?

–No. Ya te he explicado el motivo por el que seguí estando muerto para ti, pero ahora que sé que tengo una hija… todo ha cambiado –dijo él emocionado–. Sé que dirás que no tiene sentido que aparezca ahora y os ponga en peligro, pero he hablado con mis superiores y hemos llegado a la conclusión de que diez años han minimizado el riesgo, siempre que permanezca en el parque. La casualidad de que solicitaras el puesto de arqueóloga me facilitará poder ver a nuestra hija a diario.

–Eso ya no es posible. He renunciado al puesto.

–Si lo aceptas –continuó él–, no habrá lugar más seguro en el mundo para nosotros. La seguridad es especialmente fuerte ahí dentro. Quiero conocer a mi hija, Annie. Siempre y cuando sepa la verdad sobre mí y crea poder soportarlo.

Annie temblaba. ¿Cómo iba a decirle a Roberta que su padre estaba vivo y a la vez que podría morir en cualquier momento? ¡Era una locura!

–Te he dicho que no quiero tener nada que ver contigo.

–Me hago cargo, pero ¿vas a castigar a Roberta sin un padre dispuesto a amarla? ¿Cómo crees que se sentirá si descubre que decidiste mantenerla alejada de mí después de saber que sigo vivo?

–Sólo lo descubriría si tú se lo dijeras.

–Ya te he dicho que no lo haré, pero ¿estás segura de que nunca nos encontraríamos de nuevo accidentalmente?

Los pensamientos de Annie retrocedieron a una conversación que había mantenido recientemente con Roberta: «Estudiamos la historia de California. La señora Darger nos puso un video el otro día. A finales de curso vamos a ir de excursión a Yosemite».

–Esto es una pesadilla –sacudió la cabeza.

–¿Por qué? ¿Qué le has contado sobre su padre? ¿Sabe siquiera la verdad? –Sí –casi gritó a la defensiva–. Sí –repitió en un murmullo en un intento de calmarse.

–¿Y por qué es una pesadilla? A no ser que estuvieras a punto de casarte con otro y que ella ya lo considere su padre…

–No hay nadie más –Annie agarró el teléfono con más fuerza. Había salido con otros hombres, pero no se había sentido capaz de llegar a nada serio con ellos.

De repente se le ocurrió que a lo mejor era Robert el que estaba con alguien. Las mujeres que había conocido en Kabul habían envidiado su relación con él. Podía tener a cualquier mujer que deseara y se había convertido en un hombre aún más atractivo.

–¿A qué hora volverá Roberta del colegio? –¿Por qué? –la inesperada pregunta disparó todas las alarmas.

–Porque mientras estamos hablando voy de camino hacia tu puerta. Si crees que podrá con toda la verdad, tendremos que trazar un plan antes de verla por primera vez. Y si al final no aceptas el puesto en el parque, tendremos que hablar del derecho de visitas.

–No…

–¿No crees que su intervención será crucial cuando averigüe

que podrá venir a verme al parque siempre que quiera? De ti depende cómo gestionemos este asunto.

–Robert, por favor no lo hagas… –suplicó ella desesperada.

–Me llamo Chase Jarvis. Es una de las muchas cosas que Roberta y sus abuelos deberán saber sobre mis ficticios antecedentes. Por cierto, los vi anoche abandonar el apartamento. Hace años te dije que tenía ganas de conocerlos, pero jamás pensé que la oportunidad tardaría diez años en presentarse. Es el mejor momento para discutirlo todo.

–Te-tendrás que darme cinco minutos.

–No hay problema. No pienso moverme de aquí.

Annie era consciente de ello y las implicaciones la aterrorizaban.

La puerta se abrió y Annie, pálida y con el brazo escayolado en cabestrillo, se hizo a un lado para que Chase pudiera entrar. Él respiró aliviado. No detectó ningún cambio visible en ella, salvo que se había puesto sandalias y cepillado el sedoso cabello.

En el interior del apartamento le llamó la atención el colorido del decorado y los tiestos artísticamente colocados por todo el salón.

Todo reflejaba la cálida personalidad de la mujer de la que se había enamorado. Había creado un ambiente acogedor y confortable para ella y su hija.

Estar de nuevo al lado de Annie le hacía desear recuperar de golpe los diez años perdidos. Necesitaba arreglarlo de inmediato para poder retomar sus vidas donde las habían dejado antes de la explosión. Sin embargo, sabía que no era posible. Tenía que darle tiempo.

–Pasemos al salón –ella cerró la puerta.

Chase sintió unos inquisitivos ojos clavados en él, sin duda intentando vislumbrar a través de su camisa y pantalones las enormes cicatrices de su torso y espalda.

Diversos cirujanos plásticos habían ayudado a minimizar el impacto visual. Sin embargo, su aspecto inicial, plasmado en las fotos, había conseguido que Annie le hubiera permitido entrar en su casa.

–Me enamoré de nuestra hija por teléfono –dijo él, de pie en medio del salón–. Y al verla hace un rato me cautivó por completo. Se parece a mí, pero lo más importante es tuyo. Decir que has

hecho un trabajo magnífico criando a nuestra hija sería decir muy poco.

–¡Lo último que desearía es que resultara herida! –exclamó Annie con la respiración entrecortada–. Apareces de repente de entre los muertos con tu discurso y sin la más remota idea del efecto que podría tener sobre ella.

–Sé el efecto que ha tenido en mí –contestó él con calma–, de modo que me hago una idea del impacto que podría sufrir. Pero si lo hacemos bien, tendrá la suerte de ser amada por las dos personas que más la querrán en el mundo. La amaré y la protegeré mientras viva.

–¿Y cómo piensas conseguirlo? –ella temblaba.

–Aún no te has recuperado del accidente de helicóptero y estás muy pálida. Antes de seguir discutiendo, voy a traerte un vaso de agua.

A pesar de sus protestas, se dirigió a la soleada cocina. Tuvo que abrir un par de armarios antes de encontrar un vaso. Mientras abría el grifo del agua fría, ella se le unió.

–Bébetelo, Annie. Pareces a punto de desmayarte.

Increíblemente, ella obedeció.

–¿Necesitas más analgésicos? –al no recibir respuesta, Chase se dirigió al dormitorio e, instintivamente, encontró el medicamento sobre una mesilla.

Junto a la lámpara vio una foto enmarcada de ambos, abrazados. Recordaba claramente cuándo y dónde se había tomado esa foto. Sintió una sacudida en el corazón que le devolvió a la realidad de la cocina.

Abrió el frasco y sacó dos pastillas que ella se tragó con lo que le quedaba de agua.

–¿Quieres más?

Annie sacudió la cabeza.

–Deberías estar acostada. Te ayudaré…

–No es necesario. La debilidad se me ha pasado.

Al ver cómo sus mejillas empezaban a colorearse, no insistió en llevarla a la cama.

–Me hago cargo de que la impresión ha sido demasiado para ti –Chase estaba de pie junto a su silla, pero ella se negaba a mirarlo–, y me vuelvo al motel. Está a menos de dos kilómetros de aquí. Sólo quiero que comprendas que me gustaría mantener el contacto con nuestra hija, pero si decides que no soportará saber lo

de mi corazón, respetaré tu postura. Hazme saber tu decisión. Estoy de vacaciones y lo estaré el tiempo que haga falta.

–No puedo darte una fecha.

–Debes tener en cuenta que hay una larga lista de arqueólogos esperando la oportunidad que acabas de recibir para trabajar en el parque. Roberta es demasiado joven para saber que fuiste elegida por tu destacado currículum y experiencia en Afganistán. El superintendente Telford cuenta contigo.

Annie no contestó. Chase dudaba siquiera de que lo hubiese escuchado.

–Antes de marcharme, ¿hay algo más que pueda hacer por ti?

–Nada –estaba claro que Annie quería que se fuera.

–Recuerda que estoy a cinco minutos –se despidió y fue hacia la puerta de la calle. Sólo quedaba esperar.

–¿Debbie? –el sábado por la tarde, Annie se asomó al dormitorio de Roberta. Las chicas habían estado jugando con las Polly Pocket–. Tu madre está aquí.

–¿Tiene que irse? –Roberta levantó la vista.

–Me temo que sí.

–El novio de mamá nos va a invitar a una pizza y al cine –Debbie guardó las muñecas que había llevado y saltó de la cama. –¿Te gusta? –preguntó Roberta mientras se dirigían a la entrada seguidas por Annie. –No mucho. Cuando viene a casa siempre me quita la tele para ver su programa deportivo. –Eso no es justo –tras despedirse de su amiga, se volvió hacia su madre–. ¿Cuándo llegarán los abuelos?

–Traen comida china para cenar y deberían llegar sobre las siete –eran las cuatro y media, lo que le daba dos horas y media para hablar con su hija.

Se dirigió al cuarto de la lavadora para sacar la ropa de la secadora. –¿Te importaría llevar el cesto a mi dormitorio para que pueda doblar la ropa?

–Me alegra que no tengas ningún malvado novio –la niña obedeció y siguió a Annie hasta el dormitorio dejando la ropa sobre la cama.

Roberta acababa de darle la entrada perfecta que había buscado desde que Robert le planteara su exigencia el día anterior.

Por mucho que se lo hubiera suavizado, había dejado claro que no iba a ceder.

–¿Y te gustaría que tuviera uno bueno? –bromeó Annie.

–¿Te gustaría a ti?

O Roberta era muy astuta, o muy insegura. Quizás un poco de ambas cosas, porque a menudo contestaba a una pregunta con otra pregunta, sin implicarse.

–No he pensado mucho en ello. Somos muy felices las dos juntas, ¿verdad?

–No habría nadie como papá –la niña asintió.

–¿Y eso cómo lo sabes? Annie hizo un esfuerzo por respirar con normalidad.

–Porque tú lo amabas –Roberta miró a su madre con una inocencia que le llegó al alma.

Con un brusco movimiento, Annie volteó el cesto sobre la cama y empezó a separar la ropa. A mitad de camino se detuvo, se sentó en el borde de la cama y buscó inspiración.

–¿Cariño? Vamos a jugar a algo.

–¿A qué? –Roberta, mucho más ordenada que su madre, doblaba y apilaba sus tops.

–Uno al que no hemos jugado nunca.

–De acuerdo. ¿Cómo se llama?

–¿Y si…?

–A eso ya jugábamos en la guardería.

–¿Podemos jugar de todos modos?

–De acuerdo.

–Yo empiezo –el corazón de Annie latía con tal fuerza que se preguntó si no se le saldría del pecho–. ¿Y si descubrieras que, milagrosamente, tu padre no había muerto?

–Sería la niña más feliz del mundo –Roberta había empezado a doblar sus pantalones.

–¿Y si supieras que tiene un trozo de metal en el corazón y que los médicos no pueden quitárselo?

–¿Quieres decir que podría morir? –las manos de la niña se detuvieron sobre la ropa.

–Es posible.

–Pero aún no se ha muerto, o sea que a lo mejor no pasa nada.

–¿Y si hubiera tenido que esperar diez años para decirme que estaba vivo?

–¿Y para qué esperar tanto tiempo? –Roberta levantó la vista.

–Porque estaba en una guerra y una gente mala lo buscaba. No quería ponernos a ti y a mí en peligro –por primera vez tuvo que aceptar la explicación del agente Manning.
–¿Aún estamos jugando? –preguntó Roberta tras un profundo silencio. –No –Annie sacudió la cabeza. Su hija ya sabía la respuesta antes de preguntar. –¿Todavía está en peligro? –unos ojos serios teñidos de miedo se posaron en Annie.

–No como antes. Aquello fue hace mucho tiempo, pero lleva años utilizando otro nombre para mantenerse a salvo.

–¿Sabe que existo? –Roberta se mordió el labio antes de preguntar en un susurro.

–Sí, cariño. En cuanto descubrió que tenía una hija, me llamó al hospital –intentó sin éxito tragar saliva–. ¿Te acuerdas del guardabosque Jarvis? ¿Ese que dijiste que parecía majo?

La niña asintió.

–Es tu padre –ya estaba hecho.

–¿El guardabosque que te rescató?

–Sí. Lleva tres años en el parque, pero yo no lo sabía. Lo vi un instante mientras me subían al helicóptero. Él… él quiere conocerte –se le quebró la voz–. ¿Qué te parece la idea?

–¿Está en el parque? –la niña pestañeó, estupefacta.

–No –Annie se levantó nerviosa–. Está en un motel, aquí en Santa Rosa. Esperando.

–¿Crees que vendría a casa? –Roberta intentaba contener la emoción. Se notaba que no se acababa de creer que pudiera ser cierto. ¿Quién podía culparla? Aquello era surrealista.

–¿Por qué no lo llamas? Tengo su número de teléfono, el que anotaste tú. Está en mi bolso –antes de poder pedirle que se lo llevara, la niña corrió a buscarlo y Annie le pasó el móvil–. Si no contesta, déjale un mensaje. Te devolverá la llamada.

Roberta marcó el número y se llevó el teléfono a la oreja. Annie contuvo la respiración.

Chase acababa de salir de una cafetería cuando el teléfono sonó. Un vistazo a la pantalla le indicó que era Annie y el corazón le empezó a golpear el pecho con fuerza. Había llamado antes de lo esperado. ¿Podría soportarlo si lo rechazaba para siempre?

–¿Annie? –dejó la comida para llevar sobre el asiento de la camioneta y contestó.

–Soy Roberta –dijo una voz tras un tenso silencio.

Chase sintió una oleada de calor en el pecho. Aquello sólo podía significar una cosa: Annie le había hablado a su hija sobre él. Y eso quería decir que le había explicado lo del corazón. No sabía qué más le habría contado, pero dadas las circunstancias era un milagro que hubiera permitido que se conocieran.

–Hola, cielo.

–Hola –fue el tímido saludo.

–Me muero de ganas por conocerte.

–Yo también –admitió la niña con calma.

–¿Tienes miedo?

–Un poco.

–Yo también. ¿Qué pasará si no te gusto?

–He visto fotos tuyas –una risita nerviosa escapó de labios de Roberta. –Ojalá hubiera tenido alguna foto tuya estos años. Me temo que ahora soy algo más viejo.

–¿Como mi abuelo?

–Puede que no tanto –él rió.

–Mami me contó lo de tu corazón. ¿Te duele?

–No, cariño –Chase tuvo que aclararse la garganta–. Me siento bien.

–Eso es bueno. ¿Puedes venir a nuestra casa? –Esperaba que me lo pidieras –no había lugar en el mundo en el que más quisiera estar–. Si quieres, voy hacia allá ahora mismo. ¿Qué te parece?

–Mami dice que puedes quedarte un ratito.

–Estoy en camino –Chase supuso que esperaban compañía, seguramente los Bower–. Te veo enseguida. –De acuerdo. Chase no fue consciente del trayecto hasta la urbanización, ni del camino desde el aparcamiento de invitados hasta la casa. Antes de llegar a la puerta, la vio de pie en la entrada, vestida con unos vaqueros y un top rojo de algodón.

Mientras se acercaba, se estudiaron detenidamente. Vista de frente, descubrió mucho más de Annie en ella, en el óvalo de la cara y su aire femenino.

–¿Te parezco un abuelo?

–No.

–Con esos ojos azules, eres aún más guapa de lo que imaginé –él sonrió–. ¿Acaso no soy el padre más afortunado del mundo?

La boca de Roberta se curvó en la sonrisa más dulce que había

visto en su vida.

–¿Te importaría mucho si te diera un abrazo?

Ella sacudió la cabeza y su cola de caballo se balanceó en el aire.

Fue Chase quien hizo el primer movimiento, pero al tomarla en sus brazos y levantarla del suelo ella perdió la timidez. Sus bracitos le rodearon el cuello y se agarró a él con fuerza. El liviano peso de su cuerpo adormeció el profundo dolor que lo había atormentado desde que fue arrancado del lado de Annie.

–Roberta –murmuró contra su rostro mientras la besaba–. Te quiero.

–Yo también te quiero.

–¿Serás mi niña a partir de ahora? –una niña que asentía y que acababa de romperle el corazón aceptándolo sin reservas como padre–. Algunos de mis amigos guardabosques tienen hijos. No se lo van a creer cuando les diga que tengo una hija. Supongo que te has dado cuenta de lo mucho que nos parecemos.

–Eso dice mami.

–¿Dónde está? –Chase la dejó en el suelo.

–Dentro –la niña lo miró–. ¿Quieres pasar?

–Si a ella le parece bien.

–Dijo que podías.

–Entonces, sí, me gustaría.

Una niña de la edad de Roberta apareció corriendo y le preguntó si quería jugar. –No puedo. Mi papá está aquí. –He visto tus fotos –la niña lo miró estupefacta–.

Pensé que estabas muerto.

–Sufrí un accidente y la madre de Roberta creyó que había muerto –él rió por dentro–. Al despertar en el hospital sufría amnesia. Con el tiempo he recuperado la memoria –era la historia que Sid y él se habían inventado–. Roberta, cariño, ¿quién es tu amiga?

–Es Penny.

–¿Cómo estás, Penny?

–Hola –la niña no dejaba de mirarlo.

–¿Hace mucho que sois amigas?

Penny asintió.

–El papá de Penny es el entrenador de rugby en el instituto San Xavier. –Qué emocionante –contestó Chase–. ¿Vas a todos sus

partidos? –A veces viene Roberta –Penny asintió. Y luego papá nos lleva a cenar perritos calientes.

–Menuda suerte –Chase miró a su hija.
–Mi papá es guardabosque en el parque de Yosemite –anunció Roberta inesperadamente. Oírle decir «mi papa» lo llenaba de alegría. –¿En serio? Chase rió ante la expresión maravillada de Penny.

Los chicos a menudo reaccionaban así. Había descubierto que para los turistas había algo místico en ser guardabosque.

–De verdad. Alguna vez podrías venir a montar a caballo con Roberta y conmigo por el parque. Iremos de picnic y os enseñaré un fabuloso estanque de castores. Hay un viejo abuelo castor al que llamamos Matusalén porque lleva siglos por ahí.

–¿Cuándo podemos ir? –en esa ocasión fue su hija la de la expresión estupefacta.

–Cuando quieras.

Por el rabillo del ojo vio aparecer a Annie. Cada vez que la veía resurgían en su interior los mismos sentimientos de deseo.

–Hola, Penny, ¿qué tal?

–Bien. ¿Aún te duele el brazo?

–Cuando lo llevo en cabestrillo, no.
–¡Mami! –exclamó Roberta–. ¡Papá nos va a llevar a montar a caballo! –Eso he oído. Chase tuvo la impresión de que había estado escuchando y que había decidido aparecer al sentir que la conversación empezaba a escaparse de su control.

–Ahora tengo que entrar, Penny –Roberta pareció haber notado la advertencia en la voz de su madre–. Te llamaré más tarde.

–De acuerdo. Te veré luego. No te olvides.
–No nos olvidaremos –le aseguró Chase–. Me ha alegrado conocerte, Penny. –Lo mismo digo –la niña corrió hacia su casa. –Vamos dentro –Annie taladró a Chase con sus ojos azules–. Tenemos que hablar.

Entraron y Chase cerró la puerta. Roberta se sentó a su lado en el sofá y Annie se quedó de pie detrás de una silla. Todo su cuerpo emanaba tensión negativa.

–Cariño –empezó–, antes de que empieces a hacer planes, tenemos que tener mucho cuidado con lo que digamos. Ni siquiera

los abuelos saben que tu padre está vivo. Debemos contar la misma historia a todo el mundo.

–Tu madre tiene razón –corroboró Chase–. Diremos a todo el mundo que perdí la memoria y que apenas he empezado a recuperarla. Eso tendrá que bastar. En cuanto a ti, Roberta, debes saber la verdad. ¿Sabes que hay una guerra en Oriente Medio?

Ella asintió.

–Después de la explosión, estuve durante mucho tiempo en un hospital en Suiza. Y después estuve luchando en la guerra por nuestro país.

–¿De verdad?

–Sí. Pero uno de los terroristas que planeó el ataque contra mis padres me reconoció y corrió la voz de que yo seguía vivo. Por eso la CIA me trajo de vuelta a Estados Unidos y me convirtió en guardabosque por mi propia seguridad. Durante tres años todo ha ido bien, y no hay motivo para pensar que vosotras estéis en peligro. Cuando vengas a verme, será en el parque, donde mis colegas están siempre vigilando. En realidad, puede que estés más segura en mi casa que aquí, en Santa Rosa. El jefe Rossiter fue marine en Irak. Él lo sabe todo y ha aumentado la seguridad para mantenernos a salvo.

–Después de trasladarnos a San Francisco –al fin Annie se sentó– haremos un calendario para que puedas ir a visitar a tu padre cuando resulte conveniente para él y para nosotras.

–Pero ahora que papá está aquí, ya no quiero que nos mudemos a San Francisco.

Chase mantuvo la cabeza agachada. «¿Lo has oído bien, Annie?».

–Ya está decidido –declaró ella en un tono que no admitía protesta alguna.

–Ya sé que te dije que no quería que trabajaras en el parque –Roberta se levantó del sofá–, pero he cambiado de idea.

–No puedes cambiar de idea sin más. Ya he rechazado el puesto.

–¿Y no pueden devolvértelo? –los ojos de la niña se llenaron de lágrimas–. Llámalos y diles que ya te encuentras mejor.

Nada agradaba más a Chase que ver a Annie debatiéndose.

–Aún no es demasiado tarde –levantó la mirada y clavó sus ojos en ella–. Durante las tres últimas semanas he sido el guardabosque jefe. Fue a mí a quien el superintendente pidió que autorizara tu

vuelo. No tengo más que decirlo y el puesto volverá a ser tuyo.
–¿Eras el jefe de todos los guardabosques? –preguntó Roberta. –Soy el segundo al mando. Cuando el jefe tiene que ausentarse del parque, yo soy el jefe. –Me muero de ganas de contárselo a Debbie –el rostro de la niña resplandecía.

–¿Quién es Debbie?

–Mi mejor amiga.

–Me gustaría conocerla. En realidad, me gustaría conocer a todos tus amigos. Pueden venir a mi casa siempre que quieran, y quedarse a dormir contigo. Claro que si también vivieseis en el parque, tu casa estaría al lado de la mía y podrías ir de una a la otra.

Roberta dio un saltito de felicidad.

–También serás bienvenida en la escuela –ya que había llegado tan lejos para dinamitar los planes de Annie, mejor continuar–. Los chicos de Yosemite se educan en casa.

–¿Quieres decir que estudian en sus propias casas?

–No exactamente. La mujer del guardabosque Farrell, Kristy, es maestra en el distrito escolar de Mariposa. Irás al colegio a su casa. Está a un par de casas de la mía.

–¿Hay niños de mi edad?

–Sí. El guardabosque Sims tiene una hija, Carly, de tu edad y el guardabosque King tiene un hijo de once años, Brody. Te gustarán.

–Me temo que vamos demasiado deprisa –Annie se había vuelto a levantar.

–Mami, ¡por favor! –Roberta corrió hasta ella–. Quiero vivir cerca de papá.

–¿Roberta? –satisfecho por el caos que había organizado, Chase se puso en pie–. Tu madre ha sido lo bastante amable para dejarme venir a conocerte, pero ahora tengo que irme. Se trata de algo que debéis discutir a solas las dos. Llamadme cuando queráis.

–¿Vas a volver al parque? –la niña lo miró con expresión alarmada.

–Sí, pero podemos comunicarnos por teléfono –Cha-se se volvió a Annie, que no pudo sostenerle la mirada–. ¿Annie? No tienes ni idea de lo que este día ha significado para mí.

–¿Me prometes que no te marcharás del parque? –Roberta corrió hacia su padre.

–Te lo prometo, cariño. Es mi hogar.

Se agachó para abrazarla con fuerza y fue recompensado por otro abrazo igual de intenso. Al ponerse en pie, vio la expresión torturada en los ojos de Annie, una expresión que lo acompañó hasta el coche.

CAPÍTULO 5

ANNIE corrió a la cocina a por un vaso de agua, pero Roberta no se despegaba de ella. –Papá dijo que, si quisieras, podrías trabajar en el parque. ¿Es que no quieres? –Pues en realidad, no –Annie apuró el vaso antes de volverse hacia su hija.

–¿Por qué?

–Roberta, sé que te resulta difícil de entender, pero tu padre y yo hemos vivido vidas separadas desde antes de que nacieras. El parque es su hogar. Debo respetar su privacidad.

–¿Por qué? Él quiere que vayamos.

–No, no es cierto –abrazó a la niña, que la miraba con expresión de incredulidad–. Hay algo que debes saber: tu padre vino a verme esta mañana después de que te fueras al colegio.

–No me habías dicho nada. Y él tampoco.

–Lo sé. Él intentaba respetar mis sentimientos. Estuvimos hablando un rato. Han sucedido muchas cosas en diez años y ahora somos personas diferentes. Todo ha cambiado salvo una cosa: te ama más que a nada en el mundo y quiere que formes parte de su vida.

–¿Ya no os queréis? –la niña parecía desolada.

–Conservamos bonitos recuerdos –Annie tenía que ser sincera–, pero hemos pasado página. Él dice que no se puso en contacto conmigo por mi seguridad. Me parece una excusa muy noble, pero no creo que sea cierto. –¿Y cuál es la verdad? –Roberta miró a su madre con ojos suplicantes.

–Si me hubiese amado de verdad, no creo que habría sido capaz de mantenerse alejado de mí. Cuando dos personas se aman más que a nada en el mundo, nada puede separarlos.

–Ah… –los labios de la niña temblaban.

–Durante el rescate, fingió que no me conocía. Cielo, iba a abandonar el parque sin decirme nada, pero entonces otro guardabosque mencionó que yo tenía una hija. Y eso lo cambió todo. Resulta que no sabía que estaba embarazada de ti cuando abandoné Afganistán.

–Ya lo sé. Ya me lo habías contado.

–Fue su amor por ti, no por mí, lo que lo trajo a nuestra casa esta mañana –aquello empezaba a transformarse en pesadilla–. Sólo tú podrías haberle hecho decidirse a llamar al hospital. Y lo hizo

porque te quiere en su vida, y para conseguirlo debe hablar conmigo.

–Pero él quería casarse contigo –las lágrimas rodaron por el rostro de la niña.

–Nos dijimos muchas cosas entonces. Fue hace mucho tiempo. Si no está casado es porque es feliz así y no quiere una esposa. Debes comprender que antes de luchar en la guerra era un arqueólogo, una profesión que puede ser muy solitaria. Robert no es como el papá de Penny que tiene un trabajo normal con un horario normal y tiempo para su familia.

–Pero ya no es arqueólogo –Roberta no estaba dispuesta a soltar la presa.

–Es verdad, pero como ves, vive aislado y solo porque algunas costumbres son difíciles de cambiar. En algunos aspectos, ser guardabosque no facilita tener una familia –tenía que acabar con las esperanzas de la niña de que volvieran a formar pareja.

–Pero dijo que algunos de los guardabosques estaban casados.

–Lo sé –Annie respiró hondo–, pero lo último que desea es verme trabajando en el parque. Aprovechó la explosión para asegurarse de que la separación fuera permanente, pero eso fue antes de saber que tenía una hija. Y por eso organizaremos un calendario de visitas.

–¿Ya ni siquiera te gusta?

–Roberta, eso no tiene nada que ver. Fue parte de mi vida. Claro que me gusta, pero me he llevado una fuerte impresión al saber que está vivo. Sé que siempre has querido a tu papá y, milagrosamente, ha aparecido, pero la vida es más complicada.

–Papá dijo que nos protegería. ¿Tienes miedo de esos terroristas?

–Claro que no, cielo…

–Entonces creo que estás siendo mala –la niña frunció el ceño.

–¿En qué sentido? –para su hija, la palabra, «mala», podía abarcar muchas cosas, pero jamás se lo había aplicado a ella. Fue como una puñalada en el corazón.

–Si viviésemos en el parque, podría verlo todos los días. No quiero vivir en San Francisco y tener que esperar a poder ir con él. Dijo que me amaba más que a nada. Cuando hable con él otra vez voy a preguntarle si puedo ir a vivir con él –sentenció mientras salía corriendo de la cocina.

Para mayor desesperación de Annie, sonó el timbre de la

puerta. Sus padres no podían ser más inoportunos. Mientras intentaba recuperar el control, se dirigió a la entrada, pero Roberta, bañada en lágrimas, se le había adelantado.

–¿Papi? –exclamó al tiempo que abría la puerta.

Pillados desprevenidos, los padres de Annie miraron estupefactos a su nieta y a su hija, quien se limitó a gruñir. Las compuertas se habían abierto sin remedio.

–¿Qué sucede, cariño? –la abuela se acercó a Roberta mientras el abuelo se quedó en la entrada con una bolsa de comida china en la mano.

–¡Papi no murió en aquella explosión! –No lo entiendo –la mujer tomó el rostro de la niña en sus manos.

–Abuela… ¡papá está vivo! Es el segundo al mando de los guardabosques en Yosemite. Fue él quien rescató a mamá y quiere que vivamos en el parque.

–¿Es eso cierto? –el padre de Annie cerró la puerta y miró a su hija.

–Sí. Es una larga historia.

En cuanto llegó al parque, Chase se dirigió al cuartel general y entró en el despacho de Mark. No iba a poder dormir y había telefoneado para decirle que cubriría el turno de noche para que el jefe de seguridad pudiera disfrutar de un más que merecido descanso.

Vance le había dado vacaciones, pero estar solo en un motel a la espera de que el teléfono sonara habría sido una tortura insoportable.

–¿Seguro que quieres hacerlo? –su compañero intentaba en vano ocultar su alegría.

–Largo de aquí, Mark.

–Ya me voy –el otro hombre sonrió–. Volveré mañana al mediodía.

–Mejor a las dos –mientras esperaba el siguiente movimiento de Annie, lo único que podía hacer era mantenerse demasiado ocupado para pensar.

Diez minutos después, los guardabosques apostados por el parque telefonearon para comunicar sus informes. El último fue el guardabosque Farrell desde el campamento base de Tuolumne Meadows.

–Hay un problema, pero aún no sé si es grave. Hay un brote de gastroenteritis.

–¿A quién ha afectado?

–A algunos empleados y excursionistas del albergue.

–¿Cuántos?

–De momento, unos treinta. Tres personas han tenido que ser hospitalizadas en Bishop.

–Me pondré con ello. Quiero un informe cada hora.

–Hecho.

Después de colgar, Chase telefoneó al hospital y fue informado de que sospechaban de un norovirus. No se esperaba que hubiera muertes. Tras pedirles que lo avisaran de cualquier novedad, alertó al inspector de sanidad del condado. La tercera llamada fue al albergue. Luego llamó a Vance.

–¡Al fin! He esperado noticias tuyas. ¿Ya has visto a tu hija?

–Te lo contaré todo enseguida. Primero el trabajo.

–¿De qué hablas?

–Le he dado a Mark la noche libre.

–¿Estás aquí?

–Llegué hará una media hora.

–Enseguida estoy contigo.

Pocos minutos después, Vance entró en el despacho de Mark y encontró a su amigo recibiendo por teléfono el informe de uno de los guardabosques sobre un coche abandonado encontrado en la carretera cerca de Wawona. Tras colgar, Chase le entregó a Vance el informe llegado por fax sobre el brote de gastroenteritis.

–Ya hemos terminado con el trabajo –Vance se sentó frente a él–. Ahora cuéntamelo todo. –Mi Roberta es adorable –para Chase supuso un alivio poder soltarlo–. Es perfecta.

–¿En serio? –Vance sonreía–. ¿Ya te llama «papá»?

Él asintió, aún sin poder creerse que fuera padre.

–¿Y cuándo llegarán ella y su madre? Rachel y yo nos morimos por conocerlas. –Eso aún no está resuelto –Chase hizo una mueca–. Annie no se da por vencida.

–¿Hay otro hombre?

–No. No quiere el puesto.

–Tu hija es la que tiene el poder ahora mismo –el jefe se inclinó hacia delante–. No hace falta que te recuerde que fue Nicky quien trajo a Rachel de vuelta al parque la segunda vez, cuando ella no tenía ninguna intención de venir. Dale tiempo. La clave está en la paciencia. Lo sé por experiencia.

–Después de diez años –Chase sacudió la cabeza–, ya no me queda –el teléfono los interrumpió–. Tengo que contestar.

–Iré a por un par de latas.

–Guardabosque Jarvis –su amigo asintió.

–Llamo del hospital de Bishop. Nuestra sospecha sobre el virus era correcta. Todos deberían recuperarse sin problema.

–Lo comunicaré.

Eran buenas noticias para el parque, pero también necesitaba recibir buenas noticias por otro lado. Rezó para que Vance tuviera razón sobre el poder de Roberta. Ella tenía la clave de su felicidad.

Roberta siempre se metía en la cama de Annie los domingos por la mañana, pero aquel domingo no. La noche anterior había sido un completo desastre. La niña había estado tan disgustada con ella por insistir en mudarse a San Francisco que había sido imposible consolarla. Ni siquiera su abuela lo había logrado.

Cada vez que Annie se había asomado al dormitorio había oído a la niña llorar. Cada sollozo le partía el alma.

–¿Tenéis idea de lo duro que sería para mí vivir en el parque tan cerca de él después de lo ocurrido? –les preguntó a sus padres–. Durante todos estos años he mantenido vivo el mito para Roberta. Qué estúpida he sido.

–No, Annie –intervino su padre–. Él quería casarse contigo antes de que los terroristas destruyeran su mundo. Y podrían haber llegado a ti también si no te hubiera protegido como lo hizo. ¡Como sigue haciendo!

Su padre tenía razón, pero la impresión de verlo vivo le había impedido asimilarlo.

–No le eches la culpa por decidir no reconocerte delante de los demás guardabosques tras el accidente –continuó su padre–. Intentaba protegerte hasta que estuvieras en el hospital, pero en cuanto sintió que no había peligro, te llamó. Yo diría que ha sido muy claro en cuanto a sus intenciones. Quiere ser el padre de Roberta.

–Tu padre tiene razón –intervino su madre–. Después de haberte visto podría haber pedido al programa de protección que lo ocultara en otro lugar apartado. Sin embargo, desea que Roberta y tú estéis cerca de él, pero no puede abandonar el parque. Mi consejo es que aceptes el puesto. Tendrás que admitir que eso facilitaría mucho las visitas. –Pensaba que estabas de mi parte –

Annie miró fijamente a su madre–. ¿No quieres que vivamos contigo?

–Margaret Anne Bower, esa pregunta no merece siquiera una respuesta –su madre no la había llamado así desde que tenía la edad de Roberta–. ¿Crees que serías feliz en San Francisco sabiendo lo infeliz que sería tu hija? Desde que nació colocaste a su padre sobre un pedestal. Estás cambiando las reglas y ella no lo entiende.

Annie se sentía como en un callejón sin salida.

–Lo único que decimos es que no permitas que tu orgullo interfiera en una decisión tan crucial en lo que a Roberta concierne –razonó su padre.

–¿Orgullo? –preguntó Annie extrañada.

–¿Acaso no se trata de eso? –él la estudió un momento–. Si hubiera empezado por decirte que seguía enamorado de ti, ¿le habrías dado siquiera la hora… conociéndote?

La pregunta había dado en la diana.

–No podemos saber qué tienes en la cabeza, o en el corazón –su madre arqueó las cejas–, pero si yo fuera tú, le demostraría a Robert que me he convertido en una mujer madura. Podrá ver lo bien que te has desenvuelto sin él. Demuéstrale que seguirás haciendo lo correcto para tu hija. El futuro pondrá cada cosa en su sitio.

–Déjale pasar tiempo con Roberta –intervino su padre–. Eso te permitirá disponer de tiempo para ti misma, divertirte por primera vez desde tu vuelta de Afganistán. Enseguida se dará cuenta de que no has perdido el espíritu aventurero por el que se sintió atraído. Y si Robert y tú no estáis destinados a estar juntos, no te cierres a otras posibilidades.

Annie sabía que les preocupaba que no fuera a casarse nunca. A los treinta y uno no era vieja, pero si no aceptaba relacionarse con ningún hombre, perdería muchas oportunidades.

–Tenemos que volver al hotel –su padre se puso en pie y se acercó a ella para darle un beso en la mejilla–, pero volveremos por la mañana. La oferta de ir al parque mañana sigue en pie. Roberta nunca ha estado allí. No le hará ningún mal descubrir si le gusta.

–¡Papá! Sabes que estando Robert allí, le va a encantar.

Annie había pasado toda la noche dando vueltas en la cama. No podía esperar más para hablar con su hija y se dirigió al dormitorio de la niña.

Se la encontró bajo las sábanas, pero sabía bien que no dormía.

Su hija se despertaba temprano, como había hecho desde bebé. Annie la descubría de madrugada despierta y jugando con los dedos de sus pies o sentada en la cuna y hablando a solas.

Un día oyó un ruido sordo y corrió a la habitación de la pequeña. Su niñita había trepado por la cuna y aterrizado en el suelo, pero en lugar de llantos, se había encontrado una gran sonrisa… a las seis de la mañana.

–¿Roberta? Hora de levantarse. –No quiero –fue la respuesta amortiguada por las sábanas.

–¿Eres consciente de que anoche fue la primera vez en tu vida que nos acostamos sin darnos un beso de buenas noches? –Annie se sentó en el borde de la cama y destapó el rostro de la pequeña para darle un beso, aunque no recibió ninguna respuesta–. Tus abuelos llegarán enseguida para llevarnos a pasar el día en Yosemite. Y hay que desayunar.

–¿Lo sabe papá? –al fin Roberta se sentó en la cama y miró a su madre con ojos brillantes.

–Aún no. Ni siquiera sé si está de servicio. Lo llamaremos cuando lleguemos. Si voy a aceptar el puesto, lo mejor será que veamos la casa en la que viviremos.

Roberta se arrojó a sus brazos. Lágrimas de alegría lo inundaron todo.

Beth entró en el despacho de Mark. Sirvió café y el desayuno y lo dejó en una mesita para Chase, que acababa de contestar al teléfono y le dio las gracias con la mano.

–¿Qué decías del coche abandonado? –Un turista. Se quedó sin gasolina e hizo auto–stop hasta Wawona. Problema resuelto. –Bien. ¿Qué tal está el humo de los incendios controlados en ese sector?

–Lo normal.

–Menos mal que no hay mucho viento hoy. Mantente en contacto.

Chase colgó y alargó una mano hacia una tostada. Se fijó en la hora. Las diez menos diez. Cuatro horas para acabar su turno. Después de trabajar toda la noche debería estar agotado, pero la alteración que sentía le había impedido relajarse.

Una llamada del hospital le confirmó que no había más pacientes ingresados por el virus. Tras enviarle un fax al

superintendente, se preparó para desayunar.

Cuando estaba a punto de terminar, Jeff Thompson llamó. Había hablado con él media hora antes por lo que, intrigado, se apresuró a contestar.

–Aquí el guardabosque Jarvis.

–Te gustará saber que la mujer más famosa del parque acaba de franquear la entrada.

–¿De quién estás hablando? –Chase frunció el ceño.

–De Margaret Bower.

El vaso de plástico, afortunadamente vacío, cayó de las manos de Chase.

–Su hija y sus padres vienen con ella. Dijo que venían a pasar el día.

Chase arrojó el vaso a la papelera, pero falló. No era capaz de responder. Estaba dominado por un tumulto de emociones.

–Pensé que deberías saberlo, por si aparecen en el centro de visitantes. El jefe querrá conocerla.

–Hoy tiene el día libre. Tengo otra llamada –mintió para poder colgar antes de tener que escuchar nada más de lo que tuviera que decir ese idiota sobre Annie.

La noche anterior se había sentido tan cargado de negatividad que le había dicho a Mark que no apareciera antes de las dos. Al darse cuenta de que Annie y Roberta estaban a punto de llegar y que él no podría abandonar su puesto, gruñó de desesperación.

No entendía qué habría pasado por la mente de Annie. Seguramente quería que Roberta tuviera un primer contacto con el parque antes de hablar de derechos de visita. Más sería un sueño.

A las once y media envió la última predicción meteorológica a cada guardabosque y fue interrumpido por Cindy desde el mostrador de información del centro de visitantes.

–¿Qué sucede, Cindy?

–Aquí hay una adorable jovencita llamada Roberta Bower que pregunta por el guardabosque Jarvis –Cha-se se puso de pie de un salto–. Dice que eres uno de los guardabosques que ayudó a rescatar a su mamá del accidente de helicóptero y que quiere darte las gracias.

–Acompáñala al despacho de Mark.

–De acuerdo.

Chase se dirigió hasta la puerta y la abrió. Pocos segundos después las vio llegar por el pasillo. Su primera reacción fue la de

tomar a su hija en brazos, pero se contuvo.
–¿Guardabosque Jarvis? –Cindy le sonrió a Cha-se–. Te presento a Roberta Bower. –Ya nos conocemos, ¿verdad, Roberta? –él intentó deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

–Sí.

Estaban fingiendo delante de Cindy. Tras la reserva de Roberta, sus ojos azules brillaban como brasas ardientes. Lo miró de arriba abajo, vestido con su uniforme de guardabosque mientras saltaba de emoción sobre sus talones.
–¿Dónde está tu madre? –En el coche con mis abuelos. Mamá dijo que podía venir a saludarte si estabas libre. –Has elegido el momento perfecto. Pasa –Chase se dirigió a Cindy–. Gracias por traerla.

–No hay de qué. Te veo luego, Roberta.

–Gracias por acompañarme.

Los excelentes modales de su hija lo llenaron de orgullo una vez más. Cerró la puerta para estar a solas.

–¡Qué guapa estás! –sonrió.

Iba muy mona vestida con un jersey de manga larga y unos vaqueros y él no pudo resistir la tentación de abrazarla. Roberta le devolvió el abrazo con fuerza. Olía muy bien, igual que su madre. Mientras aún estaban abrazados, el teléfono volvió a sonar.

–Tengo que contestar –la llevó con él hasta el otro lado del escritorio–. Guardabosque Jarvis.

–Soy el guardabosque Hawkins informando desde Tamarack Flat. He encontrado cinco mofetas muertas en los servicios públicos. Esto es algo nuevo para mí.

–Me pondré con ello –para Chase también era algo inusual. El jefe biólogo del parque tendría que investigarlo–. Mientras tanto, cierra los servicios al público –tras colgar, llamó a Paul Thomas para explicarle la situación–. Cuéntame algo después de investigarlo. Mark necesitará saber si llegaron allí por la acción deliberada de alguien.

–Ésa fue mi primera idea. Voy hacia allá.

–Gracias, Paul –al fin pudo dedicar su tiempo a Roberta–. ¿Sigue tu madre en pie de guerra? –cuando la niña asintió, añadió–: Quizás debería hablar con ella.

–Quiere saber si tienes que trabajar todo el día.

–Termino a las dos y entonces os enseñaré dónde vivo.

–Iré a decírselo y enseguida vuelvo –Roberta se bajó de la silla.

–De acuerdo.

La niña salió corriendo por la puerta mientras su padre atendía a un par de empleados y contestaba otra llamada. La puerta se abrió de nuevo y entró Nicky, que llevaba un regalo.

–¡Hola, tío Chase!

–¡Hola, Nicky! ¿Has venido con papá?

–No. Está en casa con mamá. Queríamos que vinieras a cenar para que pudiera darte el regalo, pero papá se enteró de que tenías que trabajar. Dijo que podía traértelo aquí, pero primero tengo que llamarlo para decirle que estoy aquí.

–Pulsa el dos –Chase le pasó su móvil. Mientras Nicky hacía la llamada, Roberta entró en el despacho, pasó junto al chico y corrió hasta su padre. –Los abuelos tienen que volver a San Francisco y mamá dice que debemos irnos a las tres.

–Entonces sólo tendremos una hora para charlar –Chase intentó disimular su desilusión–. ¿Qué tiene pensado hacer hasta entonces?

–Vamos a ver las cascadas y dar un paseo, pero yo preferiría quedarme aquí contigo.

–Entonces, vuelve y dile que te quedas aquí.

–¿Puedo? –gritó ella emocionada.

–Me encantaría. A las dos nos reuniremos en mi despacho con tu madre y hablaremos. –¿Quién es? –Nicky había colgado el teléfono y paseaba la mirada de Roberta a Chase.

–Nicky Rossiter –aquello prometía–, te presento a mi hija, Roberta Bower. Roberta, el padre de Nicky es Vance Rossiter, jefe de los guardabosques y mi mejor amigo.

–Tú no tienes ninguna hija, tío Chase –Nicky rió.

–¿Estás seguro de lo que dices? –Chase rodeó a su hija por los hombros–. Fíjate bien.

–Sí que os parecéis un poco –observó el niño–. ¿De verdad es tu papá?

–Tuvo amnesia durante diez años y hasta hace poco no sabía que yo existiera –ella asintió.

–¿Qué es amnesia?

–En un minuto os lo explicaré todo. Pero primero, ¿por qué no acompañas a Roberta a hablar con su madre? De vuelta, enséñale mi despacho y luego elegid un par de bebidas de la nevera del despacho de tu padre.

–De acuerdo –Nicky dejó el regalo sin abrir sobre el escritorio–. ¿Qué quieres beber?

–Zarzaparrilla.

–¡Es mi bebida preferida! ¿Habías estado en el parque alguna vez?

–No.

–¿En qué curso estás?

–En cuarto.

–Eres muy mayor. Yo estoy en primero. ¿Te asustan los osos?

–Me asustan los osos pardos.

–No te preocupes, aquí sólo hay osos negros. En Yosemite no hay lobos.

Chase sonrió al ver marcharse a los niños. Nicky iba a ser toda una distracción para Roberta. Suponiendo que Annie le diera manga ancha con las visitas.

Apretó los puños con fuerza al pensar que estaba allí fuera, comportándose como si no se conocieran. Resultaba irónico cuando la preciosa mensajera era ni más ni menos que la criatura que habían engendrado juntos.

Aquella mujer no podía haber olvidado las apasionadas madrugadas antes de ir a trabajar. Se turnaban para preparar el desayuno y corrían de vuelta a la cama, incapaces de estar mucho tiempo sin abrazarse. Y en el lugar de excavación tenían que esforzarse por no dar rienda suelta a sus deseos delante de los demás.

El carácter abierto y cariñoso de Annie había supuesto una revelación para él. Ninguna otra mujer había sido capaz de motivarlo después. Además, había dado a luz a su preciosa hija. Se sentía maravillado ante la responsabilidad que había asumido en solitario desde la concepción de la niña.

Ansiaba formar parte de sus vidas. Añoraba lo que se había perdido. Por mucho que ella luchara contra él, tenía la intención de vivir con ellas la vida que le había sido negada.

Mientras pronunciaba el juramento en silencio, la joven que iba a ayudarlo a alcanzar tal felicidad entró en el despacho con Nicky y sendas latas de zarzaparrilla. Por el parloteo del niño, éste debía de haberle ofrecido un recorrido turístico completo.

–Hola, cariño. ¿Te ha dado permiso tu madre para que te quedes conmigo? –Sí –Roberta fijó su mirada en él–. Dice que estará en tu despacho a las dos. Chase se preguntó si sus padres la

acompañarían. Ya era hora de que se conocieran. –Toma –Nicky le entregó el regalo–. Es para ti. Espero que te guste.

–Seguro que sí –Chase abrió el paquete. Dentro de una caja alargada había un objeto plateado y cilíndrico–. ¿Qué es?

–Es tu varita mágica. El hombre puso tu nombre en el mango. ¿Lo ves?

–¡Me encanta! –Chase examinó la inscripción grabada, «tío Chase»–. ¿Cómo sabías que era lo que quería?

–¿Dónde lo conseguiste? –Roberta la miraba fascinada.

–En la tienda de Harry Potter en Londres. Todos nos compramos una.

–¿Estuviste en Inglaterra?

–¡Redoblemos el trabajo y el afán y arderá el fuego y hervirá el caldero! –con voz misteriosa, Chase fingió ser un mago–. Enfriémoslo con sangre de mono y estará el hechizo completo y dispuesto.

Los niños se echaron a reír y alguien empezó a aplaudir.

–Vaya, vaya, vaya –Vance estaba en la puerta–. Shakespeare en Hogwarts. Creo que has desaprovechado tu don.

–Mi tutor inglés en Pakistán me obligaba a memorizarlo –Chase rió–, pero sólo recuerdo las últimas cuatro líneas –frotó la cabeza de Nicky con la varita–. Gracias por este estupendo regalo. Voy a dejarlo sobre el escritorio de mi despacho. Cuando los guardabosques se pasen de la raya, les echaré un conjuro.

–No funciona de verdad –sin embargo, el niño miró a su padre–. ¿Verdad, papi?

–Supongo que habrá que esperar a ver qué sucede –bromeó Vance mientras posaba sus ojos en Roberta–. ¿No vas a presentarme a tu nueva amiga, Nicky?

–Ésta es Roberta –el niño tomó otro sorbo de su bebida–. El tío Chase es su padre.

–Se nota el parecido –Vance se agachó delante de la niña–, pero tú eres la guapa de los dos. Encantado de conocerte.

–Gracias –Roberta se ruborizó–. Yo también me alegro de conocerte.

–¿Papá? –Nicky se abrazó a su padre–. ¿Qué significa «amnesia»?

–En el caso del tío Chase –los dos hombre intercambiaron miradas significativas–, significa que tuvo un accidente que lo dejó

sin memoria. Cuando despertó en el hospital, no sabía dónde estaba ni quién era.

–¿Tuviste miedo? –el niño, cautivado, estudiaba a su tío con atención.

–Mucho –durante años había sufrido pesadillas en las que Annie era localizada y torturada.

–La madre de Roberta lo creyó muerto –continuó Vance–. Y el otro día sufrió un accidente de helicóptero y el tío Chase la encontró. De repente lo recordó todo y descubrió para su alegría que Roberta era su hija.

–¿Te alegras de que te haya encontrado tu papá? –Nicky miró fijamente a Roberta.

Ella asintió.

–Después de papá y mis abuelos, el tío Chase es a quien más quiero. –Lo mismo digo –los ojos de Chase brillaron al sentir la mano de Roberta en la suya.

–Yo también te quiero –la niña levantó la vista.

Las palabras lo desarmaron y sólo pudo apretar la mano de su hija. –¿Vas a vivir con él? –preguntó Nicky. –Nadie sabe aún qué va a pasar –Vance se puso en pie–. Por eso ha venido al parque hoy la madre de Roberta –tomó la mano de su hijo–. Y ahora que le has entregado el regalo, volvamos con tu madre y dejemos que Roberta y su padre pasen algún tiempo juntos.

–De acuerdo. Hasta luego, Roberta.

–Hasta luego.

CAPÍTULO 6

–HOLA, me llamo Cindy. ¿En qué puedo ayudarla? La bonita y rubia guardabosque tenía un gracioso acento sureño.
–Tengo una cita a las dos con el guardabosque Jarvis. –Usted debe de ser la madre de Roberta. Es una niña encantadora.

–Gracias –cualquiera que alabara a Roberta se convertía automáticamente en amiga de su madre–. Yo opino igual.

–Sentimos mucho lo de su accidente. Debió de ser horrible, pero estamos agradecidos de que sobreviviera. Si me permite, tiene un aspecto estupendo.

–Gracias, pero el mérito es del piloto. Me dijo cómo debía colocarme y nos salvó a ambos.

–Tom fue un piloto naval de élite.

–Eso he oído. Me alegra que fuera él quien pilotara el helicóptero.

–Ese día tuvo mucha suerte. El guardabosque Jarvis es un rastreador nato, y al que todos quisieran tener en un rescate como el suyo. El jefe Rossiter dice que tiene un instinto sobrehumano. Y viniendo del jefe es todo un elogio.

Annie sintió un escalofrío. No le sorprendía, dado el pasado de Chase en la Fuerzas Especiales en Afganistán. La expresión en los ojos de la guardabosque al hablar de él era muy significativa. Al igual que el hecho de que no llevara ningún anillo.

–Soy consciente de la suerte que tuve. ¿Estará ocupado ahora?

–Su turno está a punto de terminar –la joven consultó la hora–. Puede ir a su despacho. Baje por el pasillo a la izquierda y llegará a otro pasillo. Es la segunda puerta a la derecha.

–Gracias, lo encontraré.

Annie se encaminó lentamente por el pasillo indicado. Le resultaba casi imposible creer que aquél hubiera sido el mundo de Robert durante los últimos tres años. No tenía nada que ver con el del brillante arqueólogo del que se había enamorado.

Empezaba a ser consciente de los sacrificios que había tenido que realizar para evitar un nuevo desastre. Ver el ambiente, tan extraño a él, en el que vivía y trabajaba la ayudó a percibir lo que se había negado a ver o aceptar antes. Sumida en sus pensamientos, estuvo a punto de chocar con él en el pasillo.

Con o sin uniforme de guardabosque, su impresionante físico la

hizo mirarlo fijamente, como había hecho la primera vez. Era tan atractivo que la pilló desprevenida y no fue consciente de que Roberta esperaba dentro del despacho.

–¡Hola! –saludó él con voz profunda mientras su inquisitiva mirada la recorría de pies a cabeza, fijándose en cada detalle de su indumentaria.

–Siento haberte molestado mientras estabas de servicio –ella respiró hondo. –Vamos a dejarlo claro –Chase apoyó las manos en las caderas–. Roberta es nuestra hija y formará parte de mi vida permanentemente, a cualquier hora del día o la noche.

Annie evitó su mirada y entró en el despacho, donde encontró a Roberta sentada en una silla mientras jugaba con un bastón plateado.

–¿Qué es eso, cariño? –preguntó mientras se sentaba a su lado. –Es una varita mágica que le han traído a papá unos amigos que estuvieron en Inglaterra. –Es preciosa –Annie examinó la varita y leyó la inscripción, «tío Chase». –Ojalá nosotros también pudiésemos ir a la tienda de Harry Potter. Qué suerte tuvo Nicky.

–¿Te gustan sus libros? –Robert cerró la puerta y se sentó sobre una esquina del escritorio, demasiado cerca de Annie.

–Me los he leído todos. –A Nicky le encantan. ¿Sabías que conoció al verdadero Hedwig durante el viaje? –¿Y cómo lo consiguió? –los ojos de la niña se abrieron desmesuradamente.

–La próxima vez que lo veas, se lo preguntas.

–Hablando de la próxima vez –interrumpió Annie con el corazón acelerado–. He telefoneado a mi jefe del CDF y le he dicho que al final he decidido aceptar el puesto.

–Eso es una noticia excelente para el parque –consiguió balbucear Chase tras un palpable silencio–. Informaré al superintendente Telford –los ojos plateados se posaron en Roberta, cuya mirada azul resplandecía de satisfacción–. Personalmente, estoy encantado de saber que viviréis tan cerca.

–Yo también, papá. Ahora podremos estar juntos todo el tiempo. –Antes de volver a Santa Rosa, ¿sería posible ver la casa en la que viviremos Roberta y yo?

–Enseguida, pero antes debemos aclarar cómo procederemos. A partir de ahora me llamo Chase Jarvis. Por razones de seguridad, el

nombre de Robert Myers ya no existe.

–Ya lo sabemos, ¿verdad, cariño?

Roberta asintió.

–Bien. Cuando salgamos de este despacho –continuó–, yo presentaré a Roberta como mi hija y a ti como su madre. Entre el personal del parque, Vance dirá que, tras un accidente, sufrí amnesia y me sentía confuso sobre mi pasado hasta el accidente del helicóptero.

–Por si nos preguntan, debemos ponernos de acuerdo sobre el lugar en que sufriste el accidente –dijo Annie.

–En Newport Beach, California del sur –dijo él sin dudar–. Nos conocimos allí durante unas vacaciones. Una lancha motora me arrolló mar adentro, mi cuerpo jamás fue encontrado y las autoridades supusieron que los tiburones me habían hecho desaparecer.

–¡Papá! –exclamó Roberta.

Annie se estremeció. El escenario que acababa de dibujar era dantesco, pero nada comparable con el horror de lo que había sucedido realmente en Kabul.

–¿Alguna otra pregunta?

Annie se percató de que Chase la miraba fijamente a los ojos y, seguramente, había visto más en su mirada de lo que le hubiera gustado desvelar. Se apresuró a negar con la cabeza y se volvió hacia su hija.

–¿Y tú? ¿Hay algo más que quieras preguntarle a tu padre?

–No, sólo quiero ir a ver nuestra casa.

–Pues entonces, vamos –Chase se levantó–. Venid conmigo a la entrada para recoger la llave, después saldremos por la puerta trasera e iremos andando.

–No tenía ni idea de que las casas estuvieran tan cerca del trabajo.

–Se construyó así hace años a propósito. Los guardabosques deben estar preparados para acudir en cualquier momento.

–Sois como bomberos –Roberta siguió a su padre.

–Eso es.

Annie oía alejarse las voces de la niña y su padre mientras guardaba la varita mágica en la caja y corría tras ellos. Robert parecía muy animado. De momento todo parecía ir saliendo a su conveniencia. Debía fingir que no le importaba cómo se desarrollara todo porque tenía su propia vida. Sin embargo, era

más fácil decirlo que hacerlo.

Tuvo que admitir que le dolía ver lo rápido que Roberta se había encariñado con su padre. Caminaban de la mano, como si lo hubieran hecho toda la vida. Deseaba que estuvieran unidos, pero estaba celosa.

Había una nueva persona en el corazón de su hija. Alguien con derecho legítimo a estar allí. Iba a tener que aprender a compartirla y sintió un nuevo e inesperado dolor.

Sólo tardaron unos cuantos minutos caminando entre pinos en llegar al grupo de casas de los guardabosques. El estilo era claramente de los años cuarenta.

Chase las condujo hasta el final de la calle, donde había tres casas. Subieron los escalones de la de en medio, una casa de una planta, y entraron.

Una vez dentro, Roberta corrió de una habitación a otra soltando exclamaciones mientras Annie supervisaba el salón y el comedor antes de deambular por el resto de la casa. Casi todas las habitaciones estaban enmoquetadas. El mobiliario de madera era hogareño, pero el decorado en tonos marrones y naranjas tendría que cambiar enseguida.

Chase la seguía de cerca. Terminaron en una cocina minúscula. Tendrían que comer en el comedor. Sin embargo, apenas podía concentrarse ante su proximidad.

–¿Qué te parece? –Da la impresión de que Jack Frost vive aquí –ella sonrió y lo miró.

Él echó atrás la cabeza de cabello castaño oscuro y soltó una carcajada, ésa que no había oído en años y que le provocó un aluvión de recuerdos acompañados de un gran dolor.

–¿Qué os parece tan divertido? –Roberta corrió a su encuentro. –¿Has oído hablar de Jack Frost? –Chase abrazó a su hija por los hombros.

La niña negó con la cabeza.

–Jack es un elfo que pinta las hojas del color del otoño. Tu mamá cree que vive aquí.

–Cuando traigamos nuestras cosas, no parecerá tan horrible, mami –dijo la niña tras captar el sentido de la explicación.

Chase estalló en otra carcajada y Annie tuvo que esforzarse para no unirse a él.

–¿Puedo quedarme la habitación junto al cuarto de baño? Hay

una ardilla monísima que sube y baja del árbol que hay al otro lado de la ventana. ¡Ven a verla!

Aliviada de poder apartarse del lado de Chase, Annie siguió a su hija por el pasillo hasta el dormitorio que había elegido. Bordearon la enorme cama y llegaron hasta la ventana. La colcha rosa y blanca de Roberta haría maravillas con esa habitación.

–¡Mira!

–Allí hay toda una familia –les informó Chase–. Deberías invitar a Nicky. Tiene unos prismáticos muy buenos. Podréis observarlas durante horas.

–Es divertido. ¿Por qué no se parece a su papá? –Annie se había preguntado lo mismo.

–Sus padres vinieron de Florida hace un año, en primavera. Yo estaba de servicio cuando se anunció una terrible tormenta. Avisamos a todo el mundo para que se alejara de las montañas, pero los Darrow no nos hicieron caso. Quedaron atrapados por una ventisca en la cima de El Capitán y murieron de hipotermia.

–Eso es horrible –susurró Roberta expresando lo que Annie también sentía.

–Fue espantoso. Vance acudió en helicóptero a rescatarlos, pero fue demasiado tarde. Sabíamos que tenían un hijo de cinco años que se había quedado en su casa. En junio del año pasado la tía de Nicky, Rachel, lo trajo al parque para que pudiera ver el lugar de la tragedia. El chico no conseguía aceptar que sus padres hubieran muerto. Sufría pesadillas y no quería ir al colegio ni jugar.

–No me extraña –el labio de Roberta temblaba.

–Y entonces sucedió el milagro. Vance se convirtió en el héroe de Nicky y los tres se enamoraron mutuamente. Poco después decidieron convertirse en una familia y casarse. Han adoptado a Nicky y se lo llevaron de luna de miel con ellos a Inglaterra.

–Qué historia tan conmovedora –Annie renunció a luchar contra las lágrimas.

–Nicky necesita buenos amigos –Chase miró a su hija con gesto serio–. Ya sé que eres más mayor, pero hoy parecías llevarte bien con él y sé que le gustas. Gracias por ser mi maravillosa niña.

–¿Cuándo nos mudamos? –preguntó Roberta abrazada a su padre.

–A lo largo de la semana que viene. Tu abuelo va a alquilar un camión de mudanzas para traer las cosas que queramos tener aquí. El resto lo guardaremos.

–Ojalá fuera mañana.

–¿Sabes qué? –intervino Chase–. Seguramente necesitaréis unos días para decidir qué queréis conservar. Si necesitáis sitio para vuestras cosas, yo me ocuparé de sacar de aquí lo que no queráis. Va a ser vuestro nuevo hogar. Debéis sentiros cómodas.

Se comportaba como el hombre acogedor y sensible del que Annie se había enamorado. Tanta comprensión y amabilidad hacía que tuviera ganas de gritar.

–Oye, que ya son las tres y diez –consultó el reloj–. Tus abuelos nos esperan.

–¡Pero es que yo quiero ver la casa de papá primero!

–Hoy no nos queda tiempo.

–Tu madre tiene razón, cielo. Cuando ya estéis aquí, tendremos todo el tiempo del mundo.

–De acuerdo –Roberta se secó las lágrimas con la manga–. Te llamaré cuando vayamos a venir. Ya me he aprendido tu número de memoria.

–Me alegra oírlo. Esperaré tu llamada.

Annie se dirigió a la puerta por delante de los dos.

–Es toda tuya –Chase cerró con llave y bajó los escalones del porche antes de entregarle las llaves de su nueva casa.

–Gracias por facilitarnos las cosas. Te lo agradezco –sus manos se rozaron ligeramente al tomar las llaves y Annie sintió la misma descarga eléctrica que había sufrido al conocerlo.

–No hay de qué. –¿Y ahora qué vas a hacer? –Roberta se agarró del brazo de su padre. –Iré a casa, me ducharé y me acostaré. Llevo casi veinticuatro horas levantado.

–¿Dónde está tu casa?

–A la vuelta de la esquina –Chase señaló a su izquierda. –Vamos –la apremió Annie. –De acuerdo –la niña sonrió ante la proximidad de las casas–. Hasta pronto, papá.

Mientras padre e hija se abrazaban, Annie se dirigió hacia el centro de visitantes. El encanto de ese hombre era letal. En diez años no había cambiado nada.

El jueves por la mañana, Chase se encontraba en el despacho, ocupado con los últimos informes recibidos por fax, cuando Vance entró por la puerta.

–¿Me equivoco o es hoy el gran día? –los dos amigos intercambiaron una breve mirada.

–Sabes que es hoy.

–Son más de las diez. ¿Qué haces aquí todavía?

–Debo tener cuidado, Vance. Roberta me llamó para comunicarme el día y la hora, pero Annie debía de estar delante, porque no me invitó a participar. La idea de organizar turnos de visitas me provocaba pesadillas. Jamás pensé que Annie aceptaría el puesto. Puede que vayamos a vivir a la vuelta de la esquina, pero si cree que voy a intentar controlar su vida me echará para siempre. Ni siquiera llegaré a la primera base.

–Yo diría que ya lo has hecho –Vance sonrió.

–Pero no gracias a mí –murmuró Chase–. Ella quería este trabajo más que nada. Para serte sincero, me aterra hacer algo mal.

–Te entiendo. Rachel está cocinando para ellas.

–Es una mujer increíble.

–Estoy de acuerdo. Rachel se muere de ganas de conocerla. Nicky saldrá del colegio a las doce. Quiere ayudar. Hemos pensado pasarnos por allí sobre las doce y media para darle nuestro recibimiento oficial. Annie no podrá decir nada porque vengas con nosotros.

–Quieres decir que no dirá nada aunque le apetezca –Chase suspiró aliviado–. Acabas de resolver mi dilema más inmediato. Mientras estemos allí me ocuparé de lo necesario.

–Perfecto. Te veo más tarde. De momento tengo que investigar un accidente de acampada.

–Y yo tengo una reunión en la sala de conferencias –Chase se levantó de la silla.

–¿La controversia sobre el nuevo proyecto de alojamientos?

–Eso me temo. Las discusiones no terminan jamás. Dejaré el informe sobre tu mesa –agradecido con Van-ce por haberle ayudado a superar los interminables días de espera, lo siguió fuera del despacho.

Todavía le costaba creerse que hubiera llegado el día. En cuanto se supiera que su hija y su ex amante vivían en el parque se desataría toda clase de rumores y chismorreos.

Habría dado cualquier cosa por ahorrárselo, pero lo único que acallaría la curiosidad sería una boda. Eso era lo malo de vivir en una comunidad tan cerrada. Aunque también tenía su lado bueno: podría verlas a las dos a diario. De momento tendría que bastar.

Dos horas más tarde abandonó el cuartel general y corrió entre los árboles hasta las casas. Al volver la esquina vio un pequeño camión de mudanzas frente a la casa de Annie. La puerta de la casa estaba abierta y el Nissan azul, que reconoció del aparcamiento de la urbanización de Santa Rosa, aparcado al lado. Aún no había señales de Vance.

Intentó aflojar el paso. No quería que Annie percibiera su ansiedad. Sería lo peor.

Un par de hombres salieron por la puerta y lo saludaron con la cabeza.

–¿Qué tal va todo?

–Acabamos de terminar –al ver a Annie salir de la casa, vestida con unos vaqueros y un top amarillo, uno de los hombres sacó una hoja del camión–. Necesitamos una firma. ¿Es usted el señor Bower? –preguntó volviéndose hacia Chase.

–No, no lo soy. Necesitan la firma de la señorita Bower.

–Gracias –contestó Annie con una sequedad que pasó desapercibida para los hombres mientras firmaba el recibo.

Chase temió ser señalado como culpable de haber aparecido en un mal momento.

–¡Papá! –Roberta corrió a sus brazos. Le acababa de alegrar el día.

–¿Cómo estás, cariño? –él le dio vueltas en el aire y la besó.

En ese momento apareció Vance con su familia y esperaron a que se marchara el camión de mudanzas para aparcar. Después, todos se bajaron del coche cargados de bolsas. –¡Hola! –Nicky se dirigió a Roberta–. Traemos la comida. ¿Dónde dejo los palitos de pan?

Por el olor, Rachel debía de acabar de hornearlos.

–¿Mami? ¿Dónde quieres que dejen la comida?

–Bueno, ¿qué tal en el comedor? –la repentina llegada de las visitas había pillado a Annie por sorpresa–. Hasta que recoja todo, en la cocina no hay sitio. –Ven conmigo –le dijo Roberta a Nicky y ambos se encaminaron al interior de la casa. –Annie –Chase dio un paso al frente–, te presento a mis mejores amigos, Rachel y Vance Rossiter.

–Hola –dijo Annie mientras estrechaba las manos de ambos–. Ya era más que suficiente con las maravillosas flores que me enviasteis. No puedo creerme que también hayáis traído comida.

–Estamos encantados –le aseguró Rachel–. Un vecino nuevo es siempre bienvenido.

–Gracias. Opino lo mismo. Roberta está encantada con Nicky. Para empezar tienen a Harry Potter en común.

–Y no olvides la zarzaparrilla –intervino Vance con una sonrisa–. Quería conocer en persona a la nueva arqueóloga. Esperemos que el brazo roto y los recuerdos asociados sean los únicos malos momentos que vayas a vivir aquí.

–Eso espero yo también.

–Vance y yo supusimos que tendríais hambre. Pero si no os apetece comer ahora mismo, no pasa nada. Soy consciente de lo ocupada que estarás hoy.

–Si te soy sincera, me muero de hambre. Desayunamos a las seis de la mañana con mis padres, antes de abandonar Santa Rosa. Ellos se encargarán de guardar el resto de nuestras cosas y no vendrán hasta mañana. Por favor, entrad y comed con nosotras.

Annie ni siquiera le dirigió una mirada a Chase. Iba a tener que acostumbrarse a ser el hombre invisible si quería sobrevivir.

–Sacaré la fuente –Vance se dirigió hacia su coche.

–Déjame a mí –se adelantó Chase.

Ambos se miraron en silenciosa comprensión. Van-ce acompañó a las mujeres a la casa mientras Chase sacaba del maletero una fuente con asas que desprendía un delicioso olor a lasaña. Rachel se había superado.

–¿Adónde vais? –al entrar en la casa se cruzó con Nicky y Roberta, que salían a toda prisa–. Vamos a comer enseguida –anunció Chase.

–Roberta se viene a casa conmigo a buscar los prismáticos. ¡Enseguida volvemos!

Al verlos juntos, los recuerdos de Chase volvieron al lunes de la semana anterior, cuando se sentía tan deprimido que no sabía si conseguiría salir adelante. Y de repente se había producido la llamada por el accidente de Annie y había sabido que tenía una hija.

Padre al instante. Lo único que faltaba era el anillo de boda en el dedo de Annie, y todo lo que conllevaba.

–Deja aquí la fuente –le indicó Rachel. Había colocado un salvamantel sobre la mesa.

Al ver que faltaban dos sillas él fue en busca de otras dos que había visto en el salón.

Mientras las colocaba alrededor de la mesa, su brazo rozó el de Annie y le produjo una oleada de deseo. Ella se apartó bruscamente, lo cual podría deberse a dos cosas: o bien rechazaba su contacto o bien había sentido también la atracción.

Tendría que averiguarlo en otra ocasión. Nuevamente tuvo que recordarse que era su primer día en el parque. No debía forzar la situación.

Cuando los niños volvieron a la casa, los sentó a la mesa, uno a cada lado suyo, para que Annie no pudiera acusarlo de aprovecharse de las circunstancias.

La ensalada pasó de uno otro hasta que todos se hubieron servido, momento en que Nicky miró a todos los comensales con sus prismáticos.

–Eso no es de buena educación. Deja los prismáticos en el salón –lo amonestó Rachel.

Chase miró a Annie de soslayo y descubrió una tímida sonrisa en su rostro. Al parecer, encontraba a Nicky tan divertido e irresistible como todos.

–De acuerdo –dijo el niño con voz fingidamente gruñona–. Esto es divertido –observó mientras mordisqueaba uno de los palitos de pan–. Ojalá pudiésemos comer juntos siempre, ¿verdad, Roberta?

Todos rieron y Chase intercambió una sonrisa de complicidad con su hija. Durante la siguiente media hora, el niño no dejó de hacerles reír. Era una felicidad que el guardabosque no había experimentado desde los tiempos de Annie. Entonces, alguien llamó a la puerta.

Su primer instinto fue abrir, pero aquélla no era su casa. Annie se apresuró a levantarse.

En Kabul las cosas habían sido muy diferentes. Aunque cada uno tenía su alojamiento, se habían comportado como un matrimonio. Pasar de esa intimidad a la situación que vivían en esos momentos lo estaba matando.

La voz de Bill Telford se adelantó a su presencia en el comedor. El superintendente tenía las hechuras de golfista y el cabello rubio. Y parecía devorar a Annie con los ojos.

–He venido a darle la bienvenida al parque a nuestra nueva arqueóloga. No quería interrumpir –se disculpó.

Y un cuerno. El hombre no había perdido ni un segundo. El viudo y la viuda.

–Me parece que conoces a todos salvo a mi hija. Roberta, éste

es Bill Telford, el superintendente del parque y responsable de que tu madre tenga este puesto.

–¡Hola! Encantada de conocerlo.

–Yo también estoy encantado de conocerte, Roberta –se acercó a la mesa para estrechar la mano de la niña mientras intentaba ocultar su sorpresa y miraba a los dos guardabosques, que se pusieron en pie–. Qué buena compañía.

–¿Sabía que el tío Chase es el papá de Roberta?

Nicky acababa de darle a Chase otro motivo para adorarlo.

–¿Nos informaron mal? –Bill se dirigió a Annie. Parecía que acabaran de sacudirle con un palo de golf–. No tenía ni idea de que estuviera casada.

Chase le dirigió a Vance una significativa mirada. Aquél era un trabajo para el jefe y, además, Annie apreciaría su ausencia.

–Bill, por favor, ocupa mi lugar en la mesa y disfruta de la fabulosa lasaña de Rachel. Yo saldré con los chicos a espiar junto al árbol de ahí fuera en busca de ardillas.

–¡Hurra! –Nicky aplaudió entusiasmado–. Vamos Roberta, voy a buscar los prismáticos.

CAPÍTULO 7

–RACHEL, después de esta deliciosa comida, no consentiré que me ayudes a fregar los platos –sentenció Annie.

–Quiero hacerlo. Los chicos están ocupados instalando los aparatos electrónicos en la habitación libre, y me temo que Nicky está volviendo loca a Roberta mientras intenta organizar su habitación. Y eso me deja a mí sin nada que hacer. Si me das instrucciones, podría vaciar algunas cajas y empezar a guardar platos, sartenes y ollas en los armarios.

–Si estás segura de que no te importa…

–Pues claro. Esa escayola está en tu brazo por algo. Si nos dejas ayudarte, te habrás instalado enseguida. La casa tampoco es grande.

–No –Annie rió–, pero resulta acogedora y, de momento, es nuestro hogar.

–¿No tienes pensado quedarte mucho tiempo?

–He firmado por un año. El superintendente decidirá si hace falta que me quede más.

–Entonces, no habrá problema –Rachel la miró con atención–. Sólo he visto a Bill Telford una o dos veces, pero, si no me equivoco, hoy demostró un desmesurado interés por ti. Lo oí invitarte a cenar. No sé si sabías que su mujer murió de cáncer el año pasado.

–Gracias por decírmelo.

–Esta mañana vino Vance a casa y me dijo que eras guapísima –Annie protestó, pero Rachel siguió–, y tenía razón, de modo que estoy segura de que verás a Bill a menudo. Claro está, si tú quieres. Su casa está a tres bloques de aquí.

–Mi jefe del CDF dice que su historial es impresionante.

–Y también es muy atractivo, si te gustan los rubios.

–Quisiera ser franca contigo –Annie respiró hondo–. Estoy segura de que te estás preguntando sobre Chase y yo.

–Escucha –contestó la otra mujer–, no le debes ninguna explicación a nadie y mucho menos a mí. Vance me lo contó todo. Yo me sentiría traicionada si Vance hubiera estado vivo diez años sin decirme nada, sobre todo con un hijo por medio. No sé qué haría yo en tu caso.

–Al principio me sentí confusa y herida. Pensaba que Chase no

podía haber estado enamorado de mí.

–¿Y ahora?

–Ahora comprendo por qué ni siquiera se puso en contacto conmigo, pero el hecho es que, después de diez años, somos dos perfectos extraños.

–Eso es lógico –asintió Rachel.

–Gracias, Rachel –al fin había encontrado alguien que la comprendía. Una amiga.

–Si necesitas un hombro sobre el que llorar, aquí estoy.

–Ten cuidado –Annie se emocionó–. Puede que lamentes tu oferta. No te imaginas lo agradecida que te estoy por tu amabilidad. Soy consciente de que tú misma has sufrido una experiencia muy dolorosa. Chase me contó lo de tu hermano y su mujer. Pobre Nicky.

–Sufrió mucho. Mis padres y yo casi nos volvimos locos sin saber cómo ayudarlo. Y entonces vinimos aquí y conoció a Vance.

–Se ve que están muy unidos –Annie sonrió.

–Algún día te contaré los detalles.

–Creo que ya me lo imagino. Tu marido tiene los ojos azules más bonitos que he visto en mi vida. Cuando te mira, parecen encenderse.

–Lo quiero tanto que duele.

Annie bajó la vista. Hubo un tiempo en que Chase y ella se habían sentido así. Y desde que había vuelto a su vida no dejaba de doler, pero sólo porque… porque deseaba que la amara de nuevo de esa forma.

–¿Annie? –la profunda voz de Chase hizo que el pulso se le acelerara. Era como si su cuerpo reconociera ese sonido aunque ella intentara ignorarlo. Se volvió para encontrarse con un par de ojos grises–. Hemos terminado de instalar tu ordenador. ¿Dónde quieres el televisor?

–Contra la pared enfrente del sofá, gracias.

–Veo que todas las cajas están vacías –él echó un vistazo a su alrededor–. Traeré la camioneta y me las llevaré. Los chicos quieren venir con nosotros. ¿Os parece bien?

Las mujeres asintieron. Tras su marcha, Annie pudo respirar. Minutos después la cocina estaba ordenada y, los platos, fregados.

–Es increíble lo poco que hemos tardado –se volvió hacia Rachel–. Sin vuestra ayuda, Roberta y yo habríamos tardado días.

Gracias por todo, incluyendo la deliciosa comida.

–No hay de qué.

–Si estás libre el domingo, y tu marido no trabaja, me gustaría que vinieseis a cenar.

–Estupendo. En cuanto lo sepa, te llamaré. Todo dependerá de si hay alguna emergencia. –Eso tengo entendido. Vamos a descansar un poco. Ya has trabajado bastante por un día.

El comedor y el salón también tenían un buen aspecto con los muebles colocados y algunas láminas enmarcadas colgadas de la pared.

–Me encanta ésta de la madre y su hija –Rachel se acercó a un Renoir. –Mi madre me la regaló cuando nació Roberta –a Annie también le gustaba.

–Roberta es muy cariñosa con Nicky. Me alegra que os hayáis mudado aquí. Necesita amigos. Espero poder darle un hermano o hermana.

–Quién sabe. Un día de éstos.

–Estamos en ello –confesó Rachel–. La primera mujer de Vance servía en el ejército, pero murió durante la guerra en Oriente Medio. Querían tener hijos, pero no hubo tiempo.

–No sabía que hubiera estado casado –Annie se llevó una mano a la garganta. Vance había perdido a su esposa de la misma manera en que ella había creído perder a Chase.

–Adora a Nicky como si fuera suyo, pero es un padre tan maravilloso que quiero que viva la paternidad al completo. Y no hace falta añadir que estoy loca por tener un hijo.

–No hay nada comparable –Annie respiró hondo. Chase se había perdido los diez primeros años de Roberta. Mejor cambiar de tema antes de desmoronarse–. Tengo entendido que acabáis de regresar de la luna de miel. ¿Aún te estás instalando?

–No exactamente. Mi padre acaba de ser operado con éxito del corazón. Se mudarán aquí desde Florida justo antes de Halloween y traerán mis cosas con ellos. Después habrá que hacer obra en casa de Vance.

Las dos rieron mientras inspeccionaban el salón y su penosa decoración.

–¿Vivirán tus padres también en el parque?

–No. Vance tiene una casa justo pegada a la entrada del parque en Oakhurst. Era de sus abuelos. Ellos lo criaron. En junio falleció

su abuela y se la dejó en herencia.
–Es estupendo que vayáis a vivir tan cerca. Mis padres viven en San Francisco. Nos separa un buen trayecto en coche, pero nada imposible.
–La familia lo es todo. Por eso Chase… –se interrumpió–. Lo siento. No quería hablar de él.
–Por favor, Rachel, no pasa nada. Vance y él son íntimos. Es inevitable.
–Encontrarte supuso un shock para él. Está loco de alegría de saber que tiene una hija.
–Todos nos hemos llevado una gran impresión –Annie hablaba con voz temblorosa.
–Mi marido me dijo que Chase sufría depresión cuando llegó al parque hace tres años. Y con el tiempo no hizo más que empeorar. Cuando lo conocí en junio, me gustó mucho, pero se palpaba una enorme tristeza en él. Yo creía que era por el divorcio.
–¿Qué divorcio? –Annie parpadeó confusa.
–El que se había inventado tras entrar en el programa de protección de testigos.
–No tenía ni idea. Lógicamente, tenía que inventarse un pasado.
–¿Sabes qué es lo más curioso? Pues que, aunque era mentira, se notaba un vacío en su interior. Le faltaba algo. Ahora que sé la verdad, lo comprendo. Se ha visto obligado a negar toda su existencia durante años. No puedo imaginarme nada peor.
La conversación empezaba a alterar a Annie. Chase había vivido en permanente peligro, había tenido que cambiar en muchos aspectos y no había podido compartirlo con nadie.
–¿Qué opina Vance ahora que lo sabe todo?
–La única discusión que hemos tenido Vance y yo ha sido sobre si Chase debería haberse puesto en contacto contigo desde el hospital en Suiza. En la misma situación de Chase, Vance también habría seguido muerto para su mujer, Katy. Supongo que el guerrero que llevan dentro los obliga a proteger a sus mujeres como sea.
–Las mujeres también pueden ser guerreras.
–Tú y yo lo sabemos, pero Chase y Vance llevan el honor hasta el límite. No sabes lo enfadada que estaba la primera vez que vi a Vance. Le echaba la culpa de la muerte de mi hermano y mi cuñada. Él era el jefe de los guardabosques y murieron durante su turno. Estaba dispuesta a denunciarlo por negligencia criminal.

–¡Bromeas!
–No. Nuestro comienzo fue el peor imaginable. Salí de su despacho hecha una furia. –No me lo puedo imaginar. –No sabes ni la mitad. Aquella misma noche nos encontró a Nicky y a mí cenando en el albergue de Yosemite… con Chase. –¿Estás diciendo que saliste con Chase? –Annie intentaba ocultar su turbación.

–Fue todo muy inocente. Se ofreció a cuidar de Nicky mientras yo hablaba con Vance. Cuando salí del despacho estaba muy alterada y Chase se dio cuenta.
Me invitó a cenar en el albergue. Yo acepté, pero a Nicky no le gustó nada. Entonces apareció Vance. Sin mirarme siquiera, se agachó frente a Nicky y empezó a contarle lo sucedido. Así supe que mi hermano había ignorado el aviso de los guardabosques. Me sentí como una completa idiota. Nicky terminó por derrumbarse y ambos se fundieron en un abrazo. Desde ese momento, mi sobrino empezó a mejorar y, ellos, a unirse.

Rachel respiró hondo y continuó.

–Chase me invitó a dar un paseo a caballo al día siguiente. Nicky no quería, pero yo acepté. Gran error. Nicky estuvo horrible con Chase. A mí me apetecía ir porque resultaba muy fácil hablar con él. Acababa de cortar con mi novio, que no dejaba de atosigarme, y Chase me contó sus problemas con su ex mujer. Yo no sabía que toda la historia de su vida era inventada. Nos consolamos. Le dije que volvería a Miami y, siguiendo el consejo de mi psiquiatra, intentaría hablar con mi ex para ver si se podía arreglar algo. En el fondo sabía que no serviría de nada porque ya me sentía atraída hacia Vance. Menuda ironía si piensas en el primer encuentro. No hizo más que tratarme con cortesía profesional, pero con Nicky fue otra cosa.

Mientras Annie escuchaba absorta, se dispuso a terminar su relato.

–El motivo por el que te cuento tantos detalles es porque quiero que sepas la verdad. Chase me gustaba mucho porque se notaba que era un hombre excepcional, pero cuando volví al parque por segunda vez, no fue sólo por Nicky. Me moría de ganas de volver a ver a Vance. Y cuando fue a recogernos al aeropuerto de Merced, supe que estaba enamorada de él. Sin embargo, le llevó una eternidad corresponderme porque pensaba que yo no había abandonado del todo a mi ex y yo temía que jamás superara lo de

Katy. Ambos nos equivocamos. Durante un paseo por las montañas, Van-ce me besó por primera vez y, de repente, dimos rienda suelta a nuestros sentimientos. Fue un día glorioso.

–Me lo imagino –murmuró Annie. Sentía un extraño conflicto en su interior. Rachel le gustaba mucho, pero, al parecer, Chase se había sentido atraído hacia ella. ¿Qué posibilidades había de que siguiera sintiendo algo por Rachel?–. Me alegro de que os saliera todo bien –tragó con dificultad–. Rachel, yo… me parece que los oigo llegar.

Se levantaron y, desde el porche, vieron que los hombres bajaban a los niños de la camioneta. Chase abrazó a Roberta con fuerza antes de dejarla en el suelo.

–¿Rachel? –Vance subió a Nicky sobre sus hombros–. Tengo que volver. ¿Tú qué haces?

–Yo también me voy.

–¿Tenemos que irnos? –Nicky frunció el ceño.

–Eso me temo –contestó su madre–. Aún te quedan deberes por hacer para mañana. –¿Vendrá Roberta al colegio? –Allí estará –Annie asintió. –Nicky y yo nos pasaremos a las ocho y media para ir todos juntos –propuso Rachel. –Genial. Estaremos preparadas. Gracias otra vez por la ayuda y la estupenda comida. –Estaba muy rica –asintió Roberta–. Hasta mañana, Nicky.

–De acuerdo. Adiós.

–Roberta quiere ver mi casa –Chase se dirigió a Annie–. ¿Por qué no vienes con nosotros para que veas dónde va a pasar una parte de su tiempo?

–Enseguida estoy con vosotros –ella deseaba ver dónde vivía, cómo vivía–. Iré a buscar mi bolso y cerraré la puerta.

Tardó un minuto en reunirse con ellos junto a la camioneta. Siempre caballeroso, Chase la ayudó a montar. Al cerrar la puerta le rozó el muslo con un brazo y ella sintió un estremecimiento que esperó le hubiera pasado desapercibido. Roberta se sentó entre ellos con expresión satisfecha.

Chase arrancó y se dirigieron a la casa. De camino se cruzaron con un guardabosque.

–¿Quién es, papá?

–Mark Sims, el jefe de seguridad. Es el padre de Carly. La conocerás mañana en el colegio. Vive a media manzana de tu casa.

Tras acercarse a una casa en la siguiente esquina, pulsó el

mando del garaje para aparcar. Desde fuera todas las casas parecían prácticamente iguales.

Annie se bajó antes de que Chase la ayudara. El roce sobre el muslo le había despertado íntimos recuerdos. Se quedaría sólo cinco minutos, Roberta podría volver más tarde.

Esperó a que abriera la puerta que daba a la cocina y siguió a su hija al interior. Enseguida percibió las diferencias. En aquella cocina había sitio para una mesa y le sorprendió el atractivo decorado a base de verde salvia y madera. Supuso que el mobiliario de cuero marrón oscuro que había frente a la chimenea sería suyo propio.

–¡Mira cuántos libros! –exclamó Roberta.

Annie ya los había visto. Abarcaban toda la pared desde el techo hasta el suelo del salón. Su mente volvió al apartamento de Kabul, más librería que vivienda.

–¿Los has leído todos? –la niña seguía maravillada.

–Ésa es la idea, cariño –Chase rió–. La mayoría son revistas de Historia sobre los exploradores y primeros pobladores de Yosemite. El resto es material de referencia para una serie de libros que estoy escribiendo sobre el parque para los excursionistas.

–Mamá dijo que eras el hombre más listo que había conocido jamás. Y era cierto. Él soltó un bufido. En eso no había cambiado. Seguía siendo un hombre modesto.

–Es verdad, Chase. Para serte sincera, no me sorprende que te hayas sumergido en otro campo aparte del de la Arqueología. ¿Has publicado algo ya?

–Ni siquiera tengo agente –él estaba de pie en medio del salón con las piernas separadas. –Con tu currículum no necesitas… –se ruborizó–. Olvidé que habías renunciado a esa vida.

–Ojalá pudiera –una mueca desfiguró su rostro.

A Annie le pareció oír en su voz un tono de desolación que la asustó. La explosión no sólo lo había dejado sin padres, también le había privado de la pasión de su vida, la Arqueología.

Alguien menos fuerte se habría rendido, pero Chase no. El comedor era la prueba. Lo había convertido en un despacho lleno de archivos y equipos electrónicos. De dos de las paredes colgaban varios mapas gigantes de Yosemite. Fascinada, se acercó a uno de ellos.

–¡Me encanta tu casa, papá! –Me alegro, porque también es tuya

para cuando quieras venir. ¿Te gustaría ver tu dormitorio?

–¿Me has preparado un dormitorio? –la niña gritó de alegría. No se parecía a la niña seria y sobria que su madre había criado. Chase empezaba a transformarla con su presencia.

–¿Y para quién si no? Lo utilizaba como almacén, pero en cuanto supe que vendrías lo limpié y lo preparé para ti. Ven a echarle un vistazo.

La niña se fue con él mientras Annie se ahogaba en un mar de nuevos sentimientos y sensaciones. Desde la confesión de Rachel, los celos habían asomado de nuevo su feo rostro. Tenía que salir de allí antes de que su curiosidad natural se impusiera y la delatara.

–Eh, ¡vosotros dos! –gritó–. Tengo muchas cosas que hacer en casa. Os veré más tarde. –¡De acuerdo! –contestó Roberta desde la habitación.

Salió por la puerta delantera y se apresuró hacia su casa. Sin embargo, no le pareció su hogar. A pesar de haber llevado consigo la mayoría de sus cosas de Santa Rosa, fue consciente de que los objetos no significaban nada sin la presencia de su hija.

A partir de ese día, Roberta iba a querer pasar tiempo con Chase y no podía culparla por ello. Viendo el abrazo que se habían dado, nadie pensaría que habían estado separados toda la vida. Además, era un hombre impresionante que cualquier niño estaría encantado de reclamar como su padre.

Consciente de dedicar demasiado tiempo a Chase y muy poco a su nuevo trabajo, se afanó en ordenar el dormitorio a su gusto. Para cuando hubo terminado, la oscuridad se había adueñado del parque. Estaba a punto de telefonear a Chase cuando oyó abrirse y cerrarse la puerta principal.

–¿Mamá?

–¡Estoy en el dormitorio!

–Papá está ahí fuera –Roberta corrió a su encuentro–. Quiere que le diga si estás en casa.

Annie le pasó el móvil. Apreciaba la consideración de Chase, pero no le sorprendía. Siempre había sido muy protector con ella y lógicamente también lo sería con su hija.

–Lo haré –oyó que decía la niña–. Yo también te quiero. Buenas noches, papá. Te veré mañana –después de colgar agarró a su madre del brazo. Sus ojos brillaban.

–Papá nos va a llevar a Nicky y a mí a montar a caballo el sábado.

¿Puedo ir? –¡Por supuesto! –Annie no podía negarse aunque quisiera.

–¡Le gustan los caballos tanto como a mí! ¡Me muero de ganas! –mientras Annie cerraba la puerta y apagaba las luces, Roberta bullía de emoción–. Ojalá pudiera llamar a Debbie.

–Es demasiado tarde. Podrás llamarla mañana, después del colegio.

–De acuerdo.

Ya en la cama, Annie se vio asaltada por los recuerdos del maravilloso paseo a caballo con Chase en el paso Khyber. Habían acampado varias noches seguidas y hecho el amor. Jamás había conocido una pasión como aquélla. Una de esas dos noches se había quedado embarazada.

¿Le habría producido los mismos recuerdos a él el paseo del verano anterior con Rachel? En la oscuridad de la noche, ¿sentiría alguna vez envidia de Vance?

–¡Chase! –gimoteó mientras las lágrimas resbalaban por su rostro–. ¿Es demasiado tarde para nosotros? –apenas podía soportarlo. Después de todo lo que habían compartido, ¿cómo iba a poder vivir tan cerca de él?

¡Y pensar que vivía a la vuelta de la esquina! Durante los últimos tres años había hibernado allí en una relativa felicidad, saliendo con otras mujeres. Había deseado mantener una relación con Rachel. Apenas podía soportarlo. Pero tendría que hacerlo.

¿Qué había dicho Sid Manning? «Su vida estaba en peligro y el doctor Myers no tuvo ninguna elección salvo la de mantenerse alejado de usted».

Era la verdad, y eso significaba que Chase la había amado más que a su propia vida. ¿Significaba también que, tras haberse reencontrado, y tras haberse revelado el secreto, lucharía por ella en ese edén presumiblemente seguro? O quizás fuera demasiado tarde. El amor debía alimentarse y llevaba demasiados años hambriento. Al igual que ella.

Sintió un desgarrador dolor en todo el cuerpo. Volvió a darse la vuelta en la cama, olvidando la escayola. Otra noche como ésa y tendrían que ponerle una nueva.

Deseaba que amaneciera ya. Sus padres llegarían para quedarse el fin de semana. Antes de abandonar Santa Rosa aquella mañana, su padre había dicho: «¿No crees que ya va siendo hora de que

conozcamos al padre de Roberta?». Lo había postergado mientras aclaraba sus sentimientos, pero ya era inevitable.

Los niños cabalgaban uno a cada lado de Chase mientras abandonaban el estanque del castor para dirigirse de vuelta al establo. Habían estado hablando sobre sus disfraces de Halloween. Sólo faltaban tres días. Nicky iría disfrazado de Harry Potter y, Roberta, de Hermione. Se moría de ganas de acompañarlos en «truco o trato» con Vance y Rachel.

Aquel día se sentía especialmente orgulloso de cómo había montado Roberta. También se le daba bien la fotografía y había hecho muchas fotos.

–¿Podemos volver el sábado que viene, tío Chase? Ese Matusalén es muy divertido. Me alcanzó cuando sacudió el rabo.

–Comprobaré mi horario de trabajo –el castor no era ni la mitad de divertido que Nicky.

–¿Podría venir con nosotros mi amiga Debbie?

–Ya que es el único día en que podrían traerla sus padres, conseguiré que alguno de los chicos me sustituya unas horas –miró a su hija, que había empezado a ir al colegio el día anterior–. ¿Qué te parece Carly?

–Está bien. No parecía muy entusiasta. Cuando estuvieran solos averiguaría qué había pasado.

–¿Y os gusta la señora Farrell? –ambos niños asintieron. Eso era una ventaja–. ¿Os resulta extraño ser tan pocos niños en el colegio?

–Bastante.

–A mí me gusta –exclamó Nicky.

–¿Qué opinas de Brody?

–Es malo –nuevamente contestó Nicky.

–¿Por qué?

–Tiene once años. Y durante el recreo siempre elige él lo que vamos a hacer, ¿a que sí, Roberta? –Le dice a todo el mundo lo que debe hacer, papá. –Y dijo que su padre era más importante que el mío. Yo dije que no y casi me pegó.

–Brody tiene dos hermanos mayores –aquello no sonaba bien–. Seguramente lo dominan a él. ¿Se lo habéis dicho a la señora Farrell?

–Si vuelve a ser malo con nosotros, se lo diré a la señora

Farrell.
–Parece que vosotros dos tendréis que seguir juntos un tiempo. –Sí. ¿Puedo jugar en tu casa cuando volvamos, Roberta?

–Hoy me quedo en casa de mi papá –la niña miró a Chase–. ¿Podría venir Nicky un rato? –era evidente que le gustaba su compañía. Nicky era su preferido.
–Claro.
–¡Bien! ¿Dónde está tu mamá? –preguntó Nicky.
–En Wawona –aquello fue una sorpresa para Chase.
–¿Y qué está haciendo allí? –insistió el niño.
–Ha ido a comer con el otro arqueólogo que acaba de volver de México.
–En clase le oí a Brody decirle a Carly que su padre se había divorciado. ¿Qué quiere decir eso? –preguntó Nicky.
Entre los empleados del parque abundaban los chis-morreos. –Significa que su mujer y sus hijos ya no vivirán con él.

–Ah.
Durante el trayecto de regreso, Roberta permaneció inusualmente callada. Al llegar al establo, Chase ayudó a Nicky a desmontar, pero su hija bajó sola.
Se subieron a la camioneta y se encaminaron de vuelta a la casa. Al entrar en la cocina, Chase le dijo a Nicky que fuera a llamar a sus padres para que supieran dónde estaba.
Mientras Roberta se lavaba las manos en el fregadero, su padre aprovechó la ocasión.
–Sé que te pasa algo –murmuró–. ¿Te ignoró Carly ayer?
La niña negó con la cabeza.
–Pues cuéntame qué ocurre.
–Me preguntó por qué no vivían mis padres juntos –contestó Roberta sin mirarlo.
–¿Y qué le dijiste? –el corazón de Chase dio un vuelco.
–Que no querían –al fin alzó la vista. Los ojos azules estaban inundados de lágrimas–. Me preguntó si os habíais divorciado.
–¿Y qué le contestaste?
–Le dije que no.
Chase sabía que había habido habladurías, pero no había contado con que llegaran a oídos de Roberta a través de Carly. Había esperado que las dos niñas se hicieran amigas. Con el tiempo seguramente lo serían, pero los primeros días de Roberta allí no

serían felices.

–Siento que te hiciera pasar un mal rato –él la abrazó.

–¿Papá? –Roberta se secó las lágrimas–. ¿A ti te gusta mamá?

–Nunca ha dejado de gustarme, pero le hice daño sin querer. No creo que sea capaz de perdonarme nunca.

–Me gustaría que viviésemos todos juntos.

–A mí también –susurró él.

–¿De verdad? –ella pareció sorprendida.

–¿Qué pensabas? –le tiró de la coleta–. Eres mi hija. Había perdido la esperanza de ser padre. Nada me gustaría más que vivir rodeado de mi familia.

–¿Con mamá también?

–Ya la amaba antes de amarte a ti, cariño. Sería un sueño hecho realidad.

–Mamá dice que puedo quedarme hasta que venga a recogerme dentro de una hora –Nicky llegó corriendo desde la habitación–. Nos vamos de compras.

–Genial. ¿Qué queréis comer?

–¿Puedo tomar un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada?

–Claro –Chase se dispuso a prepararlo–. ¿Y tú, cariño?

–Yo sólo quiero un vaso de leche. Ya me lo pongo yo.

Chase no la presionó para que comiera. Él también había perdido el apetito. En cuanto la noticia llegara a oídos de Annie, temía que pusiera más distancia emocional entre ellos porque ya no podía amarlo como antes.

Sincerarse con su hija podría haber sido el golpe de gracia para él. No debería haber revelado sus sentimientos tan pronto. Se había prometido ir despacio, pero no había sido capaz de contenerse.

–Cuando terminéis, ¿os apetece salir a jugar a las herraduras?

–Nunca he jugado a eso –dijo Roberta.

–¡Es muy divertido! –exclamó Nicky–. Pero es bastante difícil.

–Tiene su truco, pero cualquiera puede aprender. Os enseñaré –Chase necesitaba mantenerse ocupado para no pensar en Annie en compañía de ese maldito hombre.

CAPÍTULO 8

ANNIE condujo directamente hasta la casa de Cha-se y tocó el claxon. Eran más de las cinco. Había tenido tanto que hablar con Ron que el tiempo se había pasado volando.

¡Menuda diferencia vivir allí! Si llegaba tarde a recoger a Roberta, algo que no volvería a suceder a no ser que fuera inevitable, Chase siempre estaría allí para ocuparse de ella.

–Cielo –segundos después la vio salir de la casa–, los abuelos nos esperan en el albergue para cenar. Pregúntale a tu padre si quiere venir con nosotras. No sé si está libre o no.

–Hasta mañana no entra de servicio.

–En ese caso, a los abuelos les gustaría conocerlo.

–Enseguida vuelvo –un minuto después, Roberta estaba sentada en el asiento delantero del coche–. Papá dice que en cuanto se duche se reunirá con nosotros. –Bien –Annie salió al camino–. ¿Te has divertido montando a caballo?

–¡Me encantó!

Enseguida le contó a su madre todo lo que había hecho durante el día. Aún no había terminado cuando llegaron al albergue. Chase era el responsable de la luz que brillaba en sus ojos.

Annie tuvo que admitir que el traslado al parque ya empezaba a sentarle bien a su hija. No había sustituto posible para un padre, sobre todo para Chase. Nicky también lo adoraba. No se podía engañar a un niño. En cuanto a sus padres, seguro que también les encantaría.

Roberta y su madre entraron juntas en el hotel y se dirigieron al comedor. Divisaron a los abuelos, que las saludaban con la mano y, tras los consabidos abrazos, se sentaron y un camarero les entregó la carta.

–Pensaba que vendría tu padre.

–Enseguida llegará, abuela.

–¿Qué tal todo? –el padre de Annie estudió a su hija.

–Bien. Ron Saddler y yo hemos trazado un plan de trabajo. Hasta que me quiten la escayola dentro de un mes, me dedicaré a registrar datos mientras él hace el trabajo de campo. Casi todo el tiempo estaré en casa para…

–¡Papá! –Roberta se bajó de la silla y la conversación se interrumpió. Corrió hacia el hombre alto y musculoso que

avanzaba hacia ellos vestido con un traje gris perla y una camisa blanca con corbata a rayas grises y plata. Annie se quedó sin aliento al verlo.

Los oscuros cabellos y la piel bronceada eran el marco perfecto para los ojos grises. Diez años atrás le había parecido increíblemente atractivo vestido de arqueólogo, y había opinado igual al verlo como guardabosque, pero en esos momentos tenía un aspecto de sofisticación urbana que le hacía destacar sobre los demás hombres del comedor.

Aunque sus padres habían visto fotos suyas, en sus miradas se leía que no habían estado preparados para la atractiva realidad que tenían delante. Roberta miraba a su padre con adoración y, para su vergüenza, se dio cuenta de que hacía lo mismo que su hija.

–Mamá y papá, os presento a Chase Jarvis.

–¿Señor y señora Bower? Conocerlos es un placer y un honor. Hubo un tiempo en que soñé con casarme con su hija y convertirme en su yerno.

El empleo del tiempo verbal en pasado hizo que Annie se sintiera desfallecer.

–Después de la explosión jamás pensé que este momento llegaría. Aunque volvería a desaparecer para protegerla, la tristeza por el dolor causado jamás me abandonará.

A pesar del renovado dolor que sentía, la declaración emocionó a Annie. Y a juzgar por la expresión de sus padres, ellos habían sufrido una impresión similar.

–Yo diría que la sonrisa que has dibujado en el rostro de tu hija ha hecho mucho por secar esas lágrimas –el primero en recuperarse fue su padre–. Esta noche celebremos la vida.

–Mi marido me ha quitado las palabras de la boca –la madre de Annie asintió–. Por favor, siéntate. Roberta ha soñado toda su vida con esta noche.

–Y no es la única –le dedicó una deslumbrante sonrisa a la niña.

–Es increíble lo mucho que os parecéis –comentó la abuela.

–Yo, desde luego, no pienso quejarme –Chase le guiñó un ojo a su hija.

La risa de Roberta coincidió con la llegada del camarero. A partir de ese momento la conversación se centró en la nueva vida de la niña con su padre. Annie se limitó a escuchar, aún dolida por las primeras palabras que Chase había dirigido a sus padres.

De repente sonó el móvil del guardabosque. Al contestar, unas

oscuras líneas ensombrecieron su rostro. Ya se había puesto en pie antes de colgar.

–¿Qué pasa, papá?

–Tengo que irme, te lo contaré después, cariño. Lo siento. Espero verlos pronto –una sombría mirada se posó en Annie durante unos instantes antes de irse.

–Ojalá no hubiera tenido que irse. Annie se sentía aliviada. Estar juntos, como una familia de verdad, dolía demasiado. –Es bonito que viváis todos tan cerca y podáis veros cuando queráis.

–No, no puedo –Roberta corrigió a su abuela.

–¿Qué quieres decir?

–No vivimos con papá –una lágrima se deslizó por su mejilla–. ¿Podemos irnos a casa? –Yo me encargo de la cuenta –murmuró el abuelo. –Nos vemos en casa. Vamos, Roberta –Annie tomó a su hija de la mano y se apresuraron hacia el coche. El viejo dicho «la esperanza es lo último que se pierde», resonaba en su maltrecho corazón.

–¿Crees que papá estará bien?

–Por supuesto. No hace más que su trabajo.

–Me habría gustado saber adónde iba.

Roberta no era la única. La reacción de Chase había revelado más preocupación de lo normal. Les llevaría a ella y a su hija algún tiempo acostumbrarse a ese mundo de emergencias. Un guardabosque nunca sabía qué se iba a encontrar.

–¿Has olvidado ya que papá estuvo en el ejército? –Annie aparcó el coche en el garaje. La pregunta pretendía tranquilizarlas a ambas–. Sabe cuidar de sí mismo mejor que nadie.

–Pero no pudo salvar a mis otros abuelos.

–¡Cariño! –desolada por los temores de Roberta, la abrazó con fuerza–. Pensé que ya no te agobiaba eso.

Los guardabosques protegen a todos los habitantes del parque, ¿recuerdas?

El cuerpo de Roberta se estremeció por los sollozos. Annie ni siquiera había sospechado lo que había dentro de su cabecita. Era demasiado tarde para desear no haberse mudado allí. Hicieran lo que hicieran, quedarían atrapados en una trampa emocional.

–¿Por qué no podemos vivir juntos? –al fin Roberta se apartó de ella–. A papá le gustaría.

–No es cierto.

–¡Sí lo es! –protestó la niña en un tono que jamás había empleado antes–. Me lo ha dicho.

–Muy bien –la niña estaba desolada y Annie le secó las lágrimas del rostro. No quería pelearse con ella–. Ahora cuéntame exactamente qué te dijo. Tómate tu tiempo.

–Después de montar a caballo, papá y yo estábamos en la cocina y le dije que desearía que viviésemos todos juntos y él me contestó: «yo también».

–¿Y no crees que lo decía simplemente porque te quiere?

–¡También te quiere a ti, mamá!

–¿Por qué dices eso? –¿cuándo volverían sus vidas a la normalidad?

–Dijo que ya te amaba a ti antes de amarme a mí y que quería que fuésemos una familia.

Annie empezó a temblar. ¿Lo habría dicho en serio? Era evidente que Roberta estaba convencida de que era así. Tenía que hablar seriamente con él. Aquella misma noche.

–Tus abuelos ya están aquí, ¿quieres hacerles entrar? Ya hablaremos de esto más tarde.

La única respuesta fue la expresión sombría de la niña, que corría a la cocina. Su madre permaneció en el coche y marcó el número de Rachel. «Por favor, que esté en casa».

–¿Hola? –a la cuarta llamada, su amiga contestó.

–Hola. Menos mal que estás en casa –contestó Annie con voz temblorosa. –Pareces alterada, Annie. ¿Qué sucede? –Es… es una larga historia –balbuceó ella–. Primero necesito saber si Vance está contigo.

–No. Esta noche está de servicio.

–¿Podrías hacerme un favor y averiguar qué emergencia ha obligado a Chase a interrumpir la cena? Roberta está muy asustada. Si no va a tardar mucho, necesito hablar con él sin la niña. Y como mis padres se quedan a dormir, sería un buen momento para hacerlo.

–Llamaré a Vance y te telefonearé con lo que sea.

–Muchísimas gracias.

Annie colgó y esperó. No quería entrar en la casa sin alguna información que pudiera tranquilizar a Roberta. Estaba a punto de desesperarse cuando Rachel llamó.

–¡Hola! ¿Has descubierto algo?

–Sí. Se ha producido un pequeño desprendimiento de rocas en Curry Village. No hay heridos, pero Vance quería a Chase con él. No tardarán más de una o dos horas.

–Me alegro de que todo esté bien –Annie suspiró aliviada.

–Yo también. Vance dice que deberías explicarle a Roberta que los desprendimientos se producen con bastante frecuencia porque las paredes de granito son casi verticales. En realidad, lo increíble es que no se produzcan más.

–Gracias, Rachel. Se lo diré. Estoy en deuda con vosotros.

–Tonterías. Llámame cuando quieras.

–Sabes que lo haré. Lo mismo te digo. Buenas noches.

Tras colgar, corrió a la casa. Aunque sus padres preferían quedarse en el hotel, Roberta los había convencido para que se quedaran a dormir con ellas. Annie les había cedido su cama y dormiría con Roberta.

Al entrar en el salón los encontró sentados alrededor de la mesa. La niña había dispuesto un Monopoly para jugar y ella se sentó en una silla vacía a su lado.

–Acabo de hablar con Rachel. Papá está bien. Ha tenido que ir a investigar un pequeño desprendimiento de rocas.

Tras conocer la buena noticia, Roberta pareció relajarse, aunque siguió sin mirar a su madre, que intercambiaba silenciosas miradas con los abuelos, conscientes de que algo le sucedía a la niña.

La partida duró un buen rato. Al final ganó la abuela. Cuando el abuelo anunció que se iba a la cama, Annie sugirió que Roberta se pusiera el pijama.

–Has tenido un día muy intenso desde que os fuisteis a montar a caballo esta mañana. –Papá dice que soy una amazona nata –la niña levantó la vista hacia su madre. –No me sorprende. Él ha montado mucho y es un experto jinete. Te pareces mucho a él.

–Me alegro de que no muriera –los ojos de Roberta se llenaron de lágrimas mientras cerraba la caja del Monopoly y la sujetaba contra el pecho–. Buenas noches.

–¿No me das un beso? –Roberta se acercó y la besó–. Buenas noches, cariño, que tengas dulces sueños.

El abuelo siguió a Roberta, dejando a la abuela sola con su hija. –¿Qué puedo hacer para ayudar? –la madre de Annie tenía una expresión preocupada.

–Seguir a mi lado.

–Eso siempre.

–Lo sé. No os merezco.

–¿De qué demonios estás hablando?

–Adoro a mi hija –un gemido escapó de la garganta de Annie–, pero me equivoqué al acostarme con Cha-se. No me educasteis así. Yo estaba tan enamorada que dejé que mis emociones gobernaran sobre el sentido común. ¿Quién habría dicho que pagaría el precio diez años después?

–¿Y lo dices por…? –su madre la animó a continuar.

–Ya conoces la respuesta.

–¿Quieres decir que aún estás enamorada de él?

–¿Tanto se me nota?

–Sí, pero sólo porque soy tu madre. Si te sirve de consuelo, yo misma estuve a punto de sufrir un infarto cuando lo vi esta noche. Si no te sintieras atraída por él, no serías humana. Es todo aquello que dijiste que era, y quizás más.

–¿Más? –Annie se irguió en su asiento.

–Ha sufrido lo indecible, cariño. Se ve en sus ojos. Hay desesperación en su manera de aferrarse a Roberta. Cuando te miró antes de marcharse, vi un destello de miedo.

Ella bajó la mirada. También lo había visto, pero no había comprendido su significado. ¿Tenía miedo de que cambiara de idea y se llevara a la niña lejos del parque? Tenía la sensación de que, a su alrededor, caminaba con pies de plomo. Era muy diferente del hombre decidido y resuelto que había conocido y amado.

Quizás lo que le daba miedo fuera no poder proteger a Roberta si su identidad oculta era descubierta. A lo mejor vivía una pesadilla ante el temor de que sucediera lo inesperado y ella desapareciera.

Necesitaba respuestas a tantas preguntas que no sabía ni por dónde empezar.

–¿Mamá? Roberta se confió a mí hace un rato. Por su bien, tengo que hablar con él esta noche si puedo. ¿Te importaría si me paso por su casa? Está a la vuelta de la esquina.

–Adelante. Si Roberta pregunta por ti, le diré la verdad. Eso la consolará más que nada.

Abrazó a su madre y fue al armario busca del abrigo, pues la temperatura en la calle era de bajo cero. Se echó el abrigo sobre los hombros y corrió a casa de Chase.

Al llegar no vio luz. A lo mejor había llegado a casa y se había acostado. Tras dudar un segundo, llamó a la puerta varias veces. No hubo respuesta y se sintió abatida.

Podría esperarlo en el porche, pero el frío era excesivo. Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Esperaría diez minutos más antes de volver a su casa.

La fase de limpieza había comenzado. –Considerando las circunstancias –Vance se acercó a Chase–, ¿qué opinas?

–Aunque sólo se hubiera dañado una tienda, creo que hicimos bien en evacuar todo el perímetro. Creo que deberíamos mantener las cabañas cerradas hasta el verano que viene.

–Estoy de acuerdo –Vance levantó la vista al cielo–. La primera nevada sobre el valle está prevista para mañana por la noche. A partir de entonces, las colinas serán muy peligrosas.

–Sí. Si va a haber otro desprendimiento, será ahora que empieza a hacer frío. Menos mal que la gente había salido a cenar cuando sucedió.

–Y que lo digas. Aun así, va a estar en todos los noticieros. Llamaré a Bill Telford.

Chase asintió. No se sentía de humor para hablar con el superintendente. No quería verlo cerca de Annie y Vance lo sabía.

–¿Está todo listo para Halloween?

–He dividido la guardia en dos turnos para que los guardabosques con niños puedan participar con ellos. O sea, tú y yo –sonrió a su amigo–. El año pasado me ofrecí voluntario porque no había ningún pequeño Rossiter o Jarvis por aquí. ¿Te acuerdas? ¡Cómo han cambiado las cosas!

–Todavía no me lo puedo creer –susurró Chase. –¿Qué tal te fue con los padres de Annie? –Vance estudió el tenso rostro de su ayudante.

–Ahora comprendo por qué es una mujer tan extraordinaria. Desgraciadamente, no tuvimos tiempo de conversar en profundidad.

–Lo siento. Es que no puedo dirigir esto sin ti.

–Me alegra oírlo. Me gusta mi trabajo.

–Pero…

–Pero mi vida no va a parecerse a la tuya –respiró hondo–. Lo

presiento. Roberta es una bendición que jamás esperé obtener. Annie… es otra cosa. Se comporta como si me hubiese evaporado del planeta.

–Si eso es verdad –Vance inclinó la cabeza–, explícame por qué Rachel recibió una llamada de ella hace unas horas. Estaba histérica y quería saber adónde habías tenido que ir.

–¿Puedes repetirlo? –Chase parpadeó incrédulo.

–Ya me has oído.

–Lo haría por Roberta –sacudió la cabeza.

–No lo creo. Roberta podría haber llamado a Nicky. Como bien sabes, mi esposa es muy intuitiva. Me pidió que no te dijera nada, pero lo voy a hacer. El otro día tuvo una charla con Annie y tuvo la impresión de que eres tú quien mantiene las distancias.

–Y es verdad. Demonios, Vance, un paso en falso y el desastre estará servido.

–A lo mejor al principio tenías que andarte con cuidado, pero el impacto inicial se ha disipado. Puede que Rachel se equivoque, pero yo diría que no hará ningún mal si cambias de actitud con Annie y esperas a ver qué pasa. Las cosas no pueden ponerse peor. En cualquier caso, nunca te quitará a Roberta. Lo que necesita es que le recuerden que una vez fuisteis amantes.

–Es verdad, hasta que me mantuve durante diez años lejos de ella.

–Y ella sabe bien por qué. Quizás deberías enseñarle algunas fotos de familiares de operativos de la CIA que fueron masacrados por no entrar en el programa de protección de testigos.

–Ya lo había pensado –contestó Chase.

–Bien. Y ahora vete a casa y piensa en ello.

–Ya me voy.

–Estás otra vez ensimismado –Vance lo estudió con atención–. ¿Qué te preocupa? Si crees que Annie se echará atrás por tus cicatrices, entonces no es la mujer que creías que era.

–Tal y como me dijeron los médicos, la visión no es muy agradable.

–Deja que sea ella quien decida.

Cada vez que pensaba en su reacción, el terror se apoderaba de Chase.

–Te veo mañana, Vance –se despidió. Si había algo de cierto en lo que Rachel le había contado a su marido, si Annie se preocupaba por él siquiera un poco, tenía que descubrirlo. No le bastaba con su

adorable hija. Quería a la mujer que la había alumbrado.

Al acercarse al complejo de casas vio una figura femenina que se alejaba de su propiedad. Al ver la escayola, aminoró la marcha y bajó la ventanilla.

–¿Annie? –vio que ella levantaba la vista–. Ven, entremos en mi casa.

–Es tarde y seguramente estarás cansado.

–Jamás he estado tan despierto –aparcó la camioneta y se bajó–. Vamos –abrió la puerta y encendió las luces–. Discúlpame un minuto. Voy a darme una ducha. Si tienes hambre o sed, sírvete de la nevera.

–Gracias.

–Enseguida vuelvo.

Annie se quitó el abrigo y lo dejó sobre uno de los sillones de cuero. Iba vestida con la misma ropa desde aquella mañana. Tampoco le vendría mal una ducha.

En cualquier otro momento se habría sumergido entre los libros de la biblioteca, pero se sentía demasiado inquieta para concentrarse. Aceptaría su oferta y se serviría una bebida. Cualquier cosa para mantenerse ocupada mientras esperaba.

Sólo encontró una solitaria lata de cola entre un montón de latas de zarzaparrilla. No recordaba que Chase la bebiera. Debía de ser para Roberta.

Sus pensamientos la llevaron de vuelta a Kabul. Al regresar al apartamento al final de la jornada, solía abrazarla con fuerza y decir: «mi reino por una gota de agua fría, pero antes necesito otra cosa». Y entonces la besaba hasta que todo daba vueltas e, inevitablemente, terminaban en el dormitorio. El agua y el refresco de cola siempre tenían que esperar.

La ensoñación era tan profunda que no se dio cuenta de la presencia de Chase en la cocina hasta que éste abrió el grifo del agua fría para beber. Sus miradas se fundieron antes de que posara sus ojos grises en la lata que tenía en la mano.

–Algunas cosas no cambian.

–No –susurró Annie, consciente de que él no lo había olvidado tampoco.

Chase tenía un aspecto estupendo y olía muy bien. La camiseta negra y los vaqueros desgastados que se amoldaban a los atléticos muslos la llevaron de vuelta a otros tiempos. Le vendría bien un

afeitado. Como siempre al final del día. Tuvo que respirar hondo para recuperar el equilibrio.

–¿Qué te ha traído a mi casa esta noche? –él se apoyó contra la encimera de la cocina.

–Tengo que hablarte de Roberta.

–Adelante.

Chase no se movió. Aun así, estaba demasiado cerca. Le recordaba al antiguo Robert. Lo único que podía decir era que parecía más agresivo, a pesar de no haber hecho ningún movimiento. Nerviosa, tomó un sorbo de la lata.

–Tiene cierta fantasía sobre nosotros dos.

–Yo también –fue su tranquila respuesta mientras colocaba las manos a ambos lados del cuello de Annie y la acariciaba con movimientos circulares de los pulgares–. Tú y yo no nos habíamos saludado hasta ahora como la ocasión se merece –susurró pegado a sus labios.

–Robert… –el cálido aliento incendió la piel de Annie.

–Chase. Una hora antes de la explosión que cambió nuestras vidas, acabábamos de hacer el amor apasionadamente. Fue por la mañana y fijamos la fecha para viajar a Estados Unidos y casarnos.

–Lo recuerdo.

–Yo también. Cada detalle –insistió él–. Después cambié a regañadientes tus brazos por el trabajo y te dejé dormir un poco más. Mi mente estaba tan llena de futuro y de tu belleza que no me di cuenta, hasta un segundo antes de la explosión, de que dos camiones que no había visto nunca habían aparcado junto a la excavación.

Annie oyó su propio gemido resonar en la cocina.

–Me ha llevado más de lo esperado volver a ti, Annie. No me rechaces. No podría soportarlo.

Chase la abrazó y fundió los labios con los suyos. No había escapatoria posible. Habían pasado diez años, pero su boca y su cuerpo lo reconocieron y reaccionaron como si sólo hubiera pasado una hora desde que abandonara la cama. Lo único que impedía que los cuerpos se fundieran era la escayola.

La besó con un ansia que no hizo más que crecer y ella se preguntó cómo había podido sobrevivir tanto tiempo si él. No debería estar haciendo aquello, pero no recordaba el motivo, porque cualquier pensamiento coherente la había abandonado.

Sin saber cómo, su espalda acabó contra la encimera.

Inconscientemente, la mano que tenía libre se deslizó sobre el fuerte torso y le rodeó el cuello. Sin embargo, sus dedos no se habían deslizado con suavidad, habían tropezado con bultos y hendiduras que antes no habían estado.

Su mente se iluminó con la visión de las fotos que Sid Manning había arrojado a sus pies. Horrorizada una vez más, dio un respingo involuntario y se apartó de él, obligándolo a soltarla. Empezó a levantarle la camiseta, pero él le agarró la muñeca y se lo impidió.

–No, Annie. Todavía no.

–¿Qué quieres decir? –ella lo miró a los ojos y vio en ellos el temor de horas antes. –No quieres verlo. Confía en mí –evitó mirarla. –Pero si ya he visto las fotos. –No tienen nada que ver con lo que aún queda. –Eso es ridículo. El hombre cubierto de sangre que vi en medio de los fragmentos de la bomba fue dado por muerto. ¡Tú estás vivo!

Chase se frotó la nuca en un gesto que ella interpretó como inseguridad. No podía haber sucumbido presa de esa debilidad. Chase no.

–Querrás decir que está vivo lo que queda de mí. –No creo que tengas un solo hueso inútil en tu cuerpo –ella cerró el puño con fuerza.

–No solía pensar en ello hasta que me vi reflejado en un espejo de cuerpo entero y me encontré mirando fijamente a uno de los experimentos del doctor Frankenstein.

–No digas eso, Chase. Jamás vuelvas a hablar de ese modo –Annie se estremeció tan violentamente que tuvo que sujetarse al fregadero–. Nadie lo diría jamás.

–Supongo que te refieres a cuando voy vestido –él hizo una mueca de amargura. –¿Y qué haces cuando vas a la piscina? –ella tragó con dificultad.

–No voy.

–¿Me estás diciendo que no has estado con ninguna mujer? –Annie se mordió el labio. –No, no te estoy diciendo eso –fue la respuesta brutalmente sincera. –¿Eso incluye a Rachel? –dijo ella antes de poder reprimirse.

–Rachel jamás estuvo interesada en mí –el control de Chase era

envidiable–. Sucumbió por Vance desde que estallaron las primeras chispas. Si te ha dicho lo contrario, ha mentido.

–No –admitió ella–. Me contó lo mismo, pero es evidente que tú estabas interesado en ella.

–Quieres carnaza, ¿no? –Chase entornó los ojos–. Pues ahí va. Rachel tenía una dulzura y una fuerza interior que me atraía mucho. Lo cierto es que me recordaba a ti, pero Vance ya la había conquistado. No hubo ninguna posibilidad. ¿Satisfecha?

Ella desvió la mirada, avergonzada por haber sacado el tema.

–¿Por qué no hablamos de los hombres que se sintieron atraídos por ti estos años? Roberta me ha hablado de uno, Greg. Ese genio de Pennington Mutual que tus padres te presentaron. Me contó que os llevó varias veces en avión hasta el yate que tenía en la bahía de San Francisco. Y también recuerdo que me habló de un golfista profesional llamado Lucky Sorenson que te invitó a ver el Open PGA en Pebble Beach. Tengo entendido que te quedaste a pasar la noche en su casa de Carmel.

–He captado el mensaje, Chase –jamás debería haber iniciado esa conversación.

–¿Te acostaste con ellos?

–No –a Annie le habría encantado poder mentir–, pero tú has estado con otras mujeres que han visto tus cicatrices.

–Podían soportarlo –espetó él.

–¿Y yo no?

–Sobre todo, tú no.

–¿Por qué? –las mejillas le ardían.

–Preferiría que me recordaras tal y como estaba.

–Si te refieres a muerto, es un poco tarde para eso.

–Lo sé –los ojos grises se apagaron.

–Está claro que siempre me viste como una princesa amante de lujos que necesitaba ser constantemente mimada –gritó ella llena de dolor–, incapaz de soportar el mundo real.

–Hace tiempo te pedí que te casaras conmigo y aceptaste –los rasgos de Chase se endurecieron–. Veamos si tu respuesta sigue siendo la misma.

Se levantó la camiseta y se bajó los pantalones, quedando únicamente en calzoncillos. –Observa al hombre del que una vez dijiste que era la personificación de todas tus fantasías.

Mirar a Chase era como ver el reflejo sobre un espejo

distorsionador. Siempre lo había considerado la personificación de la belleza masculina. Y, a sus ojos, siempre lo sería.

–Y esto es sólo la parte delantera –se dio la vuelta para que pudiera contemplar la espalda–. Más operaciones podrían darme un aspecto más presentable, pero con todos mis sueños aniquilados, no tuve ningún incentivo para hacer nada al respecto.

Se volvió de nuevo con las manos apoyadas en las caderas. –¿Qué te parece? ¿Lo quieres envuelto como regalo de boda o no tengo ninguna posibilidad?

Annie no podía articular palabra, pero no por las cicatrices, que eran enormes expresiones de años de dolor y angustia. Lo que más le dolía era la oscuridad que había impregnado la mente de Chase durante años.

–Espero tu respuesta, amor mío –la sonrisa se convirtió en una mueca–. Aunque nuestros sueños quedaron hechos añicos, ¿tendrás el valor de hacer realidad los de tu hija?

De repente, Annie recordó el primer año que Roberta fue a clase de natación. Los demás niños habían aprendido al fin a tirarse de cabeza. Cuando llegó su turno, la niña se apartó del bordillo. El profesor la animó a que lo intentara.

Roberta había negado estar asustada y había insistido en que no le apetecía zambullirse en ese momento. La expresión en sus ojos había sido idéntica a la de Chase. Un pánico puro, sincero, desafiante.

Chase acababa de confesar que aún la deseaba, que quería casarse con ella. La había besado como si jamás hubiera dejado de desearla. Si el matrimonio pudiera servir para ahuyentar sus demonios, a lo mejor también eliminaría los suyos propios. Nada importaba, salvo el hecho de que había vuelto a su vida. Era un hombre que se había enfrentado al terror, pero seguía en pie.

–Lo tendré si tú lo tienes –ella levantó la barbilla desafiante–. Tus cicatrices no cambian nada. Te amo, Chase. ¿Cuándo quieres organizar la ceremonia?

–¡Annie…! –exclamó él, pero en ese instante sonó el móvil.

Ella percibió la frustración de Chase al ser interrumpidos. También se sentía frustrada, porque sabía que tenía que contestar. Rodeándola con un brazo, alargó la otra mano hacia el teléfono y descolgó. Lo que escuchó al otro lado cambió totalmente su actitud.

Incluso en la penumbra lo vio palidecer. Toda expresión de

alegría había abandonado su rostro. Annie sintió que se le revolvía el estómago.

–Me temo que esto va para largo –Chase cubrió el teléfono con una mano.

–¿Quieres que me vaya?

–Es lo último que desearía y tú lo sabes. Pero, dadas las circunstancias, sería lo mejor. Me pasaré por tu casa después.

Le dio un beso breve, aunque intenso, en la boca y ella recogió su abrigo y salió de la cocina. Camino de su casa abrazó la escayola contra el pecho para acallar el feroz martilleo del corazón. Tenía la terrible premonición de que algo estaba a punto de amenazar nuevamente su felicidad.

CAPÍTULO 9

ANNIE entró en la casa y sintió alivio al comprobar que todos dormían. No estaba en condiciones de enfrentarse a sus padres o a Roberta. Había experimentado tal felicidad en brazos de Chase, y tal angustia ante la separación un segundo después de haber aceptado su proposición de matrimonio, que se sentía paralizada de terror.

En una ocasión la había abandonado para ir a trabajar y no había vuelto. Una llamada a esas horas no podía entrar dentro de los cometidos habituales de un guardabosque.

Le había prometido ir a su casa más tarde.

Consultó el reloj. Ya era más tarde. ¿Qué sucedía?

Si no llamaba a su puerta en cinco minutos, iría a su casa para descubrirlo. Mientras paseaba por el salón, sonó el móvil. Se lanzó sobre el bolso, lo sacó y descolgó sin comprobar quién llamaba.

–¿Chase?

–Soy Vance.

–Disculpa, esperaba una llamada de Chase.

–Por eso te llamo. Ha habido una emergencia en otra parte del parque y no sabe cuánto tardara. Como se figuraba que estarías preocupada, me pidió que te llamara.

Annie sujetó el teléfono con más fuerza. Tenía que ser mucho más serio de lo que pretendía Vance, de lo contrario la hubiera llamado Chase. A lo mejor algún campista había sido atacado por un oso, o había tenido que investigar algunos disparos. Aunque deseaba pedirle más detalles a Vance, se contuvo. Ya había sido bastante amable.

¿Qué clase de esposa de guardabosque sería si se desmoronaba cada vez que Chase acudía a una emergencia?

–No sabes cuánto agradezco tu llamada, Vance.

–De nada. Nos veremos pronto. Nicky sólo vive para Halloween.

–Roberta también.

–Hoy me ha recordado que sólo quedan tres días.

–Creo que hemos vivido la misma película aquí –a pesar de su angustia, Annie rió.

–Será divertido. No se lo cuentes a Nicky, pero estoy tan entusiasmado como él –Vance era un hombre maravilloso–. Buenas

noches, Annie.

–Buenas noches.

Tras colgar se preparó para irse a la cama y se deslizó bajo las sábanas junto a Roberta. Pero después de una hora dando vueltas, sacó una manta del armario del pasillo y pasó lo que quedaba de noche en el sofá.

A la mañana siguiente, Roberta despertó dispuesta a ir al colegio, ignorante de que Annie hubiera ido a casa de Chase la noche anterior. Sus padres se unieron a ellas mientras preparaban el desayuno.

La madre de Annie la miró inquisitiva. Lógicamente, quería conocer el resultado de la visita de la noche anterior, pero no dijo nada delante de su nieta.

–¿No te vas a terminar la tostada? –No tengo hambre, mamá –Roberta miró a sus abuelos–. Ojalá no tuvierais que iros a San Francisco hoy. –No te preocupes. Volveremos la semana que viene –le aseguró el abuelo. –Genial –la niña se levantó y besó a los abuelos antes de colgarse la mochila de la espalda. –Te veré después del colegio –Annie le dio un abrazo.

–Papá dijo que Nicky y yo podíamos pasarnos por el cuartel general camino de casa para tomar una zarzaparrilla.

–Suena divertido –¿qué otra cosa podía decir? Deseó que Chase estuviera de vuelta en su casa, y en la cama, en esos momentos.

–¡Adiós!

–Supongo que nosotros también deberíamos irnos –murmuró el abuelo sin entusiasmo después de que los tres adultos la vieran desaparecer por la esquina desde el porche.

–Antes de que os vayáis, tengo algo importante que decir –la frase le concedió la atención plena de sus padres–. Anoche Chase me pidió que me casara con él, y acepté.

–¡Es la mejor noticia que podías darnos! –los ojos de sus padres se iluminaron y un segundo después estaban todos abrazados, escayola incluida. Mientras se enjugaba las lágrimas, su madre habló de nuevo–. ¿Por qué no le has dicho nada a Roberta esta mañana?

–Chase y yo queríamos decírselo juntos –la conversación de la noche anterior no había llegado tan lejos, pero lo conocía bien. Se había perdido todo lo relacionado con su hija y no iba a robarle

otro momento más.

–¿Cuándo tenéis pensado casaros?

–Pronto –balbuceó ella mientras se ruborizaba. Tampoco habían hablado de eso, pero el deseo que sentían lo exigía. Se moría de ganas de ir a su casa.

–Pues no nos mantengas mucho tiempo en suspense.

–Os llamaré en cuanto fijemos una fecha. Anoche tuvo que salir a otra emergencia antes de poder hacer planes.

–¡Annie! –su madre la abrazó de nuevo. Todos habían sufrido mucho desde su vuelta de Afganistán. No hacía falta añadir ni una palabra más.

–Conducid con cuidado –unos minutos después, acompañaba a sus padres hasta el coche. –Lo haré –su padre volvió a abrazarla–. Dile a Cha-se que bienvenido a la familia.

Annie asintió. ¡Lo haría de inmediato!

Tras su marcha, corrió a ducharse y fregar los platos. Aunque no podía quitarse de encima los diez años transcurridos, procuraría tener el mejor aspecto posible.

Cuando estuvo lista, telefoneó al cuartel general para asegurarse de que no estuviera en su despacho. Desde allí la informaron de que no se había presentado y que no sabían cuándo se le esperaba. Justo lo que ella se había imaginado.

Cinco minutos más tarde descubrió que la camioneta tampoco estaba en el camino de la casa de Chase y que nadie abría la puerta. A lo mejor dormía profundamente. Al parecer no tenía elección salvo volver a su casa y empezar a hacer el trabajo por el que la pagaban.

Las horas pasaron esperando al menos una llamada. Al final volvió a llamar al cuartel general. Seguían sin noticias de Chase. A las cuatro menos cuarto estaba a punto de llamar a Vance cuando llegó Roberta corriendo.

–¿Mamá?

–Hola, cariño. ¿Qué tal el colegio? –Annie corrió a su encuentro. –Bien, pero papá no estaba en la oficina. ¿Puedo ir a su casa? –Por supuesto –contestó su madre–, aunque puede que no esté. –Lo sé. Si no está, volveré de inmediato –la niña dejó la mochila sobre una silla y salió.

«Por favor, que esté en casa».

Pasaron quince minutos, un tiempo prudencial, según Annie,

para poder afirmar que todo estaba en orden. A punto de unirse a su hija, la vio volver con gesto sombrío.

–Tenías razón. No estaba en casa. ¿Ha llamado?

–Aún no, pero seguro que lo hará en cuanto pueda. Vance dijo que anoche tuvo otra emergencia y no sabemos cuánto tardará en volver. ¿Te apetece fruta o un sándwich?

–Mejor un poco de queso.

–¿Por qué no invitas a Carly a casa? –lo que faltaba, Roberta estaba disgustada y no tenía hambre. Tenía que conseguir un ambiente de normalidad–. Me gustaría conocerla.

–No tengo su número de teléfono.

–Puedo preguntárselo al guardabosque Sims. Seguramente está de servicio.

Annie volvió a su despacho por lápiz y papel. Con la excusa, intentaría averiguar el paradero de Chase.

Al padre de Carly le encantó la idea de que Roberta quisiera jugar con su hija y le dio el número de teléfono de su casa, pero, lamentablemente, su explicación no le sirvió.

–Chase trabaja con los federales para intentar arrestar a los que cultivan marihuana en el parque.

–Gracias, Mark. Ya hablaremos.

Annie colgó sin sentirse tranquila. Mark había contestado con demasiada rapidez. Sabía bien lo que había visto la noche anterior. La repentina palidez de Chase lo había delatado.

–Toma el número –le pasó a Roberta el papel y el teléfono–. Yo seguiré trabajando.

–Muy bien. Si la dejan venir, ¿podemos hacer palomitas?

–Claro –contestó su madre, cada vez más convencida de que la emergencia no tenía nada que ver con el parque. El agujero de su estómago se hacía cada vez más profundo.

–¿Todavía no estás lista, cariño?

–No quiero ir a truco o trato sin papá –gritó Roberta desde el dormitorio–. ¿Crees que le habrá pasado algo?

–No, no lo creo.

–Pero hace tres días que se marchó –lloriqueó la niña.

–Es un guardabosque con grandes responsabilidades. A veces tiene que trabajar en casos de los que no puede hablar. Me temo que tendremos que acostumbrarnos a ello –el discurso iba dirigido a ambas–. Si te quedas encerrada en tu habitación, Nicky se pondrá

muy triste, por no hablar de ti. ¿Crees que tu padre se alegraría al saberlo?

–No –contestó Roberta tras unos minutos de silencio.

–¿Y qué has decidido hacer?

–Iré.

–¿Te has quitado ya los rulos?

–Sí. Y utilicé tu laca para ahuecar el pelo.

–Apuesto a que te ha quedado perfecto. Me muero de ganas de veros a Nicky y a ti disfrazados de magos. Menos mal que podéis llevar los abrigos debajo. –Rachel le ha comprado una peluca y unas gafas. Está igual que Harry.

–Seréis la atracción de la noche –Annie rió.

–Papá iba a traerme su varita mágica.

–Quizás sea mejor que no la lleves –«no pienses en Chase ahora»–. Los demás niños la querrán.

–Lo sé. Nicky va a llevar la suya –Roberta abrió la puerta, pero quien se dirigió a Annie con la nariz apuntando ligeramente hacia arriba fue Hermione.

–¡Estás idéntica a ella!

–Tú debes de ser alguna princesa india –sin abandonar su papel de Hermione, Roberta miró a su madre de arriba abajo–. ¿Quién eres exactamente?

–Se supone que era un secreto. Quería comprobar si tu padre lo averiguaba.

–Mi padre es brillante –afirmó la niña con un tono de superioridad–. Por supuesto que lo sabría… si estuviera aquí.

Las dos se echaron a reír. Bendita niña. Contribuía a aliviar parte de la tensión que sentían por la ausencia de Chase. Era lo más animada que había estado su hija en varios días. Annie rezó para que su buen humor durara, al menos, toda la noche. Se abrazaron, aunque sin demasiada fuerza para no manchar a Roberta con su maquillaje.

Un grueso trazo negro en los ojos y una capa de maquillaje más oscuro habían creado la ilusión de la princesa Tee-Hee-Neh. Ron Sadler le había prestado el vestido de una amiga. Por más que le hubiera gustado llevar los mocasines que había comprado en la tienda de regalos, tendría que guardarlos para la fiesta que tendría lugar después en casa de Mark Sims, porque había empezado a nevar.

Lo único auténtico del disfraz era una cinta tejida para el pelo, antiguamente llevada por las mujeres Ahwahnee que solían vivir en Yosemite. Tras un par de intentos con la mano libre, consiguió ajustarla a la frente. Según la leyenda, Tee-Hee-Neh tenía unos cabellos oscuros que llevaba sueltos, igual que ella. Con la esperanza de impresionar a Chase, a pesar de la escayola, no se había divertido tanto en años.

–¡Yo voy! –el timbre de la puerta sonó, como si su mente hubiera conjurado la aparición.

Roberta salió corriendo seguida de su madre, que tenía el corazón en un puño. Al abrir la puerta fueron sacudidas por una ráfaga de aire gélido. Fuera encontraron a Harry Potter con una calabaza de plástico para llenar de caramelos. Iba acompañado de una bruja y de la Parca, de al menos dos metros de altura, vestida de negro.

–¡Madre mía! –Roberta le quitó las palabras de la boca a su madre. Vance daba miedo.

–Entrad todos y cerrad la puerta –les urgió Annie–. Vaya, vaya, señor Potter, si me parece estar en Hogwarts.

–Gracias –Nicky rió–. Tú estás muy guapa.

–¡Gracias! ¿Roberta? Dale a Nicky unos caramelos, después creo que será hora de irnos.

–¡Genial! –Nicky se sirvió dos piruletas antes de salir el primero por la puerta. –Dejemos el resto en el porche para los demás niños que vengan.

–De acuerdo.

Una vez hubieron salido todos, Annie se echó el abrigo sobre los hombros y cerró la puerta. Fuera parecía un cuento de hadas invernal. Todo el mundo iba disfrazado y daba la sensación de que cualquier cosa sería posible y cualquier sueño podía volverse realidad.

¿Dónde estaba Chase? ¿Cómo iba a soportar otra noche sin él?

Tras parar en varias casas, llegaron a la de los Sims con las calabazas de plástico llenas de caramelos. Debía de haber unas treinta personas reunidas. Entre la comida y los premios todos iban a sufrir una subida de azúcar durante días.

El premio al disfraz más abominable fue, lógicamente, para Vance. Rachel fue coronada como la mejor bruja embrujada. Nicky y Roberta se hicieron con los premios a los disfraces más fieles a los

personajes cinematográficos. Carly ganó el de la más guapa por su disfraz de Campanilla. Tres de los niños iban disfrazados de vampiro y Brody ganó el trofeo al más sangriento, mientras que los otros dos consiguieron el del más espeluznante y el del más terrorífico. Todos ganaron. Annie se llevó el premio al del mejor personaje histórico.

Tras recibir su premio, un vale para alquilar una película, Annie se acercó al ponche y se sirvió. La Parca apareció a su lado.

–Me has vuelto a asustar, Vance.

–Sólo quería decirte que si la princesa Tee-Hee

Neh era tan hermosa como tú, entiendo cómo empezó la leyenda. –¡Chase! –gritó ella tan entusiasmada que casi tiró el ponche.

–Ven conmigo –él dejó el vaso en la mesa y, sin decir más, la llevó hasta el cuarto de la lavadora, entre la cocina y el garaje. Cerró la puerta y quedaron a solas.

–Antes que nada, necesito algo –se quitó la careta del disfraz y la miró con ojos que emitían destellos de plata. Después se besaron como solían hacer tras volver de la excavación. Su deseo entonces había sido insaciable, pero aún más en esos momentos.

Durante unos minutos se devoraron tras sufrir una privación de tres días. Transportados por la pasión, ninguno de ellos fue consciente del paso del tiempo.

–Casi me muero de preocupación –al fin Chase le permitió respirar. –Lo sé –susurró él contra sus labios–. Perdóname una vez más. –No hay nada que perdonar. Soy muy feliz por poder abrazarte otra vez.

–Jamás quise dejarte ir. La llamada de la otra noche era de Sid Manning. Vance está al corriente de mi inclusión en el programa de protección de testigos y Sid se inventó un código de emergencia para los tres. Era una precaución necesaria por si éramos vigilados o intervenían nuestros teléfonos. Tenía la esperanza de no tener que utilizarlo nunca, pero…

Annie lo abrazó con más fuerza.

–Nada más irte, Vance vino a buscarme y me llevó al aeródromo. Me dijo que Sid se reuniría con mi helicóptero en Bishop. El piloto fue informado de una emergencia.

–¿Te dijo Vance algo más?

–Me temo que sí –Chase hizo una mueca de disgusto y ella se estremeció–. Sid le avisó de que debía estar preparado por si tuviera que nombrar a otro como ayudante en jefe.

Ella contuvo el aliento.

–Al oírlo, le pedí que diera media vuelta porque Roberta y tú os veníais conmigo. Ya había estado en el infierno, y había vuelto. De ninguna manera iba a abandonaros otra vez, pero Vance había recibido instrucciones. Sid quería verme sólo a mí, pero habían puesto en marcha todos los controles de seguridad para que no corrieseis ningún peligro en mi ausencia –sujetó a Annie por los hombros con fuerza–. ¿Te imaginas cómo me sentí al oírlo justo después de que acabaras de aceptar casarte conmigo?

–Te pusiste tan pálido… –susurró ella–. Fue un momento horrible.

–Durante los últimos días he sido retenido por hombres de la contrainteligencia, repasando grabaciones relacionadas con conversaciones relevantes a la colocación de la bomba de Kabul de hace diez años –sus miradas se fundieron en silenciosa comprensión.

–¿Y por qué ahora? ¿Es porque volvemos a estar juntos?

–No, cariño –le aseguró él–. Tiene que ver con Lon Wiseman.

–Lo recuerdo. Era el israelí de la Universidad de Jerusalén que trabajaba en la excavación.

–Lon es el otro hombre que escapó a la muerte –Cha-se asintió–. Últimamente su nombre aparece en las grabaciones. Parece que tienen pruebas de que se oculta en Israel. Los terroristas, evidentemente, jamás dejaron de buscarlo, ni a mí, pero no tienen ni idea de mi paradero.

–O sea que te siguen buscando…

–Nunca abandonan –apoyó la cabeza de Annie contra su pecho–. Uno de los efectivos más destacados insistió en que el espía que me reconoció antes de que abandonara el ejército cree que me ocultan unos amigos en China. Otro está convencido de que en Pakistán, y un tercero se aferra a la posibilidad de que he vuelto a Estados Unidos, pero tampoco están seguros de que no siga en el ejército.

–Menos mal que aún no saben nada.

–Está claro que no, pero esos asesinos son los mejores rastreadores del mundo. Aunque llevo tres años aquí sin sufrir ningún incidente, algún día una pista los traerá a Yosemite. Saber que Al-Qaeda no ha cesado en su persecución nos obliga a tomar medidas.

–¿Exactamente qué quieres decir? –Annie lo miró a los ojos.

–Que esta amenaza no va a desaparecer. Cuando le digamos a Roberta que vamos a casarnos, tendremos que hacerle saber cuál es la situación y que puede que nos veamos obligados a cambiar de identidad y lugar de residencia sin previo aviso. Mientras tanto, tú y yo debemos decidir si, de momento, seguimos en Yosemite o no.

–Por el peligro en que pondríamos a todos.

–Sí. Nuestros amigos. Tus padres.

–¡Chase! –ella lloró contra su pecho.

–Mi angustia es saber cómo protegernos a todos –él la acunó con ternura.

–Estamos juntos otra vez, ¿verdad? –ella al fin alzó la cabeza.

–Sí. –Y eso es lo más importante. ¿Tenemos tiempo para decidir qué vamos a hacer? –Sí, sí, ¡sí! –los ojos de Chase ardían de amor–. Eres fuerte, Annie. Lo conseguiremos. Sus labios volvieron a fundirse en el instante en que alguien intentó abrir la puerta.

–Cuando volvamos a tu casa –Chase la soltó a regañadientes–, lo retomaremos donde lo hemos dejado. Pero ahora, ¡disfrutemos de la fiesta! –exclamó antes de colocarse de nuevo la careta del disfraz.

–Lo siento –balbuceó Annie, ruborizada, al encontrarse a la esposa de Mark junto al fregadero de la cocina.

–No pasa nada –la otra mujer, disfrazada de vampiresa, sonrió mientras le entregaba un pañuelo–. Toma, se te ha corrido el maquillaje.

Chase se echó a reír mientras tomaba el pañuelo y le arreglaba el maquillaje.

–¿Sabes que todos los hombres de esta habitación me envidian? –proclamó al volver con ella al salón.

–Gracias por el cumplido. Ojalá pudiera decir lo mismo, pero estoy de acuerdo con que Vance se llevara el premio al disfraz más abominable. Vosotros dos deberíais ser exterminados.

Los dos se echaron a reír, atrayendo la atención de Roberta, seguida de Nicky, que lanzaba conjuros a diestro y siniestro. Se quedaron perplejos ante la presencia de dos personificaciones de la muerte en la misma habitación.

–Hola, cielo –Chase tomó a su hija en brazos.

–¡Papá! –gritó ella mientras lo abrazaba con fuerza–. ¿Cuándo has llegado?

–Hace un rato. Entré por el garaje de Mark.

–Tengo que decirle a papá que estás aquí –Nicky lo miraba espantado.

Todos se sintieron aliviados ante el regreso de Cha-se. Pero nadie tanto como Annie.

Mientras Nicky iba en busca de sus padres, Roberta le enseñó los vales de helados que habían ganado. Cha-se era como un imán. Los demás guardabosques se congregaron en torno al ponche para hablar con él. A Annie no le importó.

Nada importaba, porque había vuelto. La idea de que en poco tiempo estarían a solas la inundó de calor por dentro. Menos mal que no se había quedado en su casa lloriqueando, tal y como había deseado, igual que Roberta. Su llegada había convertido aquello en una verdadera fiesta que siguió durante otra media hora más antes de que algunos de los guardabosques se ausentaran para cubrir sus turnos.

Vance reunió al grupo de seis y, tras despedirse de sus anfitriones, se encaminaron juntos hacia sus casas. Todos coincidieron en que había sido el Halloween perfecto. Los niños protestaron cuando Annie y Rachel les recordaron que había colegio al día siguiente y que debían irse a la cama. Las dos familias se separaron al llegar a la esquina.

–Mañana te veo, Roberta. Trae tus caramelos. Yo traeré los míos.

–Me parece que no –intervino Vance.

–¿Por qué?

–Porque Chase y yo tenemos pensado comérnoslos todos en el trabajo.

Chase soltó una carcajada, pero a Nicky no le pareció divertido.

–¿Puede hacer eso, mamá?

–Eso me temo. Es el jefe de los guardabosques.

–Pero eso no le da derecho a comerse los caramelos –susurró Roberta al oído de Annie. –Sólo está de broma. –Ah –Roberta seguía un poco recelosa–. Hasta lue

go, Nicky. –¿Lo ves? –mientras se alejaban oyeron la risa de Nicky–. Vance adora a Nicky. –¿Qué cuchicheáis vosotras dos? –quiso saber Cha-se.

–Esperábamos que vinieras a casa con nosotras –Annie le guiñó un ojo–. Vamos a encender la chimenea y a ver una película de Charlie Brown.

Ante la inesperada invitación, Roberta pareció a punto de estallar de felicidad. No era más que el principio. Annie no podía ver el rostro de Chase, pero sabía cómo se sentía.

–Estupendo –Chase llegó el primero al porche y recogió el cuenco de caramelos que habían dejado para los niños. Sólo quedaba una piruleta.

–Me cambio de ropa y enseguida estoy con vosotros –anunció Annie una vez dentro.

–A mí me gusta como estás –Chase se quitó el disfraz y reveló al hombre al que ella amaba por encima de toda lógica.

–¿Has adivinado de qué iba disfrazada? –Roberta sonrió a su padre.

–¿Podría ser de la princesa Tee-Hee-Neh?

–¿Cómo lo sabías?

–Sé muchas cosas –bromeó él–. Era una hermosa princesa, la más bella de las hijas del jefe Ahwahnee. Cautivó los corazones de todos los habitantes del valle de Yosemite. Según la leyenda, era firme como el abeto blanco, pero flexible como el alerce. Sus negros cabellos eran de seda y, sus movimientos, gráciles como los de un fauno.

Annie, que ya se había cambiado y unido a ellos, se estremeció. ¿Cuándo se había aprendido esa leyenda de memoria?

–Cada mañana salía de su tienda y corría a un lugar secreto para encontrarse con su amado. Pero una mañana lo halló muerto, aplastado por una roca mientras disparaba flechas. Se arrodilló junto a él y, al ver que no despertaba, ella también murió. Y desde entonces aquel lugar se conoce como Flecha Perdida.

Annie fue repentinamente consciente de que aquélla casi podría ser su historia.

–Nicky me dijo que Flecha Perdida está más allá de la cascada –Roberta estaba entusiasmada–. ¿Podemos subir algún día?

–Lo haremos, cariño.

–Roberta, ¿por qué no te pones el pijama antes de que empiece la película?

–De acuerdo. Enseguida volvemos, papá. No te marches.

–No me iré a ninguna parte.

CAPÍTULO 10

LA VISIÓN de Annie con la bata de terciopelo azul que él le había regalado lo transportó diez años atrás en el tiempo. Se había quitado el maquillaje que la había transformado en princesa india. La deseaba tanto que le dolía respirar.

–¿Annie? –su propia voz le resultó ronca. Le agarró la mano y la atrajo hacia el sofá, sentándola sobre su regazo–. Tengo que decirte algo más antes de que venga Roberta.

–¿Qué más podría haber? –Annie se estremeció y lo miró fijamente con un destello de pánico.

–Tiene que ver con mi condición física.

–¿Contrajiste alguna enfermedad en Oriente Medio?

–Aún puedo hacerte el amor –casi había acertado–. Pero no podré darte más hijos, en caso de que quisieras. Necesito saber qué opinas antes de hablar con Roberta.

–Ya me has dado la hija más maravillosa del mundo –ella lo rodeó por el cuello y lo besó–. Si decidimos que queremos tener más, siempre podemos adoptar. ¿Qué opinas?

–Que no me puedo creer que esté sucediendo –él enterró el rostro en su cuello e, incapaz de contenerse, la besó con un ansia que escapaba a todo control–. Necesito amarte.

–Te deseo tanto que me duele –susurró ella antes de demostrárselo con ardientes besos sobre el rostro, como solía hacer años atrás mientras él olvidaba dónde estaba.

–¿No queréis ver la película?

Exultantes, no se habían dado cuenta de la presencia de Roberta. Chase levantó la vista y vio a su hija junto al televisor con un pijama rosa y aún peinada como Hermione.

–Pon el DVD, cariño y ven a sentarte a mi lado.

–Haré unas palomitas –una sonrisa irrumpió lentamente en el rostro de Annie. –Me parece un plan estupendo. Chase tenía también un plan que pondría en marcha enseguida. Consultó el reloj. Eran las diez y cuarto. Lo anunciaría en diez minutos. El mero hecho de pensarlo aceleraba los latidos de su corazón, ese órgano que ya debería haberle traicionado.

Roberta tomó el mando y enseguida empezaron a reír ante la aparición de los personajes de Charlie Brown.

Annie regresó con las palomitas y se sentó al otro lado de su

hija. Aquello era el paraíso. El escenario con el que había soñado durante los últimos diez años.

–Ojalá tuviéramos un perro como Snoopy, mamá.

–Eso dicen todos los niños que ven esta película.

–¿Y por qué no nos conseguimos uno? –Chase pulsó el botón de pausa. –¿Quieres decir para que viva aquí? –Roberta se puso en pie de un salto.

–Suponiendo que decidamos vivir aquí.

–Pero tú vives a la vuelta de la esquina.

–Cierto –Chase podía leer la confusión en los ojos de su hija–. Y estoy harto de ir de tu casa a la mía.

¿Qué te parece si elegimos una de las dos casas y vivimos todos juntos? –¿Y a ti te gustaría, mamá? –Roberta se quedó sin habla y el miedo asomó a sus ojos. La sangre martilleaba en los oídos del guardabosque mientras esperaba una respuesta.

–Es lo que más deseo en el mundo.

–¿Lo dices en serio? –exclamó incrédula la niña mientras se arrojaba en brazos de Annie.

–Tu mamá y yo vamos a casarnos en cuanto podamos –Chase hundió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un anillo–. He querido darle esto desde el día que fui a vuestro apartamento en Santa Rosa –se volvió a Annie y la miró con solemnidad–. Antes de la explosión te lo propuse y aceptaste. Ahora lo hago oficialmente ante nuestra hija. Ten cuidado con tu respuesta, porque es para siempre.

–¡Di que sí, mamá!

–Sí –contestó Annie con voz temblorosa.

–Tengo pensado tomarme dos semanas libres para la boda y la luna de miel, empezando por el fin de semana de Acción de Gracias.

–¡Eso será dentro de tres semanas! –gritó Roberta mientras abrazaba a su padre con fuerza.

–Para entonces ya le habrán quitado la escayola a tu madre.

–¿Dónde os vais a casar?

–Aquí en el parque. En una ceremonia pequeña y tranquila. Me gustaría hacerlo en una iglesia y luego irnos de luna de miel a algún lugar exótico, pero no sería prudente.

–¿Y qué haréis?

–Nos casaremos en esta casa –Chase besó a su hija en la frente–,

y aquí celebraremos la luna de miel. Tus abuelos podrían quedarse aquí unos días mientras tu mamá y yo nos conocemos mejor en la mía. Después decidiremos dónde vamos a vivir.

–Creo que vamos a tener que ir de compras a San Francisco –Annie captó el mensaje implícito en la frase de Chase y abrazó a su hija–. Necesitaremos algo bonito para la boda.

Roberta lloró de felicidad y Chase pensó que aquél era el momento de suprema felicidad. Se acercó a Annie y deslizó el anillo de diamante en su dedo. En cuanto Roberta se fuera a la cama, le demostraría a esa increíble mujer lo que significaba para él.

–Cariño –susurró ella mientras lo besaba en la boca con avidez.

–Lo celebraremos cuando se haya dormido –dijo él.

Los tres volvieron a sentarse en el sofá. Chase acababa de pulsar el botón del mando cuando se produjo un ruido ensordecedor. El suelo tembló. Roberta chilló y se puso en pie de un salto.

–¿Ha sido un terremoto? –Annie miró fijamente a su prometido.

–No –Chase ya estaba en pie poniéndose el abrigo–. Un deslizamiento de rocas. El ruido es muy característico. Viene de Curry Village.

–¿No fue allí donde sucedió el último?

–Sí. Tenía el pálpito de que volvería a ocurrir, pero esta vez ha sido mucho más grande –con suerte, las cabañas aún abiertas habrían escapado a la catástrofe–. No os mováis de casa. Cuando la humedad penetra en las grietas y los trozos de piedra se desprenden y un polvo llamado harina de granito es pulverizado durante horas en el ambiente. No quiero que lo respiréis.

–¿Y qué pasa contigo? –exclamó Annie.

–Tengo una mascarilla en la camioneta. Ya veremos la película mañana. Podríamos invitar a los Rossiter. Sed buenas y hacedme caso.

–Ten cuidado, papá.

–Cuidado es mi segundo nombre –Chase abrazó a su hija antes de tomar el rostro de Annie entre las manos y besarla apasionadamente.

El trayecto hasta Curry Village no le llevó mucho tiempo. Algunos de los chicos ya estaban en el lugar, muy parecido a un escenario de guerra. Al acercase vio a Vance ayudar a un aturdido turista a salir de su tienda. Agarró la caja de herramientas y se

apresuró hacia los demás, agradecido de que sus chicas no estuvieran por la zona.

A la mañana siguiente habían evacuado a los cuatrocientos turistas a otros alojamientos. Únicamente dos habían necesitado asistencia médica. No había heridos de gravedad.

–Supongo que habrás visto cómo han quedado las cabañas que cerramos el otro día –Vance se le acercó cuando estaba a punto de volver a la camioneta.

–De no haberse producido ese primer deslizamiento, ahora estaríamos desenterrando cadáveres –Chase asintió–. Esta noche hemos esquivado otra bala.

–Pues sí –el jefe se limpió el polvo de los labios–. Hora de volver a casa, aunque me temo que Nicky me confundirá con el abominable hombre de las nieves.

Chase soltó una carcajada y dijo:

–Mañana por la noche trae a tu familia a casa de Annie. Bueno, esta noche, supongo. Ya no sé en qué día vivo. Vamos a ver *La gran calabaza*.

–A Nicky le encantará. Se lo diré a Rachel.

Agotado físicamente, aunque emocionalmente hiperactivo, Chase condujo a toda prisa de vuelta a la casa. Se moría de ganas de ver a Annie, pero antes necesitaba comer, una ducha y dormir. La luna de miel le parecía excesivamente lejana.

–¿Mamá? –gritó Roberta desde el salón–. La abuela quiere hablar contigo.

Era la segunda llamada del día. A pesar de que sus padres conservaban la calma, Annie sabía que estaban preocupados por el desprendimiento de rocas. Siempre parecía estar sucediendo algo en el parque, pero estaba tan enamorada de Chase que no le importaba.

–Trae el teléfono a la cocina, por favor –había decidido preparar un asado de cordero. Tras salir del colegio, Roberta había pelado las verduras mientras ella hacía panecillos. Enseguida podrían comer.

–Toma. –Gracias –tomó el teléfono con la mano libre–. Hola, mamá. –Las noticias de la televisión no paran de hablar sobre el desprendimiento.

–Lo sé. Da miedo pensar en lo que sucedió.

–¿Y qué opina Chase al respecto?

–No lo sé –la mención de su nombre hizo que se le acelerara el pulso–. No sé nada de él desde anoche. Trabajaron hasta esta mañana y debe de estar durmiendo.

Bill Telford había telefoneado para recordarle que tenían una cena pendiente para el día siguiente. Si intentaba convertirlo en algo más que un asunto profesional le diría que iba a casarse, aunque fuera un secreto. Por el bien de Roberta le había pedido que fuera una cena temprana y la habían fijado a las seis de la tarde.

No sabía si Chase estaría disponible para ocuparse de la niña. En caso de que tuviera que trabajar, Rachel la había invitado a que fuera a su casa a jugar con Nicky.

–Pareces muy feliz, cariño.

–Lo soy, mamá. Roberta y él son mi vida.

–Así debería ser. Nos mantendremos en contacto.

–Prometo llamar en cuanto sepa algo de Chase.

–De acuerdo.

–¿Mamá? –Roberta esperó a que colgara–. ¿Puedo llamar a papá para saber a qué hora viene? –Adelante. La cena está lista –tras sacar el asado del horno metió los panecillos.

–No creo que esté. No para de sonar.

–Pues llama al cuartel general. Ellos sabrán dónde encontrarlo. –Muy bien –un minuto después, informó a su madre–. Papá está libre hasta mañana.

–Entonces, seguro que estará durmiendo. Tengo una idea: llevemos toda la comida a su casa. Podemos irnos en cuanto estén hechos los panecillos.

–Iré a buscar la llave que me dio –Roberta no necesitó que la animaran más.

–Mientras meto las cosas en el coche, ve a buscar *La gran calabaza*.

–De acuerdo.

Pocos minutos después salían del garaje y se dirigían a casa de Chase.

–Abriré con la llave –decidió Roberta.

–Adelante. Le encantará que le hayamos traído la cena –ambas llevaron las cosas a la cocina–. ¿Por qué no pones la mesa? Yo voy a ver si está durmiendo.

–¿Crees que lo estará?

–A lo mejor está en la ducha. Volveré enseguida –lo último que quería era que fuera Roberta quien lo encontrara. Si no estaba vestido, la impresión que se iba a llevar al ver las cicatrices sería enorme. Antes de enseñárselas tendría que hablar con ella y prepararla.

Con el corazón en un puño se asomó al dormitorio. Para su alivio lo encontró tumbado boca abajo sobre la cama con las sábanas enrolladas alrededor de las largas y musculosas piernas. La espalda estaba al desnudo. Cerró de inmediato la puerta y apoyó la espalda contra ella.

–¿Chase? –llamó en voz baja–. ¿Cariño? –insistió un poco más alto.

–¿Annie? –Chase se volvió antes de sentarse en la cama y cubrirse con la sábana.

–Lo siento, pero ya son las seis de la tarde. Hemos traído la cena. Si no te apetece comer, te dejaremos tranquilo para que sigas durmiendo.

–¿Quieres decir que he dormido once horas? –Cha-se se pasó las bronceadas manos por los cabellos–. No me lo puedo creer.

–Lo necesitabas –la vulnerabilidad que nunca mostraba a los demás la emocionó.

–¿Está Roberta aquí?

–Sí. Está poniendo la mesa. Me he asegurado de que no te viera primero.

–Me afeitaré y me reuniré con vosotras en unos minutos.

Sus miradas se fundieron comprensivas. Annie habría preferido quedarse para seguir mirándolo. Aquel verano en Kabul no habían dormido mucho. En muchas ocasiones lo había encontrado en la cama, esperando a que ella volviera para poder hacer el amor una y otra vez. Reprimió un gemido y se reunió con Roberta.

–Pues sí que estaba durmiendo.

–Debía de estar muy cansado –el rostro de la niña se relajó. –Estuvo en pie toda la noche. ¿Habrá mantequilla para los panecillos?

–Ya la había encontrado. Y también mermelada.

–Perfecto.

Un festín digno de un rey. Fue el primer pensamiento de Chase al entrar en la cocina. Se sentía un hombre nuevo.

El olor a cordero asado aromatizado con menta lo llenaba todo. ¿Cuántas veces habían comido kebab de cordero asado al fuego? Era su comida preferida, aunque apenas la había probado desde su llegada al parque. Le gustaba acompañado de zanahorias y cebollas y todo ello requería una elaborada preparación.

–Es la mejor comida que he probado jamás –Chase tomó a Roberta de la mano.

–Yo pelé las verduras –la sonrisa inocente de la niña siempre lo cautivaba.

–Pues están perfectas. Como todo lo demás –su mirada se dirigió a Annie–. Como tú.

–Lo mismo digo –ella le sostuvo la mirada.

–He traído la película, papá.

–Estupendo –contestó él sin dejar de mirar a Annie–. ¿Roberta?

–¿Sí?

–¿Me harías el favor de llamar a Nicky? Mi teléfono está en el dormitorio. Pulsa el dos. Los invité a tu casa esta noche para ver a Snoopy. Diles que vengan aquí. Roberta soltó otra exclamación de alegría y corrió al dormitorio en busca del teléfono. –Annie, ven aquí. Nunca tenemos un segundo para estar solos.

Alargaron los brazos al mismo tiempo y Chase ni siquiera intentó hablar. Sólo era capaz de expresarse con los labios y el cuerpo mientras la atraía hacia sí.

Acabaron en el salón, sobre el sofá de cuero. Ella estaba hermosa y sofisticada con su blusa de color azul marino y los pantalones de lana gris. No podía dejar de mirarla.

Con excesiva rapidez, para su gusto, la euforia fue interrumpida por el sonido de voces en la puerta. A regañadientes tuvo que despegarse de la boca de Annie.

–¡Eh! –la vocecilla de Nicky llenó la habitación–. ¿Por qué se están besando?

–¡Porque la quiere!

–¿Y por qué ella le devuelve el beso?

–¡Porque lo quiere!

–Amo a tu tío Chase, y vamos a casarnos. Me ha regalado un diamante. ¿Quieres verlo? El niño corrió a examinar el anillo. –¿Te gustaría venir a nuestra boda? –le preguntó

Annie. –¿Puedo? –Nicky soltó un grito de alegría y se volvió hacia sus padres.

La algarabía estalló cuando Vance se abrazó a Cha-se. Annie no oía lo que decían, pero jamás había visto a dos hombres más felices.

Intercambió una mirada de complicidad con Rachel. En muy poco tiempo se habían hecho buenas amigas.

Rachel se acercó y, con ojos brillantes de emoción, inspeccionó el anillo de compromiso.

–Menos mal que os habéis vuelto a encontrar. Cha-se es tan diferente del hombre que conocí en junio que casi no lo reconozco. Y tú también has cambiado.

–Hemos tenido que aclarar muchas cosas –Annie asintió. Aún les quedaba mucho por hacer y, sin duda, a Chase siempre le quedarían algunos demonios con los que lidiar. Pero sentía una gran satisfacción al saber que estaría a su lado para amarlo.

–Me gustaría ayudar con los preparativos de la boda.

–A los dos nos gustaría –afirmó Vance–. Estás a punto de casarte con uno de los hombres más formidables que conozco –viniendo del jefe, no había mayor elogio–. Dado que la boda debe ser discreta, ¿por qué no os casáis en nuestra casa? El ministro de Oakhurst estaría encantado de oficiar la ceremonia.

–Me parece una idea maravillosa, Vance –afirmó Annie tras consultarlo silenciosamente con Chase, cuya sonrisa lo decía todo–. Muchísimas gracias.

–Para nosotros será un placer. Mantendremos el secreto hasta el gran día. ¿Lo has entendido, chaval?

–¿Entender el qué? –Nicky levantó la cabeza de los panecillos que estaba comiendo.

–La boda debe ser un secreto por ahora.

–De acuerdo. No se lo diré a nadie. ¿Podré llevar traje de etiqueta como en vuestra boda?

–Insisto en ello –Chase le frotó la cabeza–. Os harán muchas fotos a Roberta y a ti.

–¿Sabes qué, Nicky? –exclamó Roberta–. Papá dice que vamos a tener un perro.

–¿De qué clase?

–Un Snoopy.

–Oye, papá… –los ojos del niño se abrieron de par en par. –Lo he oído –Vance rió–. Podríamos ir juntos para que elijáis cada uno al vuestro. –¿Qué clase de perro te gustaría tener a ti? –preguntó Roberta.

–Un chucho, como el que solía tener papá.

–Ésa no es ninguna raza –dijo Roberta.

–En realidad, es una mezcla de muchas razas –Annie la corrigió para no herir los sentimientos de Nicky. –Eso. –¿Quieres ver *La gran calabaza*? –la niña cambió de tema enseguida.

–Creo que es una idea estupenda, cariño. Vamos, sentaos –Chase apagó la luz y lo siguiente que supo Annie fue que la había sentado sobre el regazo, su lugar preferido en el mundo–. Casi el paraíso –susurró él mientras le apartaba un mechón de cabellos del cuello, provocándole una oleada de deseo.

Tuvieron que emplear toda su capacidad de control para aguantar hasta el final de la película sin devorarse el uno al otro. De algún modo, Chase lo consiguió sin problemas, pero a Annie le resultó mucho más difícil. El anuncio de Rachel de que había llegado la hora de que Nicky se fuera a dormir llegó como agua de mayo.

Annie se puso en pie sobre dos temblorosas piernas y despidió a los invitados junto a Chase. Al cerrar la puerta se encontró atrapada en un fuerte abrazo. Chase encontró su boca y el beso tanto tiempo postergado empezó a convertirse rápidamente en otra cosa.

–Te comería viva.

–No podemos… Roberta está medio dormida en el sofá.

–Lo sé –él gruñó–. No estaremos a solas hasta que seas mi esposa. Y para eso aún faltan tres semanas y media. Quiero una auténtica noche de bodas. Fingiremos que es nuestra primera vez.

–A mí también me gustaría que fuera así –ella se mordió el labio. La espera iba a matarla. –Venga –Chase volvió a besarla apasionadamente–. Os acompañaré a casa.

–Los platos…

–Ya los friego yo. Cuando vuelva me va a sobrar energía y me alegraré de tener algo que hacer hasta que pueda hacer lo que de verdad me apetece. Annie sabía exactamente a qué se refería.

Tres semanas después, bajo la atenta mirada de Roberta, el médico retiró la escayola. –Ya está –anunció tras lavarle el brazo a Annie–. ¿Cómo se siente? –Como si mi cuerpo se hubiera vuelto más ligero de un lado –ella sonrió. –La sensación le durará unos días. La radiografía muestra una soldadura perfecta.

–Eso supone un gran alivio.
–¿Te alegras de que te la hayan quitado, mamá?

–No te imaginas cuánto –la escayola había sido como un muro que la separaba de Chase, aunque casi mejor así. En cuarenta y ocho horas sería su esposa. Sólo de pensar en ello le subía la fiebre–. ¿Qué movimientos puedo hacer?

–Los suficientes para disfrutar de la luna de miel –el médico le guiñó un ojo mientras Annie se sonrojaba–. Estaba bromeando.

–Lo sé –ella rió.

El médico era un desconocido. Sus padres las habían llevado a San Francisco para recoger los vestidos y había decidido acudir al cirujano ortopédico que le había recomendado su padre.

–Limítese a volver poco a poco a hacer vida normal y todo irá bien –el doctor sonrió a Roberta–. ¿Cuándo será el gran acontecimiento?

–Pasado mañana.

–Y supongo que te habrás comprado un vestido precioso.

–Es largo y blanco con una banda azul –la niña asintió.

–¿Te hace ilusión tener un papá nuevo?

–Sí –Roberta le dirigió una mirada cómplice a su madre–. Lo quiero mucho.

–Pues yo diría que es el hombre más afortunado del planeta –al decirlo, abarcó a Annie con su mirada.

–Gracias, doctor. Agradezco que me haya atendido tan rápido.

–Ha sido un placer. Felicidades de nuevo.

–Gracias –Annie se levantó de la silla–. ¿Nos vamos? Los abuelos nos esperan en la calle.

–Adiós –Roberta agitó una mano en el aire antes de abandonar la consulta.

Annie vio sonreír satisfechos a sus padres. Habían terminado todos los asuntos pendientes y podían regresar al parque. Le había dicho a Chase que llegarían tarde, de modo que no lo vería hasta la ceremonia, que tendría lugar a las once de la mañana en cuarenta y ocho horas. Mejor así. No se fiaba de sí misma.

Le había comprado un anillo y un regalo especial. También había comprado un regalo para Rachel y Vance. Y Roberta había elegido una sorpresa para Nicky. También llevaban todo lo que sus padres necesitarían mientras cuidaban de Roberta durante una semana.

Siete días a solas con Chase. ¿Cómo iba a soportarlo hasta entonces?

Vance extendió el colchón hinchable de matrimonio en el suelo frente a la chimenea de Chase y empezó a inflarlo con la bomba de la bicicleta.

–Ya me contarás qué tal resulta todo este asunto –Vance levantó la vista–. Después de que salgáis de la hibernación, puede que Rachel y yo os imitemos y celebremos una luna de miel en casa.

–Al menos la primera fue en un hotel con comida y servicio de habitaciones –Chase había dedicado toda la tarde a cortar leña y aún no había terminado de apilarla.

–¿Quieres que te diga la verdad? –su amigo hizo una pausa.

–Eso siempre.

–Habría preferido quedarme aquí y hacer lo mismo que tú. El viaje fue por Nicky.

–Lo sé, pero piensa en los maravillosos recuerdos que guardáis de él –colocó el último tronco encima del montón junto a la chimenea–. Uno de estos días, llevaré a mi familia a algún sitio.

–Annie se vio obligada a vivir diez años sin ti –Vance lo miró con severidad–. Yo diría que Roberta y ella están más que dispuestas a no separarse de ti. Creo que ha llegado la hora de una cerveza. La última tuya como hombre soltero.

–Lo que tú digas, jefe.

***

–Por la autoridad que me ha sido concedida, declaro a Margaret Anne Bower y a Chase Jarvis, marido y mujer. Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre. Puedes besar a la novia.

La novia iba vestida con un traje blanco de seda con botones de perla. Una hilera de perlas idénticas le rodeaba el cuello y en los pies llevaba unos zapatos blancos con tacón de cinco centímetros. A Chase le parecía demasiado exquisita para tocarla.

–No sé si me atreveré –susurró–. Llevo demasiado tiempo deseando ser tu esposo.

–¿No va a besarla? –la pregunta de Nicky, que expresaba la perplejidad de Annie, provocó las risas de los asistentes.

El comentario sirvió para que Chase se relajara y besara a su

esposa. Roberta fue la primera en romper filas para abrazarse a los novios. El siguiente fue Nicky, vestido con su traje negro de etiqueta, idéntico al de su padre y al de Chase.

Después se inició el desfile de familiares y amigos que abarrotaban el salón de Vance transformado por las numerosas flores que lo adornaban.

La pequeña lista de invitados prevista inicialmente había crecido considerablemente. Sólo faltaba una cosa.

–Echo de menos a tus padres –Annie le apretó la mano–. Dondequiera que estén, me gustaría pensar que nos están observando.

A los padres de Chase les habría encantado estar allí. Desde el primer día habían tratado a Annie como a una hija y habrían adorado a su nieta.

–¿Cuándo crees que podríamos marcharnos? –él la atrajo hacia sí para abrazarla.

–Ahora mismo si quieres.

–¿No resultaría descortés?

–Muy descortés.

–Entonces nos quedaremos veinte minutos más –él la abrazó con más fuerza.

–En ese caso, será mejor despedirnos de nuestra hija.

–¿Crees que estará bien? –susurró él.

–Mientras estemos a la vuelta de la esquina, seguro que sí. La pregunta es: ¿estarás bien tú?

–Qué bien me conoces, Annie.

–No hay ninguna ley que te impida llamarla por teléfono.

–¿Cuántos hombres llaman a sus hijos durante la luna de miel?

–Bueno, yo conozco al menos a uno. El guardabosque jefe de todo el parque, como lo llama Nicky, se lo llevó de luna de miel. Y, por cierto nos está mirando y se ríe.

–Y los demás muchachos también. Tenemos que salir de aquí. Busquemos a nuestra hija.

CAPÍTULO 11

TUMBADO frente al chisporroteante fuego, el corazón de Chase latía inmisericorde mientras esperaba a Annie. Durante horas habían hecho el amor.

Tras ducharse juntos, él la había dejado sola el tiempo suficiente para recalentar algo de comida del banquete nupcial. Todo estaba preparado para no tener que moverse en horas.

En el exterior se había levantado un vendaval y estaba previsto que nevara. Normalmente, en noches como aquélla solía sentirse solo hasta límites indescriptibles. Como un lobo solitario rastreando inútilmente a su hembra perdida. En una noche como aquélla, solía desear estar a miles de kilómetros de Yosemite.

Pero esa noche no. Nunca más.

Mientras el viento gemía por los rincones y golpeaba las ventanas, abrazó a Annie contra su cuerpo y dejó que el calor lo consumiera. Ella llenaba los huecos de su alma. Sólo tenía que abrir los ojos y embriagarse de su belleza. Nunca más desearía estar en otro sitio que no fuera en los brazos de esa mujer que había gritado su amor por él una y otra vez.

El cuerpo de Annie se había vuelto más voluptuoso tras dar a luz. Ante la visión de su piel satinada y los brillantes y oscuros cabellos, no podía dejar de decirle que parecía un milagro viviente.

–¿Cariño? ¿Temías que no aparecería? –Annie llegó vestida con la bata azul.

–No me puedo creer que aún la conserves.

–Primero –ella se arrodilló y lo besó en la boca antes de probar la ensalada de cangrejo–, una bata tan bonita como ésta nunca se pasa de moda. Y segundo, era lo único que me quedaba de nuestro pasado para ponérmelo e imaginarme que tenía tus brazos a mi alrededor. Recuerdo cuándo la compraste en ese bazar.

–Me recordaba a ti, sedosa y suave –Chase la acarició bajo la manga.

–Pues a mí me recordaba a ti –Annie sonrió–. La tela está entretejida con hilos plateados muy parecidos al color de tus ojos ahora mismo. Nunca me habían hecho un regalo tan íntimo. Me encantó. Amaba a Robert Myers con todo mi ser. Para una jovencita impresionable que jamás había estado enamorada, resultaba excitante y deslumbrante. Pensé que lo había perdido

para siempre.

La voz se le quebró.

–Pero esta noche lo veo como Chase Jarvis, un hombre cuyo sufrimiento y heroísmo ha añadido grandeza a aquel otro hombre. Amo a este hombre, padre devoto, con toda mi alma. Me siento bendecida por haber tenido el privilegio de ser amada por ambos hombres. Durante el tiempo que estemos juntos, serás mi sueño hecho realidad, Chase.

–Y tú el mío, mi amor –él dibujó las líneas de sus mejillas con un dedo. Ya habían pronunciado sus votos, pero la declaración que ella acababa de hacer se había adherido a su alma–. Me gustaría tener algo de mi pasado para entregarte como recuerdo, pero me temo que todas mis cosas fueron confiscadas.

–Desde tu regreso a mi vida he sufrido por ti de diversas maneras –las lágrimas le dificultaban hablar–. Pensar que toda tu identidad ha sido borrada del mapa, que todo ha desaparecido… –respiró hondo–. Espera.

Annie desapareció envuelta en la bata que producía un sensual crujido con cada uno de sus movimientos. Mientras esperaba, Chase dio cuenta del banquete.

–Cierra los ojos, cariño –cuando fue obedecida, ella se acercó más–. Y ahora, ábrelos.

Chase no sabía qué esperar, pero al ver el retrato al óleo enmarcado de sus padres, tal y como los recordaba unas semanas antes de su muerte, no pudo reprimir el llanto.

–Mis padres conocen a un artista que reprodujo una de las fotos que les hice.

En la parte inferior del marco había una placa con los nombres grabados. Chase estudió sus rostros. El regalo de Annie se los había devuelto.

Incapaz de hablar, hizo lo único que podía y la atrajo hacia sí. Empezaron a besarse otra vez con besos cortos, largos y de toda clase mientras volvían al colchón.

Más tarde, tras saciarse temporalmente, Chase añadió otro tronco al fuego que había quedado reducido a rescoldos. Ella lo miró desde debajo de la colcha.

–Soy tan feliz que no me puedo creer que haya vivido tanto tiempo sin ti. –No quiero pensar en eso –Chase estaba exultante de felicidad–. Sólo importa el ahora. –Métete bajo la colcha, cariño –ella alargó una mano–. Necesito tocarte.

–¿Y crees que yo no? –gruñó él contra el cuello de Annie–. ¿Cómo no me dijiste nunca que te llamabas Margaret? Cuando Mark informó de que la pasajera del helicóptero era Margaret Anne Bower, pensé que la parte de «Anne Bower», tenía que ser una extraña coincidencia, pero jamás creí que pudieras ser tú.

–Mi abuela se llamaba Margaret. De joven no me gustaba que me llamaran así. Me sonaba anticuado y por eso sólo utilizaba Annie.

–Y yo que me enorgullecía de saberlo todo de ti –él la besó fugazmente–. Hasta que te vi inconsciente en el suelo no pude estar seguro de nada.

–Oí tu voz ante de verte y, de repente, estaba otra vez en Kabul –ella le devolvió el beso–. La explosión acababa de producirse y yo intentaba encontrarte.

–Lo sé –le temblaba la voz–. Me llamaste Robert. –Chase –Annie le acarició las mejillas–, ¿pediste que te enviaran a Yosemite?

–No. El programa de protección de testigos lo organizó todo. Yo no pude opinar. He estado pensando sobre lo que deberíamos hacer.

–Yo también.

–¿Y a qué conclusión has llegado? –Chase estudió su hermoso rostro. –Que debemos quedarnos aquí y afrontar lo que pase. –¡Annie! Si hubieras dicho otra cosa… –¿Cómo podría? –los ojos de ella se llenaron de lágrimas–. Nuestra vida está aquí. Sólo tenemos que tener fe y tomar todas las precauciones posibles. Tenía que ser aquí.

Él estuvo de acuerdo. Se habían vuelto a encontrar por algún motivo, pero ¿cuál? ¿Qué podía haber más cruel que saber que su vida pendía de un hilo por culpa de un trozo de metal alojado en el corazón?

–¿En qué estabas pensando ahora mismo? –Annie le alisó el ceño fruncido con un dedo.

–¿Tienes idea de cuánto te quiero? –Chase le tomó la mano y empezó a mordisquear el brazo que se había fracturado. Era doblemente valiosa para él. –Sí –contestó ella emocionada–, pero no has contestado a mi pregunta.

–No era nada importante, mi amor –la colocó encima de él–. No hablemos más. Me gustaría comunicarme contigo de otras maneras,

y no pienso desperdiciar ni un segundo.

La necesitaba tan desesperadamente que le daba miedo. Durante el resto de la noche le hizo el amor con refinada ferocidad, intentando que el tiempo se parara mientas adoraba a aquella mujer en cuerpo y alma.

–¿Roberta? –ocho días después, Chase abrió la puerta de la casa de Annie.

–No –contestó la voz de la abuela desde el pasillo–. Estoy sola. Se va a poner a dar saltos de alegría al saber que habéis vuelto.
–¿Cómo podremos agradeceros vuestra ayuda? –Annie corrió a abrazar a su madre. –Veros a los dos con aspecto de adolescentes enamorados es el mejor regalo.

–No podríamos haber disfrutado de la luna de miel sin la tranquilidad de saberla a cargo de las personas a las que más adora –corroboró Chase mientras abrazaba a su suegra.

–¿Dónde está? –Annie se moría de ganas de verla.

–Se ha ido con tu padre a casa de los Rossiter para saludar a los padres de Rachel. Llegaron esta mañana desde Oakhurst para pasar el fin de semana. Acabo de sacar una tarta del horno e iba a unirme a ellos.

–Ya decía yo que olía divinamente al entrar aquí.

–Roberta me contó que la tarta de manzana era tu preferida –la madre de Annie sonrió a Chase–. Quería que tuvierais algo para picotear a vuestro regreso.

–Si tu hija no me hiciera tan feliz –él la abrazó–, habríamos vuelto ayer, tal y como teníamos planeado. Creo que tomaré un trozo mientras aún sigue caliente.

Se dirigió a toda prisa a la cocina. Se moría de hambre, pero también quería dejar a las dos mujeres solas para que charlaran en privado.

–Lo has transformado en otro hombre.
–Me he casado con el hombre más maravilloso del mundo. –Yo también. Qué suerte tenemos, ¿verdad? –¡Desde luego! –Annie volvió a abrazar a su madre–. ¿Qué tal Roberta? Dime la verdad.

–Mucho mejor de lo que había esperado. Ella y Nicky solían pasear cerca de la casa de Chase. Incluso le oí confesarle a tu padre que no le importaría tener un hermanito.

–Las heridas de Chase le impiden volver a concebir, mamá –era un sueño que debía desechar de inmediato–. Me alegra que Roberta se lleve tan bien con Nicky porque será lo más parecido a un hermano que tendrá.

–Cariño, lo siento.

–Yo también. Chase es un padre tan estupendo que merece vivir todo el proceso conmigo, pero debemos estar agradecidos de que haya vuelto. Y siempre podemos adoptar.

–Por supuesto –su madre ladeó la cabeza–. ¿Sabes que has madurado increíblemente?

–Admito que ha habido un milagro –saber que su marido podría morir en cualquier momento hacía que se despertara a la realidad–. Soy consciente de ello.

–Creo que sólo queda media tarta –Chase entró en el salón y miró a su suegra con gesto de culpabilidad–. Está deliciosa. Espero que no te importe.

–Lo que me importaría sería que no te la comieras.

–Vayamos todos a casa de Vance a recoger a nuestra hija. ¿Dónde está tu abrigo?

–En el armario.

–Yo te lo traigo.

Chase ayudó a la madre de Annie a ponerse el abrigo y abandonaron la casa. La nieve caída días atrás aún perduraba. Al volver la esquina, Annie vio a los niños jugando en el jardín con Vance y Rachel. Habían hecho un guardabosque de nieve con sombrero y todo.

–¡Es el tío Chase! –Nicky fue el primero en verlos.

Roberta se arrojó en brazos de su padre antes de que Annie se uniera a ellos para abrazarse los tres juntos. Por último, Nicky se sumó también al abrazo.

–Me parece que has engordado desde que nos fuimos –Chase besó a su hija.

–Sólo han pasado ocho días, papá.

Annie sonrió para sus adentros. Nada se le escapaba a su hija. Había contado los días.

–¿Tanto? –bromeó su padre.

–Sí –ella se le abrazó con fuerza al cuello.

–¿Os habéis divertido? –quiso saber Nicky.

–Eso mismo quería preguntaros yo –Vance se acercó y los miró con ojos burlones.

–Nos hemos divertido tanto que nos parecía increíble –Annie tomó a Nicky en brazos mientras Rachel soltaba una carcajada.

–¿Qué habéis hecho?

–Pues jugar al Monopoly y leernos cuentos –Chase tomó a Nicky de los brazos de Annie.

–¿En serio? ¿Qué clase de cuentos?

–En cuanto vea vuestro muñeco de nieve te lo diré –a lo lejos, Annie divisó a su padre junto a Minnie y Ted, los padres de Rachel, que bajaban las escaleras del porche. Agarró a su hija de la mano y se dirigieron hacia el muñeco.

–Roberta y yo hicimos la tripa. –Buen trabajo. ¡Oye! –Chase fingió enojo–. ¿Qué hace con mi sombrero puesto? –¡Es el sombrero viejo de papá! –Nicky rió–. ¡Qué divertido eres, tío Chase! Roberta miró sonriente a su madre. Era el día perfecto. «No pienses en nada más que en cosas bonitas, Annie. Hoy no».

Annie aprovechó que Roberta estaba en la bañera para reunirse con Chase en el garaje. Tras subirse a la camioneta, él se asomó por la ventanilla para besarla, pero sin la intensidad con la que desearía hacerlo. De lo contrario, sería incapaz de marcharse.

–Soy peor que Roberta. No quiero que te vayas a trabajar.

–Sabíamos que este día llegaría.

–Pero no me imaginé que fuera a resultar tan duro.

–¿Y crees que yo sí? –contestó él con voz ronca antes de abrir la puerta para abrazarla.

–¡Somos patéticos!

–Peor que eso. Llego una hora tarde.

–Los chicos lo entenderán.

–Ése es el problema. Voy a ser el blanco de las bromas de todos durante semanas.

–Si tú puedes soportarlo, yo también –ella lo miró con ojos brillantes.

–Si no hay ninguna emergencia, volveré a las siete –siempre que la encontrara en casa esperándolo, soportaría cualquier cosa. Pulsó el control remoto para abrir la puerta del garaje y se marchó.

Había llegado a un acuerdo con Mark, que le había permitido tomarse otro día libre. Tras hablar seriamente con su hija, había decidido dedicar ese día a consultar con su cardiólogo en Merced.

Roberta había hablado con el padre de Rachel sobre su corazón. Los médicos le habían dicho que no podían hacer nada

porque la tecnología no estaba lo bastante avanzada. Y, de repente, un día lo estuvo y habían podido operarlo.

Roberta le había insistido a su padre en que su médico se pusiera en contacto con el cardiólogo de Ted en Miami. A lo mejor se podía hacer algo. Con tantos soldados volviendo de la guerra, a lo mejor se había desarrollado alguna nueva técnica quirúrgica.

Chase acababa de pasar una semana en el paraíso. Y quería que continuara. Si había alguna posibilidad para su corazón, estaba preparado para ello, sobre todo ante la insistencia de Roberta. Condujo lo más deprisa que permitía la ley hasta la clínica.

En la consulta del doctor Winder le dijeron que, al no tener cita, tendría que esperar, pero no le importó. Una hora después entró en la sala de reconocimiento. En cuanto apareció el médico, Chase no perdió ni un segundo en explicarle el motivo de su visita.

El médico le hizo una radiografía. Con sus propios ojos, comprobó que el trozo de metralla seguía en el mismo sitio.

–Eso es bueno, pero entiendo que quieras consultarlo con otro cirujano. Por supuesto, todo es posible. Déjale los datos a mi secretaria y ella le enviará tu historial por fax.

Chase no podía pedir más. Le dio las gracias al doctor y se dirigió de vuelta al parque. Todavía podría trabajar la mitad de la jornada. A las cuatro menos cuarto, Roberta apareció en su despacho. Tomaron una zarzaparrilla y hablaron de su visita al médico.

Durante la siguiente semana vivió el momento que siempre había envidiado a los guardabosques casados. Habían decidido vivir en su casa y habían empezado a trasladar todos los enseres de Annie tras terminar la jornada de trabajo. Cuando terminaran, irían a Oakhurst con Vance y su familia. Conocía un lugar en el que podrían elegir un perro.

Intentó mantener los pensamientos negativos a raya. Pero el martes, mientras estaba en una conferencia con Vance y otros guardabosques, su médico telefoneó.

–¿Chase? Esto es lo que he averiguado –le explicó todo–. Piénsatelo y vuelve a llamarme.

–Claro. Gracias.

–¿Qué sucede? –Vance entró en su despacho–. Tienes una mirada muy rara. ¿Le pasa algo a Annie o a Roberta?

–Están bien –él suspiró aliviado–. Tiene que ver conmigo.

–Adelante.

–La semana pasada, Roberta insistió en que pidiera una segunda opinión sobre mi corazón, de modo que fui a hacerme una revisión a Merced.

–¡Claro! Por eso no te encontraba.

–La nueva radiografía no muestra ningún cambio –Chase asintió–, pero el médico accedió a consultarlo con el cardiólogo de Ted en Miami.

–¿Y qué ha dicho? –Vance se puso tenso.

–Dice que ha hecho media docena de operaciones para lesiones como la mía, con éxito.

–¿Y cuál es la probabilidad de fracaso?

–Aún está en fase experimental. Si fracasara conmigo, instalaría un marcapasos. Pero, por supuesto, siempre hay un riesgo de muerte en cualquier operación.

–Y ahora debes elegir si quieres vivir tal como estás y preguntarte cada mañana si será la última…

–O arriesgarme con la operación. Al menos con un marcapasos sólo estaría preocupado por si fallara. A Annie se lo diré esta noche.

–Justo ahora que pensaba que íbamos a empezar a divertirnos por aquí…

–Dímelo a mí.

Aquella noche, tras acostar a Roberta, Chase condujo a su esposa al salón.

–¿Podemos hablar?

–¿Qué sucede? –ella rió–. ¿Acaso tu esposa es demasiado exigente y te tiene agotado?

–¡A Dios gracias, sí! –él la tomó en sus brazos y se dejaron caer en el sofá.

–De acuerdo –dijo ella–. Sé que tienes algo en la cabeza, aparte de mí.

–He hecho una cosa –la sonrisa de Chase se esfumó lentamente y sin pérdida de tiempo le contó todo. Al finalizar, tomó la mano de su mujer–. ¿Qué opinas?

–Creo que debes intentarlo por el bien de todos –contestó Annie tras un largo silencio.

***

La sala de espera del quirófano de cardiología estaba en la sexta planta del hospital de Merced. Annie llevaba más de diez horas sentada allí, intentando mostrarse valiente por Roberta, que veía unos dibujos animados con Nicky. Vance y Rachel no se habían apartado de su lado ni un segundo y se turnaban para cuidar de los niños.

El médico de Ted había volado hasta el hospital para realizar la operación junto con el doctor Winder. Aquella misma mañana habían empezado a anestesiar al paciente que se había despedido, una vez más, de su esposa.

–Los niños tienen un ángel de la guarda –había susurrado ella–. No va a fallarle ahora. –Eres mi vida –los ojos de Chase tenían el color de las nubes de tormenta–. Te creo.

–Lo digo porque yo también lo creo.

–Te quiero.

–Yo también te quiero, cariño. Te veré esta tarde.

Sin embargo ya era de noche y el recuerdo de la última conversación amenazaba con volverla loca. Rachel le había llevado un sándwich y algo de beber, pero no había podido comerse más que un bocado.

Convencida de que algo iba mal, se puso en pie de un salto y corrió hasta el control de enfermería, justo en el momento en que el doctor Winder salía de la zona restringida.

–¿Señora Jarvis? –el doctor se retiró la mascarilla–. Iba a decirle que hemos retirado la metralla y que Cha-se va a disfrutar de una larga vida. Hubo un momento de tensión cuando sufrió una gran hemorragia, pero era algo previsible y estábamos preparados.

–¿Cuándo podré verlo? –a punto de desmayarse de alegría, se echó a llorar.

–Lo tenemos monitorizado. Si todo va bien, pronto pasará a una habitación privada. Llame al control de enfermería a las nueve. Ellas sabrán si puede visitarlo durante un minuto.

–No sé cómo agradecérselo –dijo ella y corrió a la sala de espera.

–¡La operación ha sido un éxito! ¡Chase se pondrá bien!

–¡Mamá! –Roberta se lanzó a los brazos de su madre y Rachel soltó un grito de alegría.

–Gracias a Dios –suspiró Vance.

–¿Señor Jarvis?

Chase volvió la cabeza hacia la enfermera.

–¿Se siente lo bastante bien como para recibir un par de visitas?

–Sí –contestó. Había estado esperando la visita de su familia desde hacía horas.

–No queremos que se canse. No podrán quedarse más de un minuto.

Los nervios lo estaban matando cuando vio a su hija acercarse seguida de Annie.

–Eres una alegría para la vista, cariño.

–Hola, papá. ¿Cómo te encuentras?

–Estupendamente.

–Mamá dice que tu corazón está mucho mejor.

–Y todo gracias a ti.

–¿Por qué?

–Por aconsejarme el camino que debía seguir.

–Me muero de ganas de verte en casa.

–No falta mucho.

–La enfermera dice que no puedo quedarme más. Te quiero. –Yo más. Te veré mañana. La enfermera acompañó a la niña y Annie se acercó a la cama. Sus miradas se fundieron, expresando todo lo que no eran capaces de decir con palabras.

–Me han prohibido tocarte. ¿Tienes idea de lo difícil que me resulta después de saber que ya no tendrás que volver a preocuparte del corazón?

–A mí también me lo han prohibido porque podría excitarme demasiado. El problema es que no puedo olvidarme de nuestra luna de miel.

–Pareces cansado. Me voy. Las enfermeras saben dónde localizarme. Nos alojamos en el hotel a la vuelta de la esquina. ¿Necesitas algo antes de que me vaya?

–¿Quieres decir aparte de ti? –Aparte de mí –ella emitió un sonido mitad risa, mitad sollozo. –Dile al jefe que pronto empezaremos a divertirnos por aquí. Él lo entenderá.

–Te adoro, Chase. Dulces sueños, mi vida.

Dulces sueños al fin, después de tantos años…

Quién lo hubiera dicho.